

Rodolfo Sarracino

José Martí

en el Club Crepúsculo de Nueva York

En busca de nuevos equilibrios



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Universidad
de Guadalajara



Centro de
Estudios Martianos

José Martí
en el Club Crepúsculo de Nueva York
En busca de nuevos equilibrios



José Martí (1853-1895)

Rodolfo Sarracino

José Martí

en el Club Crepúsculo de Nueva York

En busca de nuevos equilibrios



Universidad
de Guadalajara

Centro de
Estudios Martianos



Marco Antonio Cortés Guardado
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Adolfo Espinoza de los Monteros Cárdenas
Rectoría del Centro Universitario del Sur

Pablo Arredondo Ramírez
Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Sociales y Humanidades

Mario Alberto Nájera Espinoza
Coordinación de la Cátedra José Martí

Itzcóatl Tonatíuh Bravo Padilla
Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas

José Antonio Ibarra Cervantes
Corporativo de Empresas Universitarias

Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas
Dirección de la Editorial Universitaria

D.R. © 2010, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria

José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco
01 800 834 54276
www.editorial.udg.mx



**Centro de
Estudios Martianos**

Ana Sánchez Collazo
Dirección

D.R. © 2010, Centro de Estudios Martianos
Calzada 807, esquina a 4
El Vedado
10400 La Habana, Cuba

Primera edición, 2010

Autor
Rodolfo Sarracino Magriñat

Coordinación editorial
Sayri Karp Mitastein

Producción
Jorge Orendáin Caldera

Coordinación de diseño
Edgardo López Martínez

Diseño de portada e interiores
Sol Ortega Ruelas

Cuidado del texto
Jorge Orendáin Caldera

ISBN 978 607 450 272 5

Julio de 2010

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Impresión
Editorial Pandora S.A. de C.V.
Caña 2637, La Nogalera
44470 Guadalajara, Jalisco.

Sarracino, Rodolfo / José Martí en el Club Crepúsculo de Nueva York: en busca de nuevos equilibrios / Rodolfo Sarraceno. -- 1ª ed. -- Guadalajara, Jalisco : Editorial Universitaria : Universidad de Guadalajara : La Habana, Cuba : Centro de Estudios Martinianos, 2010.

160 p. : il., retrs. ; 23 cm. -- (Colección monografías de la academia)

Bibliografía: p. 112-115

Incluye índice.

ISBN 978 607 450 272 5

1. Martí, José, 1853-1895-Exilio-Nueva York (Estado). 2. Martí, José, 1853-1895-Puntos de vista político y social. 3. Estados Unidos-Política y gobierno-1881-1889. I. t. II. Serie

320.973 .S24 DD21
E696 .S24 (LC)



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

En la formación de este libro se utilizaron las familias tipográficas Frutiger de Adrian Frutiger y Scala de Martin Majoor.

Índice

7	Palabras liminares
13	Introducción
39	La estancia en las montañas
55	Orígenes del Club Crepúsculo
67	José Martí ante los miembros del Club Crepúsculo de Nueva York
77	Posición del Club Crepúsculo sobre la Guerra de Independencia en Cuba
83	La primera generación de intelectuales miembros del Club Crepúsculo
93	El Club Crepúsculo ante el desarrollo imperialista de Estados Unidos
99	Breves reflexiones sobre la segunda y otras generaciones del Club Crepúsculo (1895-1950)
111	Bibliografía
117	Anexos
147	Cronología breve
151	Índice onomástico

Palabras liminares





José M En este edificio de la calle Front, números 120 y 122, entre las calles Wall y Pine, en Nueva York, en el salón 13, del cuarto piso, tuvo su despacho José Martí, y a su muerte, continuó siendo la sede de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano. artí (1853-1895)

El trabajo en la *Edición crítica de las obras completas* de José Martí, enfrenta al investigador a problemas que no se resuelven acudiendo a los métodos habituales de búsqueda y hallazgo de documentos probatorios. Son muchos los espacios biográficos aún no precisados en la vida de José Martí, en algunos casos debido al número exiguo de sus escritos accesibles a los investigadores, y en otros por el desconocimiento de su contexto real.

No hay duda de que una de las tareas más importantes y difíciles sigue siendo hallar los documentos que pueden llenar esos vacíos que con frecuencia provocan la perplejidad y la frustración en biógrafos y otros investigadores. Cuando alguno de esos documentos aparece, como en el caso que nos ocupa, el investigador afortunado experimenta la satisfacción que Martí caracterizara tan bien cuando escribió que “descubrir una verdad regocija como ver nacer un hijo”.¹

Pero también puede ocurrir que, después de hallado un escrito desconocido, el historiador, familiarizado algo más que el ciudadano medio con la personalidad del hombre y los objetivos políticos que animaron toda su existencia, se vea obligado a superar enormes dificultades para introducirlo en el contexto que corresponde a la lógica de sus ideas.

En esas circunstancias, se tiene la certeza de que el conocimiento del entorno histórico es insuficiente, lo que obliga a un intenso esfuerzo de contextualización, cuyos componentes esenciales deben ser las acciones de Martí en el proceso de organización de una revolución en un país pequeño amenazado por un nuevo coloso imperial.

Las ambiciones expansivas regionales del nuevo imperio, incluso mundiales, ya en épocas tempranas eran anticipadas por Martí, y por dos grandes potencias europeas, Inglaterra y Alemania, que por sus propios intereses imperiales trataban de contenerlas.

1 José Martí, “Fragmentos”, en *Obras completas* (oc), t. 22, p. 38.

Estas realidades constituyen las dificultades ante las cuales hemos construido nuestra hipótesis, que nos ha permitido interpretar este pasaje poco explorado de la existencia de un hombre que se rigió siempre por principios éticos en su intensa vida política, y por ello actuó invariablemente de manera diáfana y consecuente con sus ideas. Roberto Fernández Retamar aconseja:

Remitirnos a su acción, y a las circunstancias de esa acción, será también más provechoso para entender a Martí, que el mero rastreo de sus “fuentes” europeas o estadounidenses: las cuales, sin embargo, fueron numerosas.²

Nuestra interpretación de esta frase reveladora es que hasta para un hombre de excepcional sensibilidad política como Martí habría sido imposible, aunque hubiera sido aconsejable hacerlo, escribir todo su pensamiento revolucionario.

Martí no podía desconocer la paradoja de ser huésped de un país cuyos círculos de poder más influyentes se proponían la anexión del Caribe, particularmente de Cuba y toda la América hispana, y que al propio tiempo las condiciones objetivas lo convertían en una base importante de la retaguardia cubana en la guerra de independencia. Ello aconsejaba moderar cualquier manifestación de radicalismo excesivo en sus escritos, inaceptable para las grandes cadenas de periódicos estadounidenses, y los propios periódicos latinoamericanos que en algunos casos obedecían al entreguismo de la oligarquía local y sus gobiernos.

Para completar una visión meramente suficiente de este hombre excepcional y su obra, pues, hay que investigar en profundidad las motivaciones de sus acciones, sustentadas por las informaciones del contexto objetivo.

El investigador se permite aconsejar al lector y al especialista luchar contra la impresión que en ocasiones producen algunas de las ideas políticas de Martí reproducidas fuera del contexto histórico. En la primera lectura de algunos textos programáticos redactados por Martí, por ejemplo,

² Véase Roberto Fernández Retamar: *Introducción a José Martí*, La Habana, Letras Cubanas, 2001, p. 65. Conviene leer este excepcional libro, y también la conferencia que el gran poeta e investigador dictó en la Escuela de Letras y Arte de la Universidad de La Habana, el 19 de noviembre de 1975, cuyo título es “Desatar a América y desuncir el hombre”.

el Manifiesto de Montecristi, los términos exaltados³ en que proyecta su visión estratégica producen, por su estilo elegante, una grata impresión:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas prestan a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo.⁴

Una segunda lectura revela, además de la belleza de la prosa, un matiz eufónico que supera la claridad del objetivo estratégico. Éste se logra aprehender después que se conoce el papel que los grupos imperialistas en las fuerzas armadas, el Congreso y el gobierno estadounidenses asignaban a Cuba y a casi todas las islas del Caribe, que debían ser controladas por la nueva república imperial como bases para proteger las aproximaciones y accesos al istmo y su futuro canal, de lo que dependería su aspiración de incorporarse a la élite de las grandes potencias mundiales.

Con la independencia de las islas hispanoamericanas anticipada en el proyecto revolucionario de José Martí, los imperialistas norteamericanos se habrían visto obligados a repensarlo todo: sin el control de esas aproximaciones tanto el istmo como el canal podían terminar en poder de cualquiera de las grandes potencias europeas, y el mundo ciertamente habría sido otro.

La complejidad de su situación en Estados Unidos obligaba a Martí a llevar a cabo sus acciones revolucionarias en condiciones de meticulosa clandestinidad, y hacerlo todo “como indirectamente”, como confesó a su amigo Manuel Mercado al final de su vida. Los problemas a los que se enfrentaba en el campo internacional no podían solucionarse con la vehemencia de una carga al machete. La coyuntura requería el análisis profundo en Estados Unidos y el mundo, y el desarrollo y aplicación de una estrategia para alcanzar los fines propuestos.

Otro de los problemas objeto de nuestro escrutinio es que Martí tenía que enfrentarse prácticamente solo y con escasos recursos para alcanzar la independencia de Cuba a una gigantesca desproporción de

³ “Desmesurados” los llama Roberto Fernández Retamar.

⁴ José Martí, Máximo Gómez, “Manifiesto de Montecristi”, OC, t. 4, p.93.

fuerzas que suponía la persecución por parte de España y el control que el gobierno de Estados Unidos pretendía imponerle, mientras que al mismo tiempo cumplía sus ingentes tareas revolucionarias. Martí carecía por aquellos días de un grupo de apoyo propiamente dicho, por no hablar de un partido, cuya necesidad ya se hacía sentir agudamente.

Desde que puso un pie en Nueva York, Martí se percató de que era estrechamente vigilado por España y las autoridades estadounidenses. En realidad, para la realización de ciertas acciones revolucionarias dependía exclusivamente de su propio juicio. Sólo su estricta discreción personal podía garantizarle que sus informaciones y objetivos no cayeran en manos de sus adversarios, vale decir, de España y Estados Unidos.

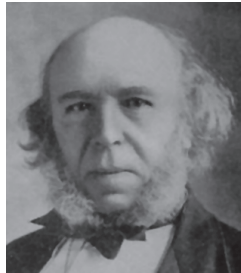
Debía moderar sus expresiones radicales en sus escritos, enmascarar su indignación, a veces irreprimible, y utilizar su enorme talento literario para evitar ser marcado por el estigma del extremismo en cualquiera de sus variantes, lo que en el Estados Unidos de aquellos días podía poner fin a su acceso a periódicos leídos por miles de personas en Suramérica y otros países hemisféricos, y significarle posiblemente la deportación, lo que ponía en peligro su sueño libertador. Con todo, aún bajo estricto control personal, su elocuencia y claridad en el análisis ocasionalmente resultaban incómodos para algunos gobiernos latinoamericanos y podría llegar a serlo también para Estados Unidos.

Con estos puntos de vista complementarios enfrentamos las complejas interrogantes del asunto tratado en esta investigación. Hasta qué punto hemos logrado nuestro objetivo, sólo los lectores y el tiempo podrán determinarlo. Tal vez aparezcan otros documentos esclarecedores que permitan una aproximación más exacta a nuestro héroe nacional durante su prolongado exilio estadounidense, en los momentos cruciales en que, con premura comprensible, organizaba el dispositivo revolucionario para la guerra necesaria, en tanto Estados Unidos marchaba aceleradamente hacia su destino imperialista. El resultado, como se verá, facilita la reconstrucción histórica de su misión y de su propia vida, demasiado breve para perder uno solo de sus preciosos instantes.

Siguiendo el hilo conductor de sus principios éticos y revolucionarios, y sobre todo sus acciones, la lógica que de ellos se deriva contribuye a disipar las brumas ante acontecimientos que de otra manera pueden permanecer ignorados, o, peor aún, erróneamente interpretados.

Introducción





HERBERT SPENCER (1820-1903). Filósofo inglés. Uno de los más influyentes pensadores de fines del siglo XIX y promotor del Club Crepúsculo.

“La maquinaria política [de Estados Unidos], tal como funciona en la actualidad, se parece poco a la que se concibió al inicio de vuestra vida política. Evidentemente, quienes escribieron vuestra Constitución nunca soñaron que un *boss* político conduciría a 20,000 ciudadanos a las urnas. Los Estados Unidos ejemplifican, al otro extremo de la escala social, un cambio análogo al que experimentaron los peores despotismos.”

Entrevista al diario *The Brooklyn Daily Eagle*, 23 de octubre de 1882, p. 2.

El 3 de enero de 1880, José Martí llegó a Nueva York con el propósito en esa ocasión de permanecer en Estados Unidos. Casi quince años transcurrieron entre ese día y su regreso a Cuba para el inicio de la guerra, excluyendo su breve estancia en Venezuela. En dicho tiempo de su corta vida se sintió obligado, por su vocación política, sus profundos ideales revolucionarios y su responsabilidad como corresponsal de varios diarios latinoamericanos, a estudiar detenidamente la historia, la sociedad y el sistema político estadounidenses.

El resultado de sus estudios y experiencias se evidencia claramente en sus propias actividades revolucionarias, y en más de 300 crónicas escritas para los grandes diarios *La Nación* de Buenos Aires, *El Partido Liberal* de México, *La Opinión Nacional* de Venezuela, *La Pluma* de Bogotá y otras publicaciones e innumerables cartas a los amigos cubanos y latinoamericanos que constituyen un legado inestimable para la investigación y el conocimiento del Estados Unidos de entonces y de hoy.

En ellas podemos hallar el rastro, guiados por Martí, de una abigarrada multitud de personajes que nunca llegaron a ocupar espacio en las historias, enciclopedias y diccionarios biográficos, incluyendo a homicidas y bandidos dentro y fuera del gobierno, cuyas acciones, según las describe Martí, pueden ayudar a comprender mejor al Estados Unidos de hoy. Y escribió también acerca de la otra nación norteamericana, la de los grandes constructores, artistas, historiadores, científicos, filósofos, jurisconsultos, políticos honrados y reformadores del sistema, poetas, novelistas, ensayistas, mentes iluminadas cuyo apogeo creativo hizo de esa nación una paradoja de la historia.

Pero en los primeros días de enero de 1880, el joven Martí llegó a Nueva York con los recuerdos amargos de una juventud menesterosa en una colonia donde imperaba la represión social y política del imperio más decadente de Europa, y posiblemente del planeta. Había sufrido pri-

sión y trabajo forzado por su rebeldía política cuando aún era un niño y después fue desterrado; observó de cerca la esclavitud y sintió la humillación de ver sufrir a los esclavos, y a su pueblo sediento de libertad.

La palabra “libertad” devino paradigma de la causa de la independencia de Cuba. Se comprende que sus primeros comentarios al semanario estadounidense *The Hour*, a sólo seis meses de hallarse en la urbe neoyorquina, hayan expresado la esperanza de la libertad que ansiaba para todos los cubanos. Nada nuevo tenemos que aportar sobre aquellas impresiones prematuras, que poco tiempo después Martí en centenares de crónicas revisó drásticamente.

A lo largo de los meses y años subsiguientes, Martí profundizaría su visión crítica de Estados Unidos que había conocido sólo por referencias indirectas durante su residencia en España, Guatemala y Venezuela y sus observaciones más detenidas en México, a medida que observaba de cerca la vida de los obreros y los desposeídos de la gran ciudad y sus alrededores, sus huelgas y luchas por una vida mejor en las regiones y centros urbanos que visitaba en actividades revolucionarias y a cuyas reuniones asistía; con ellos conversaba y escuchaba sus opiniones sobre todo lo que en el país acontecía. Y leía incansablemente lo que se publicaba de política y cultura en Nueva York, y lo importado. Leía en su casa, en las bibliotecas, en ocasiones de pie en las librerías y en los puestos de periódicos, y lo registraba todo en su memoria prodigiosa.

Su aguda percepción internacional se reflejó desde sus primeras crónicas sobre Europa y también sobre América Latina, particularmente en los hechos en que Estados Unidos aparecía directamente involucrado: la guerra del Pacífico (1879-1883), en la que se reflejaba la compleja interacción de los imperios europeos y la flamante república imperial norteamericana, y su gradual comprensión de la intrincada personalidad y reales motivaciones de James G. Blaine, dirigente conservador del Partido Republicano y precursor del pensamiento imperialista moderno de Estados Unidos, constituyó para él uno de los primeros retos en el análisis de ese país.

Desde sus primeros días de estancia neoyorquina observó conternado la impune interferencia de Estados Unidos en Centroamérica y el Caribe. Muy pronto comprendió que en un país donde se violan las leyes,

donde se aplica la más violenta represión contra los obreros y las minorías, donde el fraude electoral y la corrupción política son normas más que excepciones; donde una conspiración al más alto nivel de la cúpula gobernante puede llegar impunemente hasta el asesinato del presidente de la república, como él públicamente refiriera en 1881 al perpetrarse el magnicidio del presidente Garfield, no puede existir una política exterior que respete la soberanía de las naciones y el principio de la igualdad entre los Estados, sobre todo de los países más pequeños y débiles.

En lo que respecta a su formación y desarrollo personal, no hay duda de que hacia 1889-1890, Martí había avanzado en el estudio del país, incluso de su idioma, y alcanzado el punto más alto de su prestigio en el ámbito neoyorquino y latinoamericano. Después de apartarse del plan Gómez-Maceo en 1884 y enfrentarse a sus secuelas políticas durante varios años, había conseguido consolidar su autoridad ante los emigrados cubanos.

Y sin embargo, los años 1889 y 1890 le reservaban algunas de las más duras pruebas de su misión política. En el curso de las negociaciones de la Conferencia Internacional Americana conoció a los brillantes diplomáticos de Argentina y de otros países suramericanos, capaces de mantener posiciones independientes frente a un Estados Unidos ya poderoso. Su apoyo le permitió neutralizar las gestiones del gobierno republicano, por iniciativa de James G. Blaine, para que un grupo de países latinoamericanos mediasen entre los gobiernos hispano y estadounidense y facilitaran a este último la compra de la isla de Cuba a España.

Es indudable que Martí estaba bien informado de las acciones que el gobierno estadounidense realizaba en su política expansionista, particularmente peligrosa para la causa de Cuba, tanto en el plano estratégico y en el político. Para sí escribía el siguiente fragmento:

No sé yo si al cabo serán vanos los esfuerzos que hacen los de acá [Estados Unidos] por arrancar concesiones políticas que es lo que ya confiesan, con increíble descaro, que ni solicitar pueden, con su apoyo proteccionista, las económicas. Acaso recaban del mayor número de repúblicas, de los hambrientos y venales, las concesiones que desean para establecer lo que les urge, que es su predominio, si no su dominio, hasta el istmo. A más irían

si no hubiera quien les cerrase el paso. Y eso mismo, por supuesto, no lo debieran conseguir, por más que sean muchos los que andan de rodillas por el mundo, y van con las credenciales en las bandejas, esperando seguir palabras odiosas y textuales “que se les pegue algo de los millones [...]”.⁵

Es obvia la opinión de José Martí sobre la estrategia de Estados Unidos en la Conferencia Internacional Americana: el objetivo primario era arrancar a Suramérica del control británico y alemán, aprovechando a varios gobiernos latinoamericanos venales, capaces de entregarse por unos cuantos millones de dólares. Pero, sobre todo, conocía el destino, que hoy llamaríamos geoestratégico, asignado por los grupos imperialistas estadounidenses al Caribe, Cuba en primer lugar, en sus maniobras para controlar el istmo y su proyectado canal. En la temprana fecha del 15 de febrero de 1889, le escribe a Enrique Estrázulas:

De mí, no le diría más que quejumbres, sobre todo ahora que estoy fuera de mí, porque lo que desde años vengo temiendo y anunciando se viene encima, que es la política conquistadora de los Estados Unidos, que ya anuncian oficialmente por boca de Blaine y Harrison su deseo de tratar de mano alta a todos nuestros países, como dependencias naturales de éste, y de comprar a Cuba.⁶

Fue precisamente por conducto de Roque Sáenz Peña, que dirigía la delegación argentina a la conferencia, durante cuyo desenvolvimiento fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores de su país, que Martí confirmó los detalles del plan norteamericano que se gestaba en los pasillos y conciliábulos a puerta cerrada en la conferencia. Era un síntoma adicional del poder creciente de los conservadores en el gobierno y el Congreso estadounidenses. El intento resultaría fallido, gracias a la ayuda del jefe de la delegación argentina, que no tenía interés en hacer peligroso sus intereses con Europa. Ya hacia el final de la conferencia, Martí agradece a Roque Sáenz Peña su gestión fraterna:

⁵ José Martí, “Fragmentos”, OC, t. 22, p. 153.

⁶ José Martí, “Carta a Enrique Estrázulas”, Nueva York, 15 de febrero de 1889, en OC, t. 20, p. 203.

Y luego, el corazón me sangra por mi tierra, y yo quiero que ella vaya, salvándose y salvando, por donde nuestra América va. Este no es interés mío, sino americano, y no tengo derecho de rechazar la ayuda que me ofrece, si con ella podemos sacar de confusiones un estado político que gracias a Argentina, y a ciertos discursos que yo sé, ha comenzado a ser menos amenazante.⁷

Bastaría lo expuesto para destacar el éxito de Martí en ese cónclave organizado por Estados Unidos con los países de América Latina: la reacción Argentina había sido favorable a los intereses revolucionarios de Cuba. Pero en los días siguientes, tal vez sobrevalorando su peso en la correlación de fuerzas internacionales, el gobierno norteamericano continuaría insistiendo en sus planes de apoderarse de Cuba.

El episodio de la compra fallida de la isla provocó en Martí un profundo escepticismo. Por vez primera confirmaba de primera mano el entreguismo que sospechaba de ciertas oligarquías latinoamericanas frente al peligro real de la república imperial norteamericana, con el cercano apoyo de algunos cubanos anexionistas, tan vulnerables, como siempre fueron y son, a las pérfidas aproximaciones imperiales.

Pero otro episodio imprevisto se añadió a las preocupaciones de Martí: el golpe de estado del general Deodoro de Fonseca a Pedro II en Brasil.⁸

En verdad, la tradicional pugna por el liderazgo regional entre Brasil y Argentina fue objeto de la atención de José Martí en la década del 80, por su efecto potencial en las aspiraciones de Cuba a la independencia. Dada la coyuntura histórica, estimó necesario limitar sus acciones y sus

⁷ José Martí, Carta a Roque Sáenz Peña, 10 de abril de 1890, en *OC*, t. 7. p. 397.

⁸ Pedro II fue víctima de un conjunto de factores internos, del que no puede excluirse la influencia de Estados Unidos, vinculado a los sectores más conservadores de la sociedad brasileña. La oligarquía terrateniente y esclavista se alió al Ejército Imperial y a la Iglesia católica. A la oligarquía preocupaba el empeoramiento de la situación económica que el emperador no lograba resolver. El Ejército estaba sediento de autonomía y supremacía después de la guerra injusta contra Paraguay e influido por el positivismo y el republicanismo. Y para la Iglesia el emperador era cada vez más insostenible por su activa militancia en la masonería y su esfuerzo constante por crear un Estado laico. La convergencia de estos factores fue determinante en precipitar el golpe de Estado que llevó al poder al general Deodoro de Fonseca. Pueden consultarse en el *Anuario del Centro de Estudios Marianos* núm. 16 de 1993 el artículo del autor "José Martí y Brasil" y también en el *Anuario Brasileño de Estudios Hispánicos II* (1992), San Pablo, Brasil, con el mismo título.

comentarios públicos sobre Brasil a fin de evitar una reacción desfavorable a la causa revolucionaria cubana de un adversario que disponía de más de la mitad de la población y del territorio de Suramérica. Martí sí identificó a Argentina correctamente, con notable previsión, como la aliada potencial de los intereses independentistas de Cuba, y logró atraerla a la causa cubana para ayudar a defender, más activamente, la voluntad independentista del pueblo cubano frente a las pretensiones de grupos conservadores en Estados Unidos de anexarla.

Martí, que había estudiado detenidamente a Bolívar, sabía que la lucha por la independencia no se decidiría sólo por los combates en los campos de batalla: el frente internacional sería, no sólo importante, sino potencialmente decisivo; la guerra se desarrollaría en un contexto internacional complejo en el que a menudo chocaban violentamente las ambiciones imperiales de las potencias europeas con los intereses legítimos de la América Latina, y más destacadamente en los tiempos de Martí, con el creciente poder de Estados Unidos.

¿Qué podría hacer el pueblo cubano combatiente, incluso victorioso, para defenderse de la anexión, que ya parecía inminente, contra la república imperial del norte, con fuerzas armadas imposible de detener con los escasos medios de que disponía? Martí se sentía obligado a observar cuidadosamente el desenvolvimiento del equilibrio de fuerzas internacional, particularmente en la América Latina.

Para Brasil, por otra parte, la relativa seguridad del mercado norteamericano para su cosecha de café y su creciente producción azucarera, y las preocupaciones del gobierno brasileño por las estrechas relaciones de Argentina con Inglaterra y Alemania lo inclinaron, en la lucha por el liderazgo regional con Argentina, a buscar un entendimiento estratégico con Estados Unidos, que veía con satisfacción la posibilidad de dividir para mejor controlar a la América Latina. Esto no pasó inadvertido para Martí, que al respecto hizo algunos comentarios para la prensa argentina durante la Conferencia Internacional Americana, cuando, después del golpe de Estado contra Pedro II, aún la política exterior de la nueva república brasileña no se había definido.

En una carta a Gonzalo de Quesada, Martí le confirma en la intimidad epistolar que “en las cosas de la Conferencia, veo con júbilo que Argentina

crece en autoridad”, aunque la veía “rodeada” y por eso “vencida de antemano”, pero sin dejar de luchar. En cambio, [...] ¿Brasil, puede rebelarse [...] contra su único mercado, y después de los agasajos de Henderson?”⁹

Al final de la conferencia y a partir de entonces, Martí percibió que la unidad de los dos grandes de Suramérica no era aún factible, incluso con la derrota de la monarquía y el advenimiento de la república. Sólo podía esperarse, en el mejor de los casos, la consolidación del viejo equilibrio entre ambas potencias regionales en torno a la desembocadura del Río de la Plata y la calculada indiferencia de Brasil hacia el Caribe, la Revolución cubana incluida.

Más allá de abril de 1890, pasada la vehemencia de los discursos brillantes de los delegados, las circunstancias históricas obligaron a Martí a medir sus acciones y sus comentarios públicos sobre Brasil, y a consagrarse, aprovechando las páginas de *La Nación* de Buenos Aires, a lograr la unidad de las repúblicas hispanoamericanas identificadas con Argentina, aliadas potenciales de los intereses independentistas de Cuba. Entretanto, mantenía una observación permanente sobre los gobiernos de la región amigos de Estados Unidos, que siguiendo el ejemplo brasileño pudieran intentar una línea activa de oposición a la lucha por la libertad del pueblo cubano. Elio Jaguaribe, el notable historiador brasileño, nos aclara las motivaciones de los gobiernos de su país después de 1890:

El vertiginoso desarrollo de Argentina desde 1880 hasta la primera guerra mundial llevó a Brasil a recelar que aquel país pudiese articular exitosamente un gran frente antibrasileño en la América del Sur. Tal situación condujo a Brasil a pretender una relación especial con los Estados Unidos, que neutralizase los riesgos de una coligación antibrasileña en este continente. Para los Estados Unidos, esa relación especial con Brasil constituía una forma de romper la unidad potencial latinoamericana y vaciar las relaciones hemisféricas en el formato de un panamericanismo bajo hegemonía norteamericana.¹⁰

⁹ José Martí, Carta a Gonzalo de Quesada, Nueva York, diciembre de 1889, OC, t. 6, p. 128.

¹⁰ Helio Jaguaribe, “Presente e futuro das relações Brasil-Estados Unidos”, en *Estados Unidos en la transición democrática*, São Paulo, Editora Paz e Terra, 1985.

Durante muchas décadas este enfrentamiento regional caracterizó el pensamiento y la estrategia geopolítica de Brasil, como también en buena cuenta los de Argentina. Pero no sólo los brasileños, también los historiadores estadounidenses como Gordon Connell Smith¹¹ y Frank McCann¹² perciben esta voluntad de alineamiento brasileño con Estados Unidos como un rezago de la división de la América del Sur entre los antiguos imperios español y portugués.

En los días de la participación de Martí en la Conferencia de Washington y la Monetaria, en la propia ciudad, ya Brasil tenía pendientes varias reclamaciones territoriales, algunas de las cuales fueron arbitradas por Estados Unidos a favor del gobierno brasileño. Una de ellas, bastante sensible, fue la del territorio de Misiones por unos 50,000 kms² decidida por Grover Cleveland a favor de Brasil. El veredicto fue hecho público en 1895. De tal suerte, nos dice Connell Smith:

Desde el punto de vista de los Estados Unidos la amistad del mayor estado latinoamericano era importante en la consecución de sus objetivos generales en la región, específicamente en vista de la actitud argentina hacia el desarrollo del sistema interamericano. Brasil no se sentía amenazado por los Estados Unidos.¹³

Los dos historiadores aludidos opinan que en esta alianza Brasil trataba, además, de mantener y asegurar en los mercados que no hallaba en Europa, de identificarse con Norteamérica por sus dimensiones geográficas, como una especie de contrapartida suramericana de ese país, a fin de establecer su liderazgo en Suramérica, como Estados Unidos lo ejercía en el Caribe. Según ese punto de vista, la consigna brasileña era reconocer las pretensiones expansionistas estadounidenses en Centroamérica y el

¹¹ Gordon Connell Smith: *The United States and Latin America*, London, Hanneman, Educational Books, 1974.

¹² Frank McCann, *The Brazilian Alliance*, New Jersey, Princeton University Press, 1973.

¹³ Los dos historiadores estadounidenses citados subrayan la importancia que Estados Unidos concedió al Brasil de principios del siglo XIX. El primer agente diplomático de ese país que residió en la América Latina fue enviado, no a la América hispana, sino a Río de Janeiro, en 1809. Cuando se produjo el éxodo del monarca de Portugal, al ocurrir la invasión napoleónica de ese país, Brasil abrió sus puertas al comercio internacional, pues las perspectivas económicas de ese territorio eran prometedoras.

Caribe, para poder hacer lo propio en el Cono Sur del continente. En cambio, Argentina era vista por Estados Unidos “como el más pronunciado exponente de un sistema exclusivamente [latino]americano en la Primera Conferencia Internacional de Estados Unidos”.¹⁴

En fin, tal enfrentamiento fue seguramente del conocimiento de José Martí, que pocos días después sería designado cónsul de Argentina en Nueva York. Por eso, en cada momento en que, durante la Conferencia, Argentina y Brasil unieron sus fuerzas contra la injerencia yanqui, Martí aplaudía desde las páginas de *La Nación* y otros diarios del continente, como si la inesperada resistencia brasileña al país del Norte, que él ardientemente deseaba, pudiera llegar a convertirse en un rasgo permanente de una política exterior independiente.

Y por eso también Martí destacaba, cuando aún la República brasileña no había entronizado, en el breve intervalo entre las conferencias de Washington y la Monetaria, la doctrina internacional del Barón de Río Branco, todo incidente por menor que fuera, cada desplante que Brasil se permitía ante la prepotencia estadounidense. Y así, cuando Lambert Tree, el representante estadounidense, propone la fecha del 4 de marzo para la reanudación de la conferencia, y Zegarra¹⁵ aboga por el 10, Martí describe con acentuado relieve el comentario del delegado brasileño:

Y aquí rompe el Brasil, para ejemplo y desilusión de los que dan al tratado de reciprocidad más alcance que el que tiene, contra la opinión y el gusto de los mismos brasileños, en una notificación inoportuna y feliz: ¿A qué se viene? ¿A nada probablemente!; lo mismo es ahora que de aquí a un mes; mientras no haya un acuerdo internacional, un acuerdo con las naciones europeas, el Brasil no votará por cuño alguno del continente, ni irá, contra los suyos, a la cola de intereses ajenos: “Brasil, não”.¹⁶

No cabe duda de que Martí, cuyo pensamiento liberador se proyectaba más allá de Cuba, habría tenido fuertes reservas que manifestar ante la política brasileña de aproximación a Estados Unidos, de pésimas con-

¹⁴ Es opinión de Frank McCann (*op. cit.*) expresada en varios momentos de su obra.

¹⁵ Félix C. Zegarra, delegado de Perú a la Conferencia.

¹⁶ José Martí, Carta a Gonzalo de Quesada, Washington DC, febrero de 1891, OC, t. 6, p. 180.

secuencias para la América hispana, y especialmente para Cuba. Pero en 1889 el momento era de esperanza, en relación con una futura política de Brasil, aún no enteramente definida, y de actuar “indirectamente”, como dictaba la crítica preparación de la guerra de independencia.

Colocados en la coyuntura internacional del periodo, era razonable suponer que Martí aguardaba en tensión, pero en silencio, a que tarde o temprano el Brasil despertara ante la cruda realidad de un Estados Unidos implacable en su prepotencia y sordo al reclamo de amistad, en condiciones de igualdad, de todas y cada una de las repúblicas de América Latina.

Pero el mayor peligro, más que el de una aproximación estratégica brasileña con Estados Unidos, era la inminente anexión de Cuba, en medio de una activa campaña para justificar la expansión de ese país hacia el Caribe y el istmo, obra del poderoso grupo conservador precursor del proyecto imperialista impulsado por James Gillespie Blaine, el secretario de Estado norteamericano. Para Martí, 1889 y 1890 fueron definitorios en relación con su plan revolucionario y las futuras relaciones con Estados Unidos.

Trascendió a la prensa, en libros, artículos y ensayos de Alfred T. Mahan, Teodoro Roosevelt, Henry Cabot Lodge y otros halcones una visión que hoy llamaríamos geoestratégica, según la cual Estados Unidos debía penetrar los mercados asiáticos buscando espacio para su producción industrial concentrada sobre todo en el Este, Centro-Este y Nordeste del país. Como el Oeste se encontraba subdesarrollado y subpoblado, con escasas vías de comunicaciones con la costa del Pacífico, la producción debía salir al Atlántico y pasar por el canal que en 1889 los franceses habían dejado de construir. La vía del Cabo de Hornos, que en los vapores de la época podía significar una travesía de más de dos meses, era inviable.

En cuanto al rumbo estratégico de Brasil, hacia el final de la Conferencia, que se prolongó durante seis meses, al parecer ya había sido trazado y se mantuvo inalterable durante los gobiernos republicanos posteriores a la monarquía de Pedro II, y poco podía hacer Martí para modificarlo. Con todo, Martí logró mantener relaciones cordiales con los diplomáticos brasileños antes, durante y después de la Conferencia In-

ternacional Americana,¹⁷ lo que tal vez fue uno de sus logros más significativos. No cabe duda, pues, que en ese sentido Martí superó sus propios objetivos políticos en la citada conferencia.

No es fácil comprender la tupida urdimbre de las condiciones objetivas internacionales en las que Martí llevaba a cabo su gesta emancipadora. Cuba era un país pequeño, relativamente pobre, atado a una metrópoli colonial decadente, a corta distancia y en el momento del surgimiento de una potencia imperialista que ya se prefiguraba como la más poderosa del hemisferio, y a más largo plazo, del mundo; con los aliados naturales de la revolución divididos por las rivalidades entre Argentina y Brasil, las dos potencias regionales más importantes de la América Latina.

Las acciones políticas internacionales de Estados Unidos en nuestro continente, antes incluso del nacimiento de Martí, siempre concitaron la preocupación de los pueblos latinoamericanos, y conducido al desarrollo de una vigorosa y abundante bibliografía antimperialista, a disposición de Martí, no siempre explicitada en su obra.

De cualquier manera, el apoyo de Martí a los genuinos intereses de América Latina en la prensa suramericana y su exitosa gestión en el ámbito de la Conferencia contribuyeron a justificar, en julio de 1890, su nombramiento de cónsul de Argentina y Paraguay en Nueva York, responsabilidades añadidas a las ya adquiridas desde 1887 con su honrosa designación como cónsul de Uruguay.¹⁸

Cualquiera que sea el principio que se aplique para evaluar el gesto de los tres gobiernos, o se hallen los documentos que faltan para llegar a

¹⁷ Poco antes de comenzar la Conferencia Internacional Americana, Martí caracteriza a sus miembros recién llegados: "Por el Brasil tienen asiento en el Congreso Lafayette Rodrigues, el presidente de la Junta de Arbitramento en los reclamos de aquella guerra en que no se puede pensar sin dolor; y Amador Valente, que no era en Nueva York desconocido para los que saben de Derecho Internacional; y Salvador Mendonça, el culto cónsul, amigo de cuadros y de libros, que dice en palabras breves lo que tiene que decir, y sabe allegar amigos a su patria, y a su emperador". Los términos respetuosos y lisonjeros que dedica a los tres diplomáticos, con dos de los cuales es evidente mantenía relaciones cordiales, como para justificar su inclusión en su crónica del recibimiento, es muestra de lo afirmado. En la propia crónica se refiere a ellos nuevamente y en relación a Lafayette afirma que por su larga barba blanca comenzaron a llamarlo "el anciano noble". Véase José Martí, "El Congreso de Washington", *La Nación*, Nueva York, 28 de septiembre de 1889, en OC, pp. 38, 39 y 40. Pero todo eso ocurrió antes del inicio de la Conferencia y del golpe de Estado.

¹⁸ Véase el artículo del autor "José Martí. Sus primeros servicios consulares para Uruguay", en *Honda*, núm. 21 de 2007, p. 54.

los hechos precisos, lo cierto es que puede interpretarse como una señal de confianza en Martí, un mensaje de solidaridad para el pueblo cubano, al tiempo que una velada advertencia para Estados Unidos de que Cuba no estaba sola.

Se reconocía así el valor de la gestión periodística de Martí y sus contactos diplomáticos en la derrota de los objetivos políticos de James G. Blaine, secretario de Estado de Estados Unidos.

El primer objetivo era ver aprobado, entre la Conferencia Internacional Americana y la Conferencia Monetaria Internacional, para beneficio exclusivo de los intereses estadounidenses, el tema más ambicioso y peligroso de su agenda política, esto es, el derecho a arbitrar las controversias entre los países latinoamericanos, y además, la creación de una moneda única para todos los países del hemisferio, la eliminación de las tarifas aduanales entre Estados Unidos y los países latinoamericanos, en un empeño prematuro por establecer, con su ya entonces manifiesta superioridad industrial y agrícola, un modelo decimonónico de lo que algunos hoy calificarían de “libre comercio”.¹⁹ Como en el presente, el coloso del Norte, seguro de la superioridad de su industria, convocaba a las repúblicas del sur a la apertura recíproca de sus mercados, pero ante los países europeos esgrimía el proteccionismo para preservarse de su competencia.

En el cumplimiento de sus tareas periodísticas y consulares en la conferencia, Martí logró un cuadro más claro del peligro estadounidense para Cuba y América Latina, acerca del cual alertó reiteradamente a sus lectores suramericanos.

Su actividad revolucionaria, enderezada a lograr la unidad imprescindible de la emigración y de la isla para iniciar la nueva gesta independentista, se aproximaba gradualmente a los fines que se había propuesto. Mucho había logrado, pero aunque motivos no le faltaban para sentirse satisfecho, eran ingentes los peligros y las tareas que aún tenía por delante. Para cumplirlas, ante un cercano imperio a punto de intensificar su anunciada expansión hacia el sur del continente, el tiempo era para él un factor de la mayor importancia.

¹⁹ El término utilizado en aquellos días fue el aplicado durante la unificación alemana, después de la guerra franco-alemana: *zollverein*, muy citado por Martí en sus crónicas.

Su preocupación por el cerco estadounidense a Cuba y Puerto Rico hasta el istmo, pesaba mucho en su visión estratégica. Con la mayor discreción prepararía su guerra, sin excesos de propaganda que revelaran su conocimiento de los propósitos verdaderos del gobierno de Estados Unidos. A Gonzalo de Quesada le advertía en carta del 13 diciembre de 1889:

En la Conferencia medito sin cesar. La forma sólo me detiene. Me es valiosísimo lo que Ud. me dice. En las manos de todos no podemos poner nuestro pensamiento, porque sería lo mismo que entregarlo al enemigo [...]²⁰

Pocos meses después, también en carta a Gonzalo de Quesada, insistía en el mismo asunto:

El peligro en Cuba arrecia. La organización tiene que comenzar. ¿Cómo, siendo tan pobre como soy, y habiendo, en lo de anexión sobre todo, tantos vacilantes? Es la hora de empezar a obrar, y en Washington, sin que se sienta, ni se vea, ni se ponga en riesgo el trabajo por el anuncio incauto o el entusiasmo indiscreto está el campo de operaciones.²¹

Recordemos, al llegar a este punto, que fue por aquellos días, en una crónica para *La Nación*, fechada el 2 de noviembre de 1889, sobre la Conferencia Internacional Americana de Washington, que Martí declaró por vez primera públicamente, durante sus sesiones, que el evento mostraría “a quienes defienden la independencia de la América española, donde está el equilibrio del mundo”,²² y a partir de entonces reiteró la idea de lo que sería su guerra, con diversos matices en cartas y documentos programáticos de la revolución, incluyendo los estatutos del Partido Revolucionario Cubano, hasta el fin de sus días.²³

²⁰ José Martí, “Carta a Gonzalo de Quesada”, Nueva York, 13 de diciembre de 1889, en OC, Correspondencia, t. 6, p. 127.

²¹ José Martí, “Carta a Gonzalo de Quesada”, [Nueva York], jueves 10 [de abril de 1890], en OC, t. 6, p. 129.

²² José Martí: “El Congreso Internacional de Washington (II)”, en OC, t. 6, p. 62.

²³ La preocupación mayor de Martí era el peligro de que la América Latina se convirtiese en simple área de influencia de Estados Unidos en la guerra económica y política que esa nación espe-

No se ha aventurado hasta ahora una hipótesis sólida que explique por qué Martí decidió evocar ese principio que él conocía bien desde sus días de estudiante de Derecho Internacional en la Universidad de Zaragoza, y cuya aplicación observó detenidamente en la arena internacional, justamente cuando se iniciaban las largas sesiones de dicha Conferencia, en la que tuvo que aplicar todo su talento y experiencia como periodista y cónsul, inicialmente de Uruguay y después también de Argentina y Paraguay, para cumplir su apretada agenda en la defensa de independencia de Cuba y de la América Latina.

La respuesta se halla en el estudio minucioso del contexto histórico, particularmente el de Estados Unidos, en el que se ocultaban los opositores principales de la independencia de Cuba en espera del momento preciso para anexionar a la isla.

El 23 de marzo de 1890,²⁴ cuando aún se discutían los puntos más controvertidos de la prolongada conferencia, tuvo lugar otro evento, me-

raba que se produjera entre ambos continentes. La tesis de la aproximación táctica a Europa para equilibrar la penetración norteamericana en la América Latina gana en claridad en un comentario que Martí escribiera para sí, inmediatamente después de 1882, en unos de sus apuntes. Acerca de la posibilidad de que el vicecónsul francés en Guayaquil hubiera hallado el modo de abrir con pocas inversiones un “paso transcontinental” que permitiría atravesar el continente suramericano, anotó:

“¡Que la Inglaterra (la Great Zaruma Gold Mining Co.), ha obtenido ya la concesión de la mitad de la vía!- Pues lo que otros ven como un peligro, yo lo veo como una salvaguardia: mientras llegamos a ser bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia están en el equilibrio de potencias extranjeras rivales. Allá, muy en lo futuro, cuando estemos completamente desenvueltos, corremos el riesgo que se combinen en nuestra contra las naciones rivales, pero afines (Inglaterra, Estados Unidos): de aquí que la política extranjera de la América Central y Meridional haya de tender a la creación de intereses extranjeros, de naciones diversas y desemejantes, y de intereses encontrados en nuestros diferentes países, sin dar ocasión de preponderancia definitiva a ninguna, aunque es obvio que ha de haber, y en ocasiones ha de convenir que haya una preponderancia aparente y accidental, de algún poder que acaso deba ser siempre un poder europeo.”

Nos interesa subrayar que mientras la América Latina no contase con poder suficiente para defenderse por sí misma, Martí concebía un equilibrio entre potencias con intereses contrapuestos, como era el caso entonces de Inglaterra y Estados Unidos, que podría ayudar a evitar la anexión de Cuba. Eso permitiría un espacio de autodeterminación para las naciones latinoamericanas que también contribuirían a ese equilibrio. Al propio tiempo, Martí evidencia flexibilidad, poco frecuente en su época, al concebir una política sobre inversiones extranjeras que a juicio suyo podría contribuir al desarrollo nacional y al equilibrio, al cual alude en la cita precedente. Puede consultarse con provecho el artículo del doctor Julio Le Riverend, “El historicismo martiano en la idea del equilibrio del mundo”, en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos* núm. 2, 1979, p. 111.

²⁴ Véase el *Brooklyn Daily Eagle* de esa fecha, en su edición digitalizada en internet.

nos espectacular y más político que literario, de singular importancia para Cuba y el Caribe: la presentación en Nueva York de la obra del entonces capitán Alfred Thayer Mahan, merecedora de la admiración de la marina y de los más altos círculos políticos de Estados Unidos, que no escatimaron condecoraciones para premiar al brillante estratega naval: *The Influence of Sea Power upon History, 1669-1783* (La Influencia del Poder Naval en la Historia, 1669-1783), en la que Mahan planteaba la solución del futuro poder mundial de Estados Unidos: la historia demostraba que la mejor defensa es la ofensiva, y el control de los mares y océanos, clave de la superioridad de la nación porque garantiza la seguridad del comercio nacional con el mundo.

Muy pronto el gobierno republicano hizo suya la consigna y aceleró la construcción de una poderosa flota de guerra. La presentación del libro se realizaba también en otras grandes ciudades del país. Era uno de esos eventos que no pueden pasar inadvertidos para quienes luchan por la independencia a tan poca distancia de una gran potencia.

Y en agosto del propio año, un mes después de su nombramiento de cónsul, cuando Martí se preparaba para viajar al retiro de verano del Club Crepúsculo en las montañas Catskill, Mahan publicó un importante artículo en la prestigiosa revista mensual *Atlantic Monthly*, "The United States Looking Outward" ("Los Estados Unidos miran al exterior"), en el que analiza la posibilidad de una guerra con Inglaterra y ciertos aspectos estratégicos del área del Caribe en su contexto global:

Entre las islas [del Caribe] y en la tierra firme hay muchas posiciones de gran importancia ocupadas hoy por estados débiles o inestables.²⁵ ¿Están dispuestos los Estados Unidos a permitir su venta a un rival poderoso? ¿Qué derecho invocará contra la transferencia? Sólo uno, su política razonable apoyada por la fuerza.²⁶

²⁵ Alfred T. Mahan disponía de una pródiga variedad de vocablos de indudable sabor geoes-tratégico. En algún caso utilizó el término "fracasados" para referirse a algunas colonias y países del hoy tercer mundo, y en otros "estados inertes", que hoy los politólogos norteamericanos de la ultraderecha llaman "estados fallidos".

²⁶ Alfred Thayer Mahan, "The United States looking Outward", en *Atlantic Monthly*, agosto de 1890, en *The interest of America in Sea Power, present and future* (1897), del propio autor.

La fuerza se convertiría desde entonces en el principio activo clave de la estrategia estadounidense. En realidad, no había en ese momento potencia europea que estuviera negociando la compra de tierras o colonias en el Caribe y la tierra firme. Sólo Estados Unidos en varias ocasiones anteriores había intentado la compra de la isla de Cuba y de nuevo lo pretendió, como hemos visto, en ocasión de la apenas concluida Conferencia Internacional Americana.

En su estilo característico, Mahan llamaba la atención del grupo de políticos de vocación imperialista que lo seguían en el gobierno y el Congreso, entre quienes el talento estratégico escaseaba, acerca de la existencia de Estados prescindibles, situados en posiciones geoestratégicas importantes que podían y debían ser controlados por el naciente imperio estadounidense.

A este artículo le seguirían otros con análisis valorativos del potencial de las islas de mayor importancia del Caribe y el Pacífico para la estrategia de Estados Unidos, particularmente Cuba, focalizados en la construcción de un canal interoceánico en el istmo. Los artículos de Mahan provocaron un gran debate en el Congreso y la opinión pública acerca de la posible expansión de Estados Unidos hacia el Caribe y el Pacífico. A los grupos políticos conservadores en ambos partidos, pero sobre todo en el Republicano, había que sumar ahora a las fuerzas armadas norteamericanas y en particular su falange naval.

Uno de los rasgos del almirante Mahan que más impresionaron al grupo conservador de dicho Partido, y en particular de Teodoro Roosevelt que por cierto fue su amigo, no siempre aquiescente, autor y destinatario de una copiosa correspondencia sobre temas estratégicos, hoy estudiada por los críticos, y además colega profesor y asesor naval durante su presidencia, no fue sólo el contenido de sus obras de gran aliento, sino su postura ideológica firme e indeclinablemente imperialista, sustentada por principios maximalistas protestantes, que le valieron el apodo de “apóstol de la expansión”, oculta detrás del distanciamiento científico con que acicalaba sus numerosos escritos y ocasionales informes secretos al gobierno sobre temas relativos a la seguridad de Estados Unidos.

Mahan continuó escribiendo numerosos artículos para publicaciones seriadas y diarios como el *Atlantic Monthly*, *The Century*, *Forum*, *North*

American Review, *Harper's New Monthly Magazine*, *New York Times*, *The Sun*²⁷ entre otros leídos regularmente y ocasionalmente mencionados por José Martí escritos en un estilo sobrio y persuasivo, en los que expresaba sus opiniones acerca de los intereses de la alta burguesía de su país, evitando el vocabulario directo y agresivo en que suelen escribirse a menudo las ideas imperialistas más radicales.

El resultado final de sus estudios comparativos indicaba, a juicio suyo, que “las ventajas de la ubicación geográfica, la fuerza y la magnitud de los recursos disponibles se inclinan decisivamente a favor de Cuba”.²⁸

De todas las islas del Caribe, remarcaba Mahan, la más formidable era sin duda Cuba. Por sus dimensiones geográficas, población, recursos naturales, potencial industrial y agrícola, y sobre todo por su cercanía a Estados Unidos, Cuba tenía la capacidad productiva necesaria para abastecer a los escuadrones navales estadounidenses. La evaluación indicaba la conveniencia de anexar la isla a Estados Unidos.

La mejor justificación para una acción de esta naturaleza en relación con Cuba y otras regiones del área era, pues, el principio de la “necesidad”, tan socorrido en las guerras del siglo xx, en este caso para la defensa del tráfico marítimo de Estados Unidos. Desde el punto de vista de sus adversarios europeos, la “seguridad de Estados Unidos” constituía precisamente un peligro. Según el propio Martí, la política exterior estadounidense podía expresarse en media docena de palabras, tan válidas en los tiempos de Julio César como en los de George W. Bush: “esto es mío porque lo necesito”.

En el propio año de 1890, cuando Martí ya había escrito varios artículos sobre el sinuoso curso de la Conferencia Internacional Americana, el tema de Mahan, presentado por Henry Cabot Lodge ante el Congreso de Estados Unidos, ya había sido objeto de la atención de los legisladores en ambas cámaras, y divulgado por John M. Hay, secretario de Estado del presidente William McKinley primero, y después de su asesinato, del sucesor Teodoro Roosevelt, cada uno de ellos en sus respectivas esferas de influen-

²⁷ Se trata de publicaciones de la extensa lista de lecturas de Martí, mencionadas en sus crónicas estadounidenses en sus *Obras completas*.

²⁸ Alfred Thayer Mahan, “The United States Looking Outward”, *Atlantic Monthly*, agosto de 1890, *op. cit.*

cia. La prensa, como siempre, dio a conocer públicamente las incidencias de esos debates en el Congreso, que estuvieron al alcance de Martí.

Durante toda la década del noventa del siglo XIX, Mahan continuó insistiendo en el tema, por medio de su correspondencia personal y la publicación de sus artículos, para que los círculos de poder y el propio pueblo norteamericano interiorizaran e incorporaran como objetivos priorizados en la política interna e internacional de Estados Unidos sus ideas sobre el “necesario” control de los puntos cercanos a las rutas de navegación entre Estados Unidos y el istmo donde se ubicaría el futuro canal. Y de tal manera lo logró, que el lector y elector potencial llegaron a imaginar que su bienestar y el de su familia dependerían del éxito de la política expansiva de Estados Unidos. Mahan se ganó una posición prominente, no siempre debidamente destacada en la historiografía cubana,²⁹ entre los ideólogos más astutos y agresivos del imperialismo estadounidense.

Por todo ello, entre 1890 y 1893, y aún antes, el Caribe y la América Central, considerados hasta hacía poco de menor importancia, ganaron rápidamente prominencia en la escala de valores estratégicos definidos por Mahan, por ser el paso obligado entre el Atlántico y el Pacífico, cuando se concluyeran previo el control de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y todas sus aproximaciones, las obras del Canal interoceánico en el istmo.

Aquel grupo selecto de imperialistas confesos y orgullosos de serlo, con Henry Cabot Lodge a la cabeza,³⁰ e integrado también por Teodo-

²⁹ La excepción notable fue sin duda Ramiro Guerra, con su importante obra *La expansión territorial de los Estados Unidos*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1964, p. 371, en la que aborda la biografía de Mahan con trazos de admiración tal vez excesivos en los que muestra su entusiasmo por el personaje y su país, más bien que una obligada crítica del hombre y su obra. Ramiro Guerra nos dice: “[...] Mahan, además de un historiador filósofo, un gran patriota norteamericano, un misionero de la civilización y un fervoroso creyente en el alto valor de la raza anglosajona, era un marino de superior calidad técnica y una de las más altas autoridades en cuestiones de estrategia naval”. En su visión de Mahan, relativamente extensa, no aparece el término “ideólogo imperialista”, que es el calificativo que mereció en su tiempo y su propio país. Ramiro Guerra, por otra parte, yerra al ofrecer un cuadro idílico del estado de la economía norteamericana en el periodo y de la competitividad de la industria estadounidense.

³⁰ Henry Cabot Lodge nunca se propuso aspirar a la presidencia de Estados Unidos, pero se le reconocía una enorme influencia política en el Congreso, hasta el punto de que en la década del veinte del siglo XX logró paralizar el ingreso de Estados Unidos a la recién creada Liga de las Naciones, promovido con esmero por el presidente Wilson. A él y a Foraker, miembro del Congreso, Herminio Portell Vilá los calificaba de “expansionistas sin escrúpulos”. Véase de Herminio Portell Vilá el tomo III de la *Historia de Cuba*. En sus relaciones con Estados Unidos y España, La Habana, Jesús Montero, 1939, 3 tomos.

ro Roosevelt, desde la época en que era subsecretario de Marina, John Milton Hay,³¹ John Sherman, hermano del general William T. Sherman, héroe de la Guerra de Secesión y jefe del Estado Mayor del Ejército hasta 1883, Joseph B. Foraker, miembro conservador del Congreso, el propio Alfred T. Mahan, incluyendo también en una fase inicial a Andrew Carnegie,³² el “magnate del acero”, atraído por los ingentes negocios de la construcción de una flota blindada con acero fundido en sus plantas dotadas de los medios técnicos más avanzados de su tiempo, y Cornelius Vanderbilt II, heredero de un enorme capital ferrocarrilero, invertido en parte también en el ferrocarril interoceánico de Nicaragua, hicieron suyas las ideas de Mahan y así arrastraron tras de ellos al Partido Republicano. El proyecto imperial presentado por Mahan fue divulgado y debatido en todo el país.

La conclusión forzosa es que el grupo republicano en el Gobierno y el Congreso, de vocación públicamente proclamada imperialista por la prensa, fue responsable de la consolidación y reforzamiento de una agresiva política expansiva en Estados Unidos, que continuó desarrollándose a fines del siglo XIX y a lo largo del siglo XX.

Era evidente para Martí, en 1890, que la correlación de fuerzas políticas se inclinaba peligrosamente a favor de los adversarios de la causa independentista, por la influencia creciente de los grupos políticos imperialistas en el gobierno y las fuerzas armadas, para cuya reversión se requeriría un esfuerzo extraordinario, que ni siquiera Martí, solo y sin recursos, no podía lograr.

Cierto es que en el cuadro de la política electoral tradicional, Martí experimentaba fuertes reservas por la derrota inesperada en 1888 del reformista Grover Cleveland, ampliamente respaldado por el pueblo tras un periodo presidencial en el que se destacó por su honradez inmaculada.

³¹ Era un acaudalado empresario que fungió inicialmente como secretario de Estado de William McKinley, y después del propio Theodore Roosevelt.

³² A medida que se aproximó el inicio de la guerra de independencia cubana y sobre todo con la intervención estadounidense, Andrew Carnegie asumió una posición cada vez más crítica de la expansión de Estados Unidos, hasta que al observar la traición del gobierno estadounidense al pueblo filipino y el genocidio de civiles inocentes, que contra éste perpetrara el ejército y marina norteamericanos, se declaró públicamente antimperialista y decidió financiar y presidir la Liga Antimperialista de Nueva York.

Martí se habrá preguntado si había en realidad fuerzas políticas en la sociedad estadounidense para frenar el ímpetu expansionista norteamericano, que pudiesen favorecer la voluntad del pueblo cubano a ser independiente y libre. La prensa neoyorquina de la época y las propias crónicas de Martí evidencian la intensa lucha entre reformistas y conservadores en los partidos tradicionales, el Demócrata y el Republicano. El Partido Republicano, el de Abraham Lincoln, cargado de tradiciones liberales, que había conducido a la Unión a la victoria contra los estados esclavistas confederados, había devenido refugio de los grandes empresarios, de los incipientes monopolios, *trusts* y *cartels*. Y era, de los dos partidos tradicionales, el menos interesado en la lucha por la honradez en el gobierno, en asegurar un nivel humano de bienestar familiar para los obreros, cada vez más oprimidos y explotados; en la justicia en las relaciones internacionales y en los principios éticos en que se fundamentó la liberación de los negros sometidos a la inhumana esclavitud.

El tradicional Partido Demócrata del Sur Confederado, consagrado desde antes de la Guerra de Secesión a la defensa de los intereses de los grandes terratenientes esclavistas, defendía, como siempre lo hizo, la libertad de comercio, para la cual la industria, frente a la concurrencia europea, no se creía suficientemente preparada para resistirla.

Un grupo influyente de los demócratas desarrollaba una política populista en los grandes centros urbanos del Norte que propugnaba las reformas políticas y sociales, la probidad en la manipulación de los recursos del Estado, todo concebido para atraer al electorado de las masas obreras y los inmigrantes europeos y sus representaciones sindicales, que amagaban con la creación de un partido obrero y la lucha por el socialismo.

La investigación evidencia, en general, un enorme desaliento no limitado a las masas explotadas, por el deterioro del sistema político estadounidense, y los valores éticos tradicionales, que también abarcaba a grupos prominentes de la intelectualidad, la burguesía, y hasta algunos sectores de las fuerzas armadas.³³

³³ Como se verá con mayor detalle en páginas siguientes, uno de los fundadores del reformista Club Crepúsculo fue el general George Wingate, veterano de la Guerra de Secesión. Las crónicas de las cenas crepusculares mencionan a oficiales jóvenes de menor graduación que también asistían. Véanse los artículos sobre sus actividades políticas publicados en el diario *Brooklyn Daily Eagle* en su versión digitalizada en internet (1883-1890).

En esas circunstancias emergió el líder político reformista, que capitalizó el sentir de las masas y desarrolló un proyecto político con reformas avanzadas en el seno del gobierno estadounidense. Así lo caracterizó José Martí:

[...] tuvo el Partido Demócrata la fortuna de que apareciese en él el reformador que los tiempos requerían, duro como un mazo, sano como una manzana, independiente como un cinocéfalo. [...] Y como el país tiene ahora miedo de que los abusadores le sequen sus caudales, más aún que de que los “trabajadores” le vicien sus libertades políticas, se han dado todos a apoyar a este hombre sencillo, que se ha puesto sin miedo a la limpia de los bribones y la vigilancia de las arcas. Con el auxilio de los republicanos tan puros, y contra el sentimiento borbónico de su partido, fue electo Cleveland [...]³⁴

Martí estaba convencido de que se trataba de un líder popular genuino, honrado y firme en sus convicciones éticas, con un sólido prestigio alcanzado como alcalde de Buffalo y gobernador del estado de Nueva York, y después, como presidente, se destacó por las mismas razones que determinaron su elección y el desempeño de su mandato presidencial entre 1884 y 1888.

Una característica, sin duda observada de cerca y apreciada por Martí, fue la prudencia y el pacifismo de Cleveland, que representaba lo mejor del Partido Demócrata en su primer periodo presidencial después de la Guerra de Secesión, muy poco inclinado a aventuras bélicas con propósitos expansivos, como informara a sus lectores de *La Nación* de Buenos Aires, durante los incidentes armados de Estados Unidos con Alemania entre 1888 y 1889 por el control del estratégico archipiélago de Samoa, y en 1886 el diferendo con México por el arresto del “periodista” Augustus K. Cutting en la frontera con ese país, fabricado por elementos expansionistas de su propio Partido para privarle de los estados fronterizos con Estados Unidos.³⁵

³⁴ José Martí, *OC*, t. 10, pp. 198-199.

³⁵ Véase la obra de Rodolfo Sarracino, *José Martí y el caso Cutting ¿extraterrotalidad o anexionismo?*, Guadalajara, coedición del Centro de Estudios Martianos y la Universidad de Guadalajara, 2003. Y la segunda edición, corregida y aumentada, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2008. (Otro trabajo de mayor concisión aparece en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos* núm. 27 de 2004, p. 172).

El triunfo electoral de Cleveland en 1884 lo convenció de que el líder neoyorquino, naturalmente opuesto al grupo expansionista ultraconservador en el Partido Republicano, constituía un elemento potencialmente favorable a la causa revolucionaria cubana. Pero en las elecciones de 1888, contrario a todos los cálculos políticos, Cleveland fue vencido en el colegio de electores por el candidato republicano, Benjamín Harrison, a pesar de haber obtenido alrededor de 100 mil votos más que su contendiente. Con esa derrota electoral, las esperanzas de Martí se resintieron. En su certero análisis de la derrota concluyó con realismo:

Si los monopolios todos, poseídos por los republicanos prominentes, han visto sus privilegios suspensos durante el gobierno de Cleveland, y las industrias favorecidas han hallado en él el adversario patriótico que procura el equilibrio y bienestar de la nación antes que el beneficio inmoderado y odioso de una minoría de industriales, ¿cómo no han de consagrar los monopolios y las industrias protegidas con sobrantes mal ganados, a sacar del poder a quien manifiesta la decisión y capacidad de oponerse a que se perpetúen en ellos?³⁶

Así, entre 1889-1890 el grupo ultraconservador republicano en el gobierno, el Senado y las fuerzas armadas, sintiéndose alentados por la victoria, recrudecieron su política exterior expansionista bajo el estímulo y la influencia de James G. Blaine, líder visible de la causa imperialista estadounidense.

Por todo ello, Martí concibió una política encaminada a contribuir a frustrar los planes imperialistas de anexión de Cuba, que ya parecían inminentes. Precisar el contexto verdadero, tal como hemos visto, se le presentaba al héroe cubano, ayuda a comprender mucho mejor la profundidad de la amargura de sus palabras introductorias a los *Versos sencillos*, que tanto deben a su estancia en las montañas Catskill:

Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila

³⁶ José Martí, OC, t. 12, pp. 90.91.

temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos;³⁷ y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria hispanoamericana, que quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores.³⁸

Su constante actividad revolucionaria, sus crecientes preocupaciones sobre el aumento de la amenaza de anexión, sus febriles quehaceres consulares y periodísticos, y el calor agobiante del verano neoyorquino de 1890, agudizaron algunos de sus padecimientos crónicos, de los que no llegó a recuperarse plenamente en toda su vida.

En agosto de ese año, por prescripción facultativa, se vio obligado a apartarse de su trabajo y descansar unos días, que decidió pasar en el Twilight Park en Haines Falls, bella e intrincada comunidad en las montañas Catskill.

³⁷ Sobre todo de Argentina, de cuya delegación conoció de la conspiración estadounidense para intentar comprar de España a la Isla de Cuba y, por cierto, y no de México, del que en 1889 diría en carta a Miguel Tedín: "Del Sur vendrán los vigilantes, ya que a México le tiene la cercanía atadas las manos. Yo padezco". Véase OC, t. 7, pp. 395- 397.

³⁸ José Martí, "Prólogo a los *Versos sencillos*", en OC, t. 16, pp. 60-61.

La estancia en las montañas





RALPH WALDO EMERSON (1803-1882). Filósofo, ensayista, periodista estadounidense, fundador de la escuela filosófica del Trascendentalismo e inspirador del Club Crepúsculo.

“Causa y efecto, medios y fines, semilla y fruta, no pueden ser separados; pues el efecto florece en la causa, el fin preexiste en los medios, la fruta en la semilla.”

En: *Compensation*

En los días de Martí, las montañas de Catskill eran, y siguen siendo hoy, un centro vacacional tradicional, sano y fresco en el verano, no muy lejos de la ciudad de Nueva York. Cuando aún no las había visitado, ya Martí, por sus lecturas de todo cuanto le rodeaba en la ciudad y el estado de Nueva York, mencionaba también, al referirse en 1885 a varios puntos preferidos de los neoyorquinos para las vacaciones de verano, a “las montañas de Catskill”, a donde se iba a “rusticar en paz, y echar afuera, enfrente de la hermosura y grandezas materiales, las miasmas de alma y cuerpo que echa en ellos todo un año de vida en la ciudad”.³⁹

En esta sucinta descripción se percibe la influencia de Ralph Waldo Emerson y Herbert Spencer, que siempre llamaron la atención acerca de la necesidad de un contacto íntimo con la naturaleza para el equilibrio físico y mental de los seres humanos. Lo cierto es que Martí ya había visitado los cerros y valles de Catskill un fin de semana del verano de 1888, invitado por Paul Philippon,⁴⁰ promotor de sus traducciones y propietario de la publicación *El Economista Americano*, en el que colaboraba.

Fue un viaje apresurado que dejó en él intensas y desacordadas impresiones. Por un lado, guardó imágenes sublimes de las montañas, que nunca había visto iguales en su país natal. Un ejemplo de ese paso fugaz en 1888 por las alturas de Catskill es su descripción, resultado de su observación directa de su exuberancia, para una crónica de otoño publicada en *La Nación* el 24 de septiembre de 1888, en la que comentaba los lugares a los que iban los novios y recién casados de la ciudad de Nueva York:

³⁹ José Martí, “Carta a *La Nación*”, en *OC*, t. 10, p. 267.

⁴⁰ Inexplicablemente, William D. Isaacson ignora completamente esta visita.

A donde los novios de septiembre van es a Catskill, a ver la roca de Rip Van Winkle,⁴¹ para que les dure tanto la dicha como le duró a él el sueño, a oír de los montañeses que el membrillo viene temprano, lo que anuncia para estos fríos mucho oso: a visitar el pueblo nuevo, con lindas casas de troncos de árboles, una taberna al uso antiguo, con los muros pintados de regalo por los maestros del país: a asomarse admirados a la Casa del Monte, desde donde, como el tope de enorme anfiteatro, se divisa la maravilla del valle de Hudson, con su río como el mar, lleno de los vapores blancos veraniegos, y sus retazos de selva, y sus trigales ya cobrizos: a subir, pértiga en mano, a la cumbre de mirtos y laureles, de donde se precipita la cascada de Kaaterskill, que se pierde espumante por las rocas despeñadas entre robles musgosos y pinos augustos. Él, creyéndola oro, levanta de entre el *humus* una rama seca de abedul. Ella, creyéndola gargantilla de brillantes, se inclina a ver una tela de araña donde cuelgan las gotas del rocío.

Conviene al amor nuevo la soledad de los hoteles abandonados de la montaña, y el magnífico fuego de que en el rojo otoño las laderas se revisten. Van persiguiendo los novios la mariposa azul, por entre las veredas del bosque de color de sangre, bajo el silencio del cielo.

Esta apacible escena la interrumpe Martí violentamente para intercalar, en el mejor estilo romántico, la angustia de la trágica epidemia de fiebre amarilla, que por aquellos días otoñales de 1888 había acabado con centenares de vidas en la capital del estado de la Florida:

Pero ¡qué pobres bodas la de dos recién casados de Jacksonville, asolada ahora por la peste de la fiebre, sin casas apenas que no tengan la bandera amarilla! [...] Y a la puerta llamaban a poco, para no ver más que un demente y una muerta, los hombres de la sanidad, embutidos en capotes de goma y capuchos de buzo.⁴²

⁴¹ Rip Van Winkle es uno de los personajes en una de la colección de cuentos en *The Sketch book of Geoffrey Crayon Gent (1819-1820)*, de Washington Irving, cuyo argumento se desarrolla en las montañas de Catskill.

⁴² José Martí, "En los Estados Unidos", *La Nación*, septiembre 24 de 1888, en *OC*, t. 12, p. 52.

En este característico ejemplo de catastrofismo martiano nos interesa, en particular, su rica descripción de las montañas Catskill, clara evidencia de una visión de primera mano de sus atractivos paisajes. Y resulta también evidente que en esa cadena de picos y valles, uno o dos meses antes visitada un breve fin de semana, había una hermosa colina donde vertía sus “fragosas” aguas una hermosa cascada llamada Kaaterskill, cercana al punto que dos años después visitaría de nuevo.

A Estrázulas indica, apenas transcurrido un mes de escribir la crónica magistral que acabamos de citar, que su visita de dos días provocó en él su agorafobia.⁴³ La impresión que comunica a su amigo uruguayo fue de insatisfacción:

Ud. hubiera bufado, y con razón; ¡Treinta y dos horas de viaje, y de noche y en vapor, por ocho horas de hotel, con un poco de monte y de cascada de Kaaters Hill.⁴⁴ Y me acordé más de usted, porque también yo me sentí como preso entre aquellos picos. Está demasiado lejos la cumbre de los montes de la faena humana.⁴⁵

Esta reacción indica la otra realidad de su viaje: el agotamiento, el escaso tiempo para conocer personalidades interesantes y disfrutar plenamente de la naturaleza generosa. En 1890, por el contrario, su presencia en aquellos apartados parajes, bastante más prolongada, facilitó a Martí un interludio de mayor intimidad con la naturaleza, pero sobre todo le presentó nuevos retos políticos que compensaron las incomodidades del viaje.

El investigador estadounidense William D. Isaacson,⁴⁶ único que ha abordado el tema de las relaciones de Martí y el Club Crepúsculo, tema al que se dedica este libro y ello sólo en el plano de la vida campestre y de su producción poética, enfatiza los instantes bucólicos en que Martí evoca,

⁴³ El término lo utiliza Martí en su versión inglesa: “agoraphobia”, sensación de angustia en presencia de grandes extensiones de tierra, mar, urbes.

⁴⁴ La elevación y su cascada aparecen en publicaciones de la época con el nombre de Kaaterskill.

⁴⁵ José Martí, Carta Enrique Estrázulas, octubre 26 [1888], en OC, t. 20, p. 199.

⁴⁶ Todo indica que cuando terminó su artículo sobre Martí y el Club Crepúsculo, William D. Isaacson, a fines de la década de los años cuarenta del siglo pasado, no había aún concluido sus estudios de Letras Hispánicas en la Universidad de Columbia, en New York. En ese centro de altos estudios había sido discípulo de Andrés Iduarte, quien lo formó en el respeto a la vida y la obra de José Martí. En Cuba, Isaacson impartió cursos sobre Martí en la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana.

en los apuntes de su segundo viaje, cómo “en la ciudad, cuando cierro los ojos, todo lo veo negro. Y aquí, cuando cierro los ojos, lo veo todo verde”.⁴⁷ Martí expresa en la propia crónica para *La Nación* de Buenos Aires del 29 de agosto de 1890 todo su amor por la naturaleza:

Van los alegres a las playas buscando aventuras; pero el mar no acomoda con sus palacios bullangueros a la gente tranquila, ni el aire de la costa como el de la montaña para criar hijos ágiles y resueltos, para leer a la luz blanda los libros sobre la Naturaleza, para calafatear los pulmones agujereados, para calmar, con la salud del mundo el espíritu doliente.⁴⁸

Ya sabemos que sus dolencias no le impidieron, entre una actividad y otra, trabajar intensamente en sus *Versos sencillos*, que tanto deben a los inspiradores bosques y montañas de Catskill. Tampoco le faltó tiempo para confraternizar con los creadores literarios, los profesionales famosos, los religiosos, incluso los militares, y participar en pasatiempos, que incluían caminatas, ascensos a las colinas y cursos de pintura, y mostraron a los socios prominentes la sólida cultura de Martí.

El héroe cubano relata, según refiere en sus “Cuadernos de apuntes”,⁴⁹ una especie de simpática competencia de ortografía inglesa, de nivel de escuela secundaria que llamaban Progressive Spelling, con un grupo de profesores, médicos, reverendos, un general y tres estudiantes, todas personas educadas y cultas.

Parco en nombres, Martí menciona sólo a uno de los participantes: Anthony Comstock, nada menos que el secretario general de la llamada New York Society for the Suppression of Vice (Sociedad Neoyorquina para la Supresión del Vicio), una de las personalidades más influyentes, respetadas y de hecho temidas de la urbe neoyorquina, hijo de una familia acaudalada de terratenientes, que llevó a la prisión a más de 2,500 ciudadanos, personalidades artísticas y grandes intelectuales y figuras políticas

⁴⁷ José Martí, “Cuadernos de apuntes”, en OC, t. 21, p. 423.

⁴⁸ José Martí “En los Estados Unidos, Cartas de Verano. En las Montañas”, *La Nación*, 29 de agosto de 1890, OC, t. 12 p. 44.

⁴⁹ José Martí, “Cuadernos de apuntes”, t. 21, pp. 422-423. Véase también William D. Isaacson, “José Martí y el Club Crepúsculo”, en Archivo José Martí, núm. 15, enero-junio de 1950, p. 114, reproducido en su totalidad en los Anexos de este libro.

por “delitos”, como el aborto, el fraude, la pornografía, el homosexualismo, el consumo de alcohol, la lotería y otros juegos entonces ilegales.

Fue autor de numerosas obras y artículos en que defendía con peripatética elocuencia sus posiciones reñidas con el popular liberalismo que se abría paso a fines del siglo XIX norteamericano, aunque mantenía una guerra incesante a favor del reconocimiento del voto femenino y del lugar de la mujer en la sociedad norteamericana. El simpático participante en el juego escolar había conseguido un nombramiento de agente especial del Departamento de Correo de Estados Unidos, lo que le daba privilegios especiales para abrir la correspondencia de la ciudadanía y verificar si violaba la ley en su escrito.

El título de la nota martiana, en su circunspección de sobra elocuente, es “Educación norteamericana”. Era una nota que debía permitirle evocar en otro momento la pésima educación que recibía el estadounidense, no sólo el ciudadano medio, sino incluso las personalidades prominentes, educadas en las mejores escuelas y universidades privadas. La esencia de esa experiencia constituye en sí misma un juicio crítico de la calidad del sistema educacional de Estados Unidos. Veamos lo que Martí nos escribió en su libreta de “fragmentos”:

Anthony Comstock, Secretario de la Sociedad contra el Vicio, autor de libros y de artículos de revista:

¿Cómo se deletrea Janitress?

Un mozo de dieciocho años que va a entrar en la facultad de Princeton:

“I do not know” (no sé).

Una niña de dieciséis, graduado con honores en la escuela pública:

“j-a-n-i-t-o-r-e-s-s”.

Comstock:

“I declare, I have forgotten.” [admito que lo he olvidado]

Yo: j-a-n-i-t-r-e-s-s.

El abogado, en Twilight Park:

“¿Cómo se deletrea mountain?”

En el juego del deletreo [...] un cubano fue el único que no perdió su puesto.⁵⁰

⁵⁰ José Martí, “Cuadernos de apuntes”, OC, t. 21 pp. 422-423.

El general mencionado por Martí, que también era abogado, debió ser George Wingate, autor de varias obras, uno de los fundadores del Club. No menciona los nombres de “los maestros, reverendos y médicos”. Martí quedó bien parado, pero la educación norteamericana dejó bastante que desear. Esa experiencia fortaleció su criterio acerca de la mediocridad del sistema educacional estadounidense.

En fin, sólo Martí pudo deletrear correctamente todas las palabras difíciles de la lengua inglesa que le presentaron. La última, en la que casi todos fallaron, fue en efecto *janitress*, que simplemente significa “encargada” o portera, declinación de género femenino de “janitor”, ocupación poco usual en aquellos días entre las mujeres.

Isaacson sugiere que la visita de Martí al Twilight Park fue casual, pero ignora completamente que había viajado dos años antes al lugar. Por otra parte, las dudas sobre esa hipótesis brotan espontáneamente al leer la distancia recorrida y las vicisitudes que experimentara para llegar a ese destino. El sentido común indica que ponerse en contacto con el Club y sus miembros, fue precisamente el objetivo principal de su permanencia en el apartado retiro veraniego del Parque Crepusculo. Isaacson, en cambio, nos dice:

Según su temperamento de viajero innato y espontáneo, [toma] el ferrocarril de la antigua línea Ulster and Delaware [que] subía la orilla del Río Hudson hasta Kingston, donde [...] transborda al tren que va hacia Phoenicia. De este pueblo da un viaje por coche sobre caminos estrechos y montuosos para llegar a la villa de Tannersville. Hasta aquí ha viajado el Apóstol unas ciento cincuenta millas. Todavía le quedan las últimas cuatro,⁵¹ que tiene que caminar a pie, a la altura de dos mil doscientos pies sobre el nivel del mar. En esta región [...] queda la aldea de Haines Falls, donde nace una etapa en la vida de José Martí que es, por lo común, desconocida.⁵²

Es fácil colegir los aspectos en que este aserto carece de sustentación documental y racional, hasta hacernos dudar de su verosimilitud. Por el contrario, toda la información consultada indica que Martí viajó con todo

⁵¹ La conversión a km es 7.4.

⁵² William D. Isaacson, *op. cit.*, p. 112.

propósito a las montañas Catskill, y particularmente al Twilight Club. Nuestra aseveración se fundamenta en la carta que Martí escribió a Juan Bonilla,⁵³ fechada el 8 de agosto en las montañas, cuyas hojas ostentaban el membrete de Twilight Park. Haines Falls, Catskill Mountains:

Ayer 7 recibí en uno de los picos más altos de estas montañas,⁵⁴ la carta de Ud. del 3 en que me anunciaba la visita de Ud. para ayer miércoles en mi oficina. Pero ya ve que tuve que escapar de ella, porque ya no me quedaba nervio quieto, ni fuerza para cumplir con mis deberes, que es para lo que vivo, porque todo lo demás, fuera de la amistad de los buenos corazones, resulta vano y feo. Mi mismo viaje acá es respuesta de lo que me pregunta sobre Cuba; porque mi miedo mayor no era el de ir saliendo de la vida, sino el de verme sin fuerza para los muchos quehaceres que nuestra tierra está a punto de echarnos sobre los hombros. Y yo entiendo estas cosas a lo militar. Las guerras no son cosas de bastidor y de merengue: todo en ellas, lo que se ve, y lo que no se ve, lo de afuera y lo de adentro, ha de ir a paso de batalla y arma al hombro. Jamás hubo elementos peores para entrar en una guerra de independencia, ni necesidad más grande de la guerra. No hay que acobardarse ante los peligros, sino conocerlos, y afrontarlos. Ya yo me voy muriendo, mi querido Juan. Los pulmones se me quejan y el corazón salta más de lo que me debe. Pero calzo las botas invisibles de un tranco como las del gigante del cuento, van del valle a la montaña. Y mientras viva, he de estar sirviéndolos y queriéndolos. Cuidado con La Liga, que es como aquellos cuerpos pequeños que, si el sol les da donde debe, proyectan una sombra mucho más vasta que ellos.⁵⁵

⁵³ Juan Bonilla, (1869-?). Patriota cubano negro nacido en Key West. En 1881 se trasladó para Nueva York, donde años después conoció a Martí. Fue secretario de La Liga, Sociedad Benéfica creada por Martí y Rafael Serra, en Nueva York, el 22 de enero de 1890, y subdirector de *La Verdad*, decenario político dirigido por este último.

Colaboró en el *El Pueblo*, de Key West; *El Patriota*, de Tampa y otras publicaciones de la emigración revolucionaria, así como en *La Fraternidad* y *La Igualdad*, de La Habana. Sobre Martí escribió un artículo en *Patria* (8 de julio de 1895) "Impresiones de una velada" (La doctrina de Martí. Nueva York, 15 de junio de 1897) y "Martí en la Liga" (*El triunfo*, La Habana, 9 de marzo de 1909) Al finalizar la Guerra de Independencia, viajó a Cuba acompañando al recién electo presidente Tomás Estrada Palma.

⁵⁴ Se trata, desde luego, de las montañas Catskill. Y el "pico más alto" o uno de los más altos de ese sistema montañoso, es el pico Blackhead, que se halla a poca distancia del Parque Crepúsculo.

⁵⁵ José Martí, Carta a Juan Bonilla, *Epistolario*, en *OC*, t. II, p. 212.

El contenido de las líneas citadas muestra la confianza, el respeto y afecto de Martí por ese dirigente de La Liga, institución integrada por negros cubanos patriotas, atendida directamente por él. En lo relativo al tema de nuestro interés, la más obvia observación es que ninguna carta podía llegar a manos de Martí en las montañas a menos que hubiese ordenado a la oficina de correos más cercana a su domicilio o su oficina que en su ausencia las reenviase al lugar de su próxima permanencia; o que hubiera informado a Bonilla antes de viajar su dirección en Haines Falls.

La oficina de correo más próxima se encontraba en el edificio donde tenía su oficina: 120 Front Street, justamente en el piso de abajo. En cualquiera de los dos casos es claro que Martí sabía exactamente a donde se dirigiría. Y por otra parte, su sentido de la responsabilidad le indicaba que, pocas semanas después de haber sido nombrado cónsul en Nueva York de Argentina y Paraguay, tenía que mantenerse localizado para los tres gobiernos, incluido el uruguayo, que representaba consularmente en la gran urbe neoyorquina.

Cabe preguntarse, al llegar a este punto, cuánto tiempo de descanso se permitió Martí en las montañas. Conocemos que se despidió de Rafael Serra en una carta fechada en agosto de 1890. En ella le informa: “Me voy a un rincón de hojas y de soledad por unos cuantos días [...]”⁵⁶ Aunque el original sólo registra el mes en que se envió, se trata obviamente de una misiva remitida el 1 o el 2 de agosto, porque ya sabemos que Martí recibió el 7 de agosto en las montañas la carta fechada el 3 del patriota Juan Bonilla, en la propia ciudad de Nueva York. Se comprende fácilmente que a lo sumo el 4 de agosto le habría llegado a su destinatario, de no haberse encontrado ya en el Parque Crepúsculo o en viaje hacia éste.

Teniendo en cuenta que el primer documento que escribiera después de su viaje fue una crónica para *La Nación*, sobre el tema de la universidad de los pobres en las montañas, fechada en Nueva York el 19 de agosto,⁵⁷ resultaría un periodo de alrededor de quince días de probable estancia en el placentero ambiente campestre, tan bien reflejado en sus

⁵⁶ José Martí, “Carta a Rafael Serra”, Epistolario, New York, agosto de 1890, en OC, t. 20, p. 371.

⁵⁷ José Martí, “La Universidad de los pobres”, en Carta a *La Nación*, Nueva York, 19 de agosto de 1890, en OC, t. 12, p. 433.

Versos sencillos. No es menos reveladora, y tal vez decisiva en ese sentido, la carta introductora del Dr. Manuel Zeno y Gandía, que escribiera a Miguel Tedín, fechada en Nueva York el 13 de septiembre de 1890:

Mi enfermedad, porque estoy enfermo, es el horror de la tinta [...] Me cuesta trabajo poner punto aquí, sobre todo cuando acabo de venir de Catskill, donde ahora hay un pueblo nuevo que describo en mis cartas a *La Nación* para que levante Ud. allí otro igual.⁵⁸

El “pueblo nuevo” a que se refería Martí es claramente Haines Falls, en cuya cercanía se hallaba el Parque Twilight. Y la fecha refuerza nuestro criterio de que permaneció alrededor de quince días en el lugar. Allí escribió poesía, es cierto, pero además dedicó tiempo a la reconstrucción histórica del lugar y a hacer amigos entre artistas e intelectuales que lo frecuentaban, con el propósito de labrar nuevas vías de intercambio e influencia con las ideas revolucionarias cubanas en la esfera social y el sistema político estadounidenses.

Por otra parte, el Parque Crepúsculo tenía su reglamento: era una propiedad privada. Nadie podía permanecer allí, como nos relata el propio Martí, a menos que fuera uno de los propietarios, o invitado de alguno de ellos. La realidad es que algunos dueños de cabañas que viajaban fuera del país de vacaciones en ocasiones las alquilaban bien entendido, a personas “decentes”, para estancias de quince días o un mes. Al revisar las secciones de anuncios pagados en la prensa⁵⁹ de Nueva York y de Brooklyn, observamos varios dedicados al alquiler de cabañas, entre 1888 y 1890, en el Twilight Park, Haines Falls, Catskill Mountains, con las correspondientes direcciones en la ciudad a las cuales los interesados podían dirigirse para informaciones adicionales.

Es concebible que Martí haya sido un inquilino, pero quien conoce su modestia y austeridad le es difícil imaginarlo dedicando tiempo y

⁵⁸ José Martí, “Carta de presentación de Miguel Tedín al doctor Manuel Zeno y Gandía”, Nueva York, 13 de septiembre de 1890, en *Epistolario*, OC, t. 7, pp.395- 397.

⁵⁹ En las ediciones del *Brooklyn Daily Eagle* de los fines de semana (edición digitalizada de los años 1889-1890), a partir del mes de mayo abundan los anuncios clasificados de ofertas de alquiler de casas en el Twilight Club para individuos o familias de reconocida decencia.

recursos a gestiones de esta naturaleza. Sobre esto añadiremos algunos detalles pertinentes en líneas posteriores.

Además de los argumentos ya planteados, que nos parecen definitivos, también el sentido común indica que para descansar y disfrutar del aire puro de las montañas y de las aguas del Río Hudson, Martí no tenía que trasladarse a un lugar tan remoto y poco accesible, y caminar incluso más de siete kilómetros por senderos montañosos sintiéndose indispuesto.

La breve descripción que Isaacson nos presenta de la enfermedad de Martí es, cuando menos, dudosa. Lo que éste le dice a Bonilla sobre el estado de sus pulmones y su corazón no se corresponde con lo que nos informa dicho investigador sobre la vieja dolencia de la ingle, herencia del presidio político en Cuba. En esas circunstancias, la única opción concebible para el autor de estas líneas es la palabra de Martí.⁶⁰

La travesía en vapor a las Catskill en 1888, tal como refirió a Estrázulas, también había resultado demasiado extenuante, tal vez porque se realizó de noche, y por eso en su segundo viaje no se queja de la vía ferroviaria que escogió para trasladarse al propio lugar. Pero lo cierto es que una travesía de día en un cómodo vapor lo habría llevado a cualquier hotel en los pequeños valles de las márgenes del Hudson, no en las alturas, sino a la vista de las montañas, donde habría disfrutado de un clima agradable y de la bondad de las aguas.

No puede haber duda de que Martí salió de Nueva York con el propósito de hospedarse precisamente en el Parque Crepúsculo, retiro veraniego para muchos intelectuales de Nueva York, inteligentes, cultos, críticos e influyentes, verdaderos ciudadanos de la “patria de Lincoln”, que vivían en el Parque Crepúsculo, e incluso en otra comunidad llamada Onteora,⁶¹ cercana a dicho parque. Su laborioso viaje fue, pues, una

⁶⁰ El corazón y los pulmones son motivo frecuente de quejas de Martí en su correspondencia. Puede consultarse la obra reciente sobre el tema de la dolencia de Martí publicada por Ricardo Hodelín Tablada, *Enfermedades de José Martí*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2007.

⁶¹ *Onteora* es el nombre indio de la localidad que aparece en las *Obras completas*. Es una errata en el artículo de Isaacson (véase en los anexos). *Onteora Park* lo fundaron en 1883 Candace Wheeler y su hermano Francis B. Thurber, rico comerciante de víveres al por mayor, y fundador también del *Twilight Club*, a quienes Martí se refirió en sus crónicas. Fue originalmente una granja que pintores como B. Duran, Thomas Cole, Wislow Homer y Thomas Nast utilizaron como base en

iniciativa con objetivos bien definidos que justificaba las molestias de su estado de salud durante el incómodo recorrido. Para Martí, “Catskill es una gloria” y añade algunas líneas de relieve tan profundo como el de las montañas que describía:

Bien se vaya adonde el bullicio, allá en los hoteles, que dan colosales balcones, sobre el valle del Hudson, bien busque casa juiciosa el veraneador en los pueblos amenos de las cuchillas, o en los caseríos que blanquean la floresta tupida de las cañadas. De bordón y morral se puede ir, crillando los arroyos de truchas, por aquellos poblados limpios y humildes, de donde en frondosas laderas, rotas allí y acá hasta la tierra viva por un zarpazo del vendaval, se levantan los montes, aspados o redondos, con su plumero de nubes. Jadeando cuesta arriba y como si se secase el sudor, viene, con el tren a la zaga, la locomotora que se para un instante a beber en el lago, y luego con el empuje de su peso, rueda veloz sobre el valle vecino. Atrás, como tierra conquistada, durmiendo en la sombra, quedan los mantos menores tendidos sobre el brazo o arrebujados en su arboleda, o sentados en cucullas, junto al pueblo encendido. Se pone la tempestad; azota al carricoche el viento, lo apedrea la lluvia. Y cuando el viajero en el cielo claro, pone el pie en la casita blanca del pinar, las señoras, en sus trajes de seda, le traen, orlado de hojas de álamo, un cesto de frutas [...] De dosel tiene el cielo y de panorama el valle sublime, ya fino y coloreado, allá en el bosque espeso y las listas del maíz, corriendo al río brumoso por entre amarillos y púrpuras, ya en súbita cerrazón, revuelto y negro, como un mar de nubes. Los vientos, ligeros, arrollan la niebla, la empujan de un lado, la echan, despedazada, sobre la falda del monte, la dejan colgando de las ramas de los pinos: y brilla por entre las grietas de la nubazón el valle azul y rosa.⁶²

Pero Martí no se detuvo en las descripciones de la hermosura de las Catskill, sino que también cumplió su labor periodística y le dedicó

la búsqueda de paisajes espectaculares en los alrededores. En ese mismo año Charles F. Wingate fundó su Twilight Park en lotes cercanos. La información puede hallarse en el diario *The Brooklyn Daily Eagle et al.* de 1883.

⁶² José Martí, “En los Estados Unidos, Cartas de Verano”, *op. cit.* pp. 442- 445.

algunos párrafos a la historia del retiro vacacional, que publicó posteriormente en una crónica para *La Nación*:

Familia de casas parece el parque, que es todo de amigos, donde las visitas entran y salen a gozar en libertad de la hermosura del parque, pero no vive sino quien tiene casa suya, o va con quien la tiene. Tres años hace, era selva firme la falda del pico, hasta que la compró, a diez pesos el acre, un periodista⁶³ que abogaba contra la propiedad de la tierra. Con lo que le puso un hermano,⁶⁴ y lo que le dieron de hipoteca, pagó la compra, y empezó el clareo [...] Lo primero fue levantar la casa del Club y su colgadizo.⁶⁵

La compañía vendió después los lotes en los que varias familias prominentes de Nueva York construyeron las primeras cabañas, hasta llegar a unas cincuenta en los días en que Martí visitó el lugar. Allí permanecería durante su estancia, y se relacionaría con algunas familias e individuos interesantes, aunque poco nos comunica de las personalidades que conoció. Así:

De Edgewood, el retiro amable, vienen de gorra y polaina, los poetas de Onteora, el pueblo privado, donde no se entra sin licencia, vive mucho músico y escritor, en casa de troncos, metida en los pinos: de Twilight Park, que es un sueño de hermoso, con sus pórticos de ramas de abedul, sobre la boca de las cataratas⁶⁶ mismas; su rebaño de casas rojas agrupadas, aquí y allá, alrededor de la casa del Club; sus sendas de piedra natural, que culebream por la ladera, sobre arroyos y céspedes, de una casa a otra.⁶⁷

Coincidimos con Isaacson en que Martí pudo informarse sobre la historia del Club en sus frecuentes contactos sociales y festivos de

⁶³ El "periodista" era, sin duda, el ingeniero Charles Frederick Wingate.

⁶⁴ Su "hermano" era, obviamente, George Wood Wingate, que además de general era graduado de derecho.

⁶⁵ José Martí, "En los Estados Unidos, Cartas de Verano", *op. cit.*, p. 445.

⁶⁶ Cataratas de Kaaterskill.

⁶⁷ José Martí, "En los Estados Unidos", *op. cit.*, p. 443.

aquellos días. Sus reportajes sobre la vida en comunidad de sus socios son interesantes, pero los pormenores sobre la parcelación y venta de la tierra, que ya hemos escuchado de su boca, nos dicen poco de cómo surgió la idea del Club propiamente dicha. Algunas fuentes,⁶⁸ al caracterizarse a sí mismas como herederas del Club Crepúsculo, aluden a la “venerable tradición de activismo ético de dicho Club, fundado originalmente a fines de la década del setenta del siglo XIX”, como un “círculo de sabios”, pensadores visionarios estadounidenses de diversas disciplinas. Nada concreto se aporta a estos supuestos antecedentes, que impresionan como un propósito deliberado de sumir la verdadera historia del Club Crepúsculo en las tinieblas del misticismo.

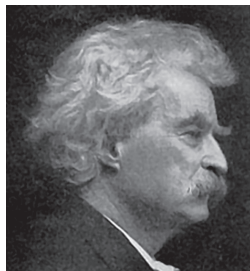
La prensa de la época,⁶⁹ como veremos en las páginas siguientes, más cercana a los hechos, refleja con mayor objetividad lo ocurrido, con los detalles que interesaban entonces a los lectores neoyorquinos y, con mayor razón, a nosotros.

⁶⁸ Véase en Internet Vision in Action.com.

⁶⁹ Esta parte del trabajo se fundamenta en nuestra consulta del diario *The Brooklyn Daily Eagle*, por cierto el de mayor circulación por aquellos días, en números salteados entre 1883 y 1890. Y el *New York Times* de 1986, en el que aparece un artículo en la página dedicada a las vacaciones de verano donde hizo un poco de historia sobre el lugar.

Orígenes del Club Crepúsculo





MARK TWAIN (1835-1910). Posiblemente el más brillante ensayista, periodista y novelista estadounidense, y uno de los más consecuentes pensadores antimperialistas de su país a fines del siglo XIX y principios del XX. Entusiasta participante en las actividades del Club Crepúsculo.

“Desde el principio he luchado contra la opresión, la simulación y el mal en todas sus formas. He detestado la maldad, la persecución de los hombres y la negación de las libertades humanas.”

En: *Mark Twain, una biografía*, de Albert B. Paine.

Un diligente reportero del *Brooklyn Daily Eagle* informaba a sus lectores que la idea del Club surgió durante la visita que llevara a cabo a Estados Unidos el filósofo británico Herbert Spencer.

En una cena de despedida que se le ofreció en el famoso restaurante Delmonico's en noviembre de 1882,⁷⁰ Spencer, que durante todo su periplo hizo críticas muy serias a la sociedad y al sistema político norteamericanos, habló en esa ocasión menos sobre ese tema y de sus ideas filosóficas, contenidas en su controvertida obra *A System of Synthetic Philosophy based on Evolution* (1860), y más sobre otro asunto complementario, abordado muchos años antes por Ralph Waldo Emerson y por su alumno Henry David Thoreau, que en 1854 escribió *Walden or Life in the Woods*: los norteamericanos, dijo Spencer, deben aprender a practicar el relajamiento en íntimo contacto con la naturaleza, para aliviar la vida de tensiones peligrosas y dañinas a la salud. Esta práctica la llamó “el nuevo Evangelio del relajamiento para los americanos”.⁷¹

Fue en ese aspecto, añadido a su crítica devastadora a la política y la sociedad estadounidenses, que la influencia de Spencer se hizo patente desde la fundación del Twilight Club. Poco después, un popular periodista neoyorquino, ya entonces jubilado, F. V. Smalley, retomó informalmente estas reflexiones con otro colega en retiro y concluyeron que un club de reglas sencillas, sin formalidades, sin burocracia administrativa, sin politiquería, pero consciente de las necesidades de reformas de la sociedad estadounidense, apartado del agobiante entorno urbano y cercano a la naturaleza, podía y debía ser creado. Incluso se pusieron de acuerdo sobre el nombre, que inicialmente sugirieron

⁷⁰ Herbert Spencer había llegado a Nueva York el 21 de agosto de 1882. Se entrevistó con muchas personalidades e intelectuales del país.

⁷¹ Se trata de un consejo que el filósofo se permitió dar a los estadounidenses durante una entrevista a la prensa. Ver: *The Brooklyn Daily Eagle*, 23 de octubre de 1882, p. 2.

fuera el Spencer Club. Aunque la sugerencia era del agrado de todos, el nombre fue finalmente desechado porque a los miembros fundadores pareció demasiado provocador debido al radicalismo” del personaje. Una entrevista, publicada el 23 de octubre de 1882, puede darnos una idea del contenido de las críticas de Spencer al sistema político estadounidense. Al pedirle su opinión un periodista sobre lo que había visto en Estados Unidos, Spencer respondió:

Después de ponderar todo cuanto he visto de vuestros vastos establecimientos de manufactura y comercio, el flujo incesante del tráfico de vuestros tranvías y trenes elevados, vuestros hoteles y residencias gigantescos, recordé súbitamente las repúblicas italianas de la Edad Media, y comprendí que, a pesar de la gran actividad comercial y artística que desarrollaban, que hicieron de ellas la envidia de Europa, y la construcción de mansiones principescas que continúan siendo el asombro de los viajeros, sus pueblos perdían gradualmente todas sus libertades. Y me parece que a ustedes les ocurre algo similar. Ustedes retienen las apariencias de la libertad, pero hasta donde he podido percibir, han perdido una parte considerable de su sustancia. Es verdad que aquellos que os gobiernan no lo hacen con guardias armados de espadas, sino mediante hombres armados de documentación electoral, que obedecen la palabra y el mando con la misma lealtad como lo hacían los servidores de los nobles feudales, al permitir a sus líderes ignorar la voluntad del pueblo y obligar a la comunidad a someterse a sus exigencias tan fielmente como sus prototipos de la antigüedad. Es sin duda cierto que cada uno de vuestros ciudadanos vota por la candidatura que escoge para ésta o aquella responsabilidad desde el Presidente hasta el último funcionario elegible, pero su mano la controla un poder detrás de él, que no le permite opción alguna. “Utilice su poder político como le decimos o deposítelo en el latón de la basura”, es la alternativa que se les ofrece a los ciudadanos. La maquinaria política, tal como funciona en la actualidad, se parece poco a lo previsto al inicio de vuestra vida política. Evidentemente, quienes escribieron vuestra Constitución nunca soñaron que un *boss* político conduciría a 20,000 ciudadanos a las urnas. Los Estados Unidos ejemplifican, al otro extremo de la escala social, un cambio aná-

logo al que experimentaron los peores despotismos. [...] Aquí, me parece que “el pueblo soberano” se mueve y habla según lo desean quienes manipulan las cuerdas tras las bambalinas.⁷²

Algunos periódicos de la época prodigaron a Spencer epítetos peyorativos, y no faltó alguno que le endosó el peor y menos merecido entonces concebible: el de comunista. Se comprende, pues, que el nombre de Spencer resultara inconveniente para el Club, independientemente del prestigio personal que disfrutaba el filósofo inglés y de las verdades que se permitió divulgar, que impresionaron vivamente a todos los sectores de la sociedad estadounidense, muchos de cuyos encumbrados representantes desde hacía tiempo intuían que algo andaba mal en el sistema social y político norteamericano.

Fue en definitiva el popular reverendo John Howard Suydam (1832-1908), de Jersey City, quien se destacara por sus piadosos sermones religiosos para los combatientes de la Guerra de Secesión, muchos de ellos primorosamente publicados, quien salvó la situación al sugerir el nombre de Club Crepúsculo, o Twilight Club. No hubo objeción a la nueva proposición.⁷³

Superado ese obstáculo, Charles Frederick, Wingate, desde el principio entusiasmado por las perspectivas que se abrían con la fundación del Club, el propio Reverendo Suydam, Henry Hall, historiador y editor,⁷⁴ el

⁷² *Ibidem*.

⁷³ Sobre la creación del Club puede consultarse *The Brooklyn Daily Eagle*, del 5 de agosto de 1883, p. 7. Laara Lindo, en su *Historia del Club Crepúsculo*, nos presenta una versión idílica del acto fundacional, menos verosímil por la falta de documentos, que la modesta versión periodística del momento en que los hechos ocurrieron. Según Laara Lindo: “En los Estados Unidos [...] grandes figuras, entre ellas Ralph Waldo Emerson y Herbert Spencer fundaron el nuevo Club: estos hombres, decididos a cambiar el rumbo negativo de la sociedad, hacia las acciones positivas, crearon una institución que se llamó a sí misma el Twilight Club, porque se reunía en las horas crepusculares no solamente en el crepúsculo del día, sino, según la situación evolucionaba, porque lo hacían en el crepúsculo vespertino del siglo XIX y el crepúsculo matutino del siglo XX, en el crepúsculo de la civilización, a menos que la tendencia involutiva pudiera detenerse”.

⁷⁴ Henry Hall (1825-1913), importante historiador local y editor, autor de la *Historia local de Auburn*, Nueva York (History of Auburn, 1869), de la historia de su unidad militar durante la Guerra de Secesión, *Cayuga in the field, a record of the 19th New York volunteers*, (New York, 1873), y editor de la enciclopedia biográfica, *America's Successful men of Affairs: An Encyclopedia of Contemporary Biography*, vol. 1, publicada bajo los auspicios del diario *New York Tribune* (1884).

juez William McDowell⁷⁵ y el coronel W. P. Fogg,⁷⁶ autodesignados comité ejecutivo, invitaron a veintiún comensales, todos “caballeros de bien”, al restaurante Moquin’s situado en la calle de Fulton, ciudad de Nueva York, y se dio inicio así a sus actividades crepusculares. Una sede provisional del Club se estableció en el edificio de Mills, en Manhattan, ciudad de Nueva York, aunque después se decidió abandonarla por parecer a la mayoría una formalidad burocrática contraria a los principios de la institución, que no debía siquiera aparecer en los registros oficiales de los clubes neoyorquinos.

A finales de 1883, la membresía había aumentado a 200 personas, entre las que, según los reportajes de la prensa, había artistas, arquitectos, actores, novelistas, ensayistas, poetas, banqueros, agentes de bolsa, profesores, bibliotecarios, químicos, industriales, empresarios, comerciantes, militares, médicos, editores, filósofos, economistas y políticos. La gama de prominentes miembros activos, fue, pues, desde sus inicios, bastante variada y abarcaba a casi todos los sectores de la sociedad del país.

De todo había en abundancia, menos obreros y campesinos. Lo más parecido a un campesino era un socio terrateniente del estado. Sí participaba en las actividades del Club, según se refleja en la prensa, como representante de los obreros, uno de filiación y origen fuera de duda: el líder obrero ferrocarrilero Terence Vincent Powderly, invitado ocasionalmente a las cenas, pero nunca admitido formalmente como miembro del Club.⁷⁷

Martí conoció a varios de los socios activos durante su estancia en las montañas, quienes lo aceptaron de buen grado en las actividades del

⁷⁵ El juez William McDowell, como ejecutivo de la institución, fue uno de los signatarios del certificado a nombre de José Martí como nuevo miembro del Club Crepúsculo. Publicó varios trabajos de pretensiones científicas acerca del fisonomismo.

⁷⁶ Fogg era explorador y geógrafo, autor de varias crónicas sobre sus viajes por el mundo, la más recordada de las cuales es *Round the World, letters from Japan, China, India and Egypt* (Cleveland, 1872). Por aquellos días también escribió *Expedition to Egypt*, de menor aceptación.

⁷⁷ Es significativo que la profesora Laara Lindo, dirigente actual de la nueva versión del Club, no mencione, en su *History of the Twilight Club (op. cit.)*, ni a Powderly, ni a Henry George, el reformista, que luchaba por una concepción nueva del capitalismo estadounidense. La presencia de estos dos notables dirigentes en el Club era realmente significativa, y por ello destacada por la prensa de la época, que publicaba hasta sus notas de excusa por la ausencia a alguna de las cenas a las que eran invitados.

grupo por su inteligencia, su sólida cultura, y también por sus altas responsabilidades consulares. Para Martí fue una experiencia excepcional y útil su admisión posterior a un Club al que pertenecía esa élite influyente de la sociedad neoyorquina. Estos contactos, consolidados después de su ingreso, habrían sido de importancia incalculable antes, pero sobre todo en los días posteriores a un triunfo revolucionario en Cuba. Hasta qué punto, lo precisaremos en las páginas que siguen.

Es evidente, por otra parte, que Martí se proponía escribir mucho más sobre el Club y su verdadero carácter. Las personas que conoció, no identificadas plenamente por él, obligaron al autor de estas líneas a la búsqueda de todo posible contacto con ellas, sobre todo en sus anotaciones personales. En una de éstas, ignorada por Isaacson, dedicada a los numerosos proyectos de libros y ensayos que nunca pudo escribir, Martí refiere:

Por escribir: una familia (los Wingate). Con el pintor en la montaña. Las tres cachuchas (Mrs. Neavins). El paso nuevo (Round Top⁷⁸) Jack. Nota: Vine, con el pintor, a verle pintar. La montaña con Coughlin:⁷⁹ (descripción ligera). El hawk⁸⁰ quejoso. En todas partes está la tristeza (contraste de la nota quejosa con la gloria y dicha del paisaje).⁸¹

De esta brevísima, pero valiosa información, concebida como un recordatorio personal, puede inferirse que Martí no sólo había viajado con toda intención al retiro del Club, que sabemos era privado, sino que fue probablemente invitado al lugar por el paisajista neoyorquino mencionado, cuya identidad ya hemos establecido. No fue esa la única nota que Martí escribiera para sí a manera de un memorando que debía facilitar la estructuración temática de una obra literaria.

⁷⁸ Errata en la edición de las *Obras completas*: "around tap". Se trata de la montaña Round Top, de laderas escarpadas y cima redonda, cercana al Parque Crepúsculo, que obviamente Martí visitó.

⁷⁹ Fue, con toda probabilidad, el pintor e impresor W. H. Coughlin, conocido en la ciudad de Nueva York. Una de sus obras más notables la tituló *November in the woods* (Noviembre en el bosque) terminada en 1896. Coughlin experimentaba también con la fotografía.

⁸⁰ Errata en las OC: "havok". Martí quiso decir hawk (halcón) que emite un sonido que puede describirse como "quejoso".

⁸¹ José Martí, "Libros", en OC, t. 18, p. 287.

Sus *Momentos supremos* sería el título de otra obra autobiográfica y se referiría a los instantes de mayor emoción en su corta vida. Entre ellos estaría, de tan enorme significación:

El momento en que me entregaron a Pepe recién nacido; el beso de papá, al salir para Guatemala en el vapor, al volver a México en casa de Borrell; la cumbre de Guatemala; la tarde de Emerson; la ingratitud” y “la tarde del anfiteatro (manos en el balcón del Club;) en Catskill”.⁸²

“La tarde del anfiteatro” parece indicar las horas que en el verano de 1888 Martí pasó contemplando la belleza del valle, como un gigantesco anfiteatro, desde lo alto de las montañas y el caudaloso Hudson, que le pareciera “como un mar” tal como hemos visto lo describió para los lectores de *La Nación*.

Y allí, dos años después, en el Parque Crepúsculo, conoció a dos personalidades interesantes. “Los Wingate”: dos hermanos, uno de los cuales, el ingeniero Charles Frederick Wingate (1848-1909), fue el promotor más activo, aunque no el único, del Club Crepúsculo en 1883, según el propio Isaacson y la prensa del periodo. Pero no es menos cierto que su hermano, el general George Wood Wingate (1840-1928), abogado y socio en la parcelación de las tierras de la montaña, se hallaba entre los miembros del Comité Ejecutivo que aprobó con la firma de todos el certificado de Martí, en tanto que Charles, como secretario del Club, certificó el documento.

En verdad, eran personalidades muy diferentes.⁸³ Ambos habían alcanzado una relativa prominencia en la sociedad, la política y la economía locales. George Wood Wingate se había graduado de derecho en la ciudad de Nueva York. Allí superó su examen de incorporación a la profesión en 1861. Durante la Guerra de Secesión combatió en el Regimiento 22 de la Guardia Nacional de Nueva York, en el que alcanzó el grado de capitán. Como veremos, dio a sus experiencias bélicas un sentido eminentemente práctico, por sus ramificaciones con nuestra historia emergente.

⁸² José Martí, “Libros”, *op. cit.*, p. 287.

⁸³ Las notas biográficas de estas dos personalidades provienen básicamente del *Appleton's Biographical Dictionary del siglo XIX*, edición digitalizada, y de la *Enciclopedia Wikipedia* digitalizada, a lo que se añade la prensa de la época.

Gran parte de la obra de este militar se refiere, como tema de su vida, a la necesidad de que todos los ciudadanos de bien en Estados Unidos practicasen el tiro de fusil, a fin de estar preparados para la defensa del país, porque en su experiencia de la Guerra de Secesión los soldados de la Unión habían evidenciado graves deficiencias como tiradores. E insistió tanto en el asunto que en 1871 por propia iniciativa fundó la hoy contendida Asociación Nacional del Rifle (National Rifle Association) que los neoconservadores en Estados Unidos han convertido en un activo grupo de presión, con su programa fundamentado en el supuesto derecho de los ciudadanos privados de ese país a poseer una o varias armas, incluso de guerra, todo ello fundamentado en las tradiciones de la Guerra de Independencia. George fue electo su secretario.

En 1874 se le designó jefe de la práctica de tiro en el estado de Nueva York hasta su renuncia en 1879, cargo en el que alcanzó el rango de brigadier general. Poco después ascendió a la presidencia de dicha asociación hasta 1888. Entre los logros que se le atribuyen se menciona el haber redactado las regulaciones sobre tiro de fusil que durante muchos años se aplicaron en la Guardia Nacional y el Ejército de Estados Unidos. Fue presidente del Club Amateur de Fusil desde 1871. En 1874 se le designó capitán del primer equipo de tiro de fusil de Estados Unidos. Por su consagración a esa disciplina deportiva se le llamó “padre del tiro en Estados Unidos”.

El general Wingate, por cierto, graduado de derecho, se mantuvo durante casi toda su vida en el cargo de presidente de la Asociación de la Guardia Nacional. En 1896 resultó electo presidente de la Twilight Association. Su obra escrita la dedicó a los temas militares: *Last Campaign of the Twenty-Second Regiment*, Nueva York, 1864, y *Manual for Rifle-Practice*, reeditado en más de siete ocasiones desde 1872, *Horseback Riding through the Yellowstone* (1886, con dos ediciones posteriores), y *Why should boys be taught to shoot* (1907).

Charles Frederick Wingate, su hermano, era en cambio una persona reflexiva y apacible, siete años menor que George. Fue tal vez de mayor sensibilidad social e inteligencia natural. Demasiado joven para luchar en la Guerra de Secesión, nunca fue hombre de armas. Se educó, como su hermano, en las escuelas públicas del estado. La única educación recibida que pudiera sugerir un grado universitario fue la de Ingeniero

de Sanidad. Pero ciertamente evidenció desde joven una fuerte vocación periodística. Durante cinco años fue corresponsal del *Springfield Republican*. Firmaba sus artículos con el seudónimo de “Carlfried”. De 1874 a 1882 editó, en ese orden, *The Paper Trade Journal*, *The American Stationer*, *The Housekeeper* y el *Sanitary Engineer*. A partir de esta última publicación se dedicó por entero a su profesión.

Charles escribió numerosos artículos en la prensa de la ciudad acerca de las pésimas condiciones de las viviendas de los explotados obreros neoyorquinos. En 1887, logró la aprobación de un proyecto que enmendaba la ley de edificios de familias de bajos ingresos y parques pequeños. Sus inquietudes sociales y políticas lo movieron a apoyar activamente la fundación del Club Crepúsculo, que tuvo lugar el 4 de enero de 1883. Como periodista escribió artículos de crítica social tales como “La historia de la pandilla de Tweed”, que publicó en la revista *North American Review* en 1874. Editó también: *Views and Interviews on Journalism* (Nueva York, 1875), *Twilight Tracts* (1886), *Life of the Honorable Phineas T. Barnum* (1891), *Persons and Places* (1891), *The truth about “protection”* (1892), y *What shall boys do for a living?* (1901). José Martí, durante su breve estancia en las montañas Catskill, conoció a ambos hermanos y sus familias, que después promovieron y aprobaron su ingreso en la institución.

Es cierto que el Club fue inicialmente integrado por ciudadanos cuyo rasgo común era el de sus abundantes recursos monetarios y el amor por la naturaleza, pero no lo es menos que en poco tiempo, probablemente bajo la influencia de los numerosos artistas y escritores asociados, el Club evolucionó hacia una visión crítica de la sociedad norteamericana y la necesidad de reformarla, con una vida activa que sucesivas generaciones de intelectuales prolongaron hasta nuestros días.

Demos ahora una ojeada a las reglas, procedimientos y tradiciones del Club Crepúsculo.

Isaacson, que tuvo acceso a la historia del Club escrita por miembros de la primera generación,⁸⁴ nos ofrece una descripción de los regla-

⁸⁴ Sus fuentes fueron: Joel Benton: *Memories of the Twilight Club*, Nueva York, 1910, Owl talks at Dinner, Ye Twilight Club, History of Ye Twilight Club (Sociology), Twilight Club, Ninety Dinners, *A three Years Record*, 1886, Charles F. Wingate: a Scrapbook of Clippings relating to The Twilight Club, vols. 1, 2, *Papeles de Martí*, III, Miscelánea, de Gonzalo de Quesada.

mentos de las reuniones, en las que participaban las que llamó “las más raras y distintas personalidades en esta unión curiosa”:

Los miembros se reunían bimensualmente en forma de un fórum libre democrático. El proceso general de una reunión típica era marchar de la sala al comedor a las seis del atardecer [de ahí el nombre de Club Crepúsculo]. De costumbre la comida consistía en trece platos, por un peso, y comían hasta las ocho. Durante las dos horas y media que les quedaban, seguían discursos de tipo extemporáneo, chistosos o serios, a la manera del orador. Este, de acuerdo con la famosa “no Constitución” del Club, tenía diez minutos para presentar su argumento, que era seguido por un diluvio de ataques por su ingenioso y despiadado público. La inmensa mayoría de los miembros eran hombres [...] ⁸⁵

Lo expuesto por Isaacson es sólo parte de la verdad. Es claro que el principio de la espontaneidad era respetado en el Club, pero también se organizaba un programa anual de temas a tratar. En uno de los artículos del *Brooklyn Daily Eagle*, precisamente el fechado el 5 de agosto de 1883, aparece una lista de los temas especiales programados por el Comité Ejecutivo del Club que debían debatirse en el año de su fundación, en los que se revela claramente la preocupación de sus miembros por los candentes asuntos sociales, éticos y de otra índole de aquellos días. Por ejemplo:

¿Es la democracia un fracaso?, Qué haría usted si fuese electo gobernador de Nueva York? La educación técnica, El tratamiento de la demencia, La administración de las bibliotecas públicas, La educación escolar pública, El sistema de patentes de invenciones, La higiene contra la medicina, El libre comercio, La libertad de fletes de barcos, La literatura americana, y La reforma del derecho. ⁸⁶

⁸⁵ Isaacson, *ibidem*, p. 114.

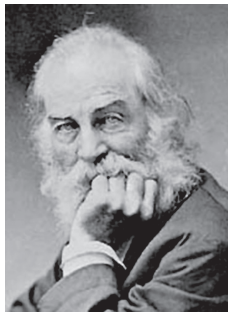
⁸⁶ Puede consultarse la edición del 5 de agosto de 1883, p. 7, en la edición digitalizada en internet.

Algunos de estos temas pueden parecernos pueriles, por ejemplo “La higiene contra la medicina”, pero se comprende que en este caso se trata simplemente de una aproximación temprana al tema de la medicina preventiva, valiéndose de la divulgación como método para lograrla.

Se trataba, en resumen, de cobrar conciencia de los males de aquella sociedad y recomendar medidas para darles solución, todo dentro de la lógica y los intereses reformistas de la burguesía y la pequeña burguesía, incluidos los intelectuales más respetados e influyentes. Sería ingenuo suponer que Martí desconocía estos detalles.

**José Martí ante
los miembros del Club
Crepúsculo de Nueva York**





Walt Whitman (1819-1892). Poeta, ensayista, periodista, uno de los genios de la poesía norteamericana del siglo XIX. Fue miembro del Club Crepúsculo.

“Lo mío debe ser tuyo,/cada átomo me pertenece/ como te pertenece a ti”.

En: “Canto a mí mismo”

Una fuerte impresión de la lectura de los documentos relativos a la estancia de Martí en el retiro de la montaña, es que el propósito de su viaje no fue sólo el descanso sino el trabajo revolucionario. El Parque Crepúsculo no era la sede del Club.

Ya sabemos que el Club había renunciado a tener una sede oficial. Las copiosas cenas que organizaba en la época de Martí, tenían lugar a menudo en el restaurante del Brighton Hotel, en la playa de Coney Island, y también en Morello, Moquin's, y otros más cercanos en Manhattan, en la ciudad de Nueva York, todos de alta categoría.

Martí se ganó la amistad de algunos de los socios, y fue invitado, el 23 del octubre otoñal de 1890, por el propio Charles F. Wingate, a dirigirles la palabra en el mencionado restaurante Morello, en la ciudad de Nueva York. Por las tradiciones del Club y por la realidad de que en su auditorio de setenta y tres comensales, según Isaacson (ochenta, de acuerdo con la versión del diario *El Porvenir*, más cercana a Martí), no había nadie de habla hispana. Martí se vio obligado a hablarles en inglés.⁸⁷ Según Isaacson, “era Martí el último orador de la noche, y como todos los demás, habló extemporáneamente; por eso, no conservamos nada de su discurso”.

Estamos, aquí también, ante otra notable imprecisión. De la intervención de Martí han sobrevivido dos fragmentos elocuentes de las ideas que expresara en aquella cena memorable, localizados en la colección del periódico *El Porvenir*, que es posible hallar en la Biblioteca Nacional de Cuba, y otro en el tomo 28 de sus *Obras completas*, obviamente tomado de la primera. A continuación el interesante texto:

⁸⁷ Era una tradición periodística en el siglo XIX, en cualquier crónica sobre eventos sociales, presentar una lista exhaustiva de todas las personalidades asistentes. El autor revisó los nombres de los asistentes a las cenas crepusculares en todas las crónicas entre 1883 y 1890 en el *Brooklyn Daily Eagle* y no halló un solo nombre de origen latinoamericano.

El Twilight Club es una organización de esta ciudad donde fraternizan hombres distinguidos en las altas ocupaciones de la inteligencia, pensadores y reformadores famosos, economistas y abogados de nota, generales, reverendos, periodistas, artistas. Sus huéspedes usuales son oradores como Everett Hale⁸⁸ y Felix Adler,⁸⁹ magistrados como Roger Pryor,⁹⁰ reverendos como Lyman Abbott,⁹¹ médicos como Hammond⁹² y Deems,⁹³ economistas como Henry Georg⁹⁴ y David Wells.⁹⁵

⁸⁸ Edward Everett Hale (1822-1909). Ensayista y prelado estadounidense nacido en Boston, educado en la Universidad de Harvard. De 1903 hasta su fallecimiento fue capellán del senado de Estados Unidos. En los primeros años de la guerra civil se le conoció por sus posiciones abolicionistas. Su obra más popular fue el cuento corto "el hombre sin patria" (1863). Hale escribió cerca de setenta títulos incluyendo la novela *Ten times one is ten* (1870) y *If Jesus came to Boston* (1894) y *Memories of a hundred years* (2 vols. 1902).

⁸⁹ Felix Adler (1851-1933). Ensayista y rabino estadounidense nacido en Alemania. A los seis años de edad emigró con su familia a Estados Unidos. Se graduó en el Columbia College y cursó estudios en las universidades de Berlín y Heidelberg. Fue profesor de hebreo y literatura oriental en la Universidad de Cornell. En 1876 organizó la primera sociedad para la cultura ética. En 1880 organizó el Colegio para Trabajadores, cuya misión era formar moral y éticamente a los estudiantes. Escribió *Creed and Deed* (1877), *Life and Destiny* (1905), *The Religion of Duty* (1912), y *An Ethical Philosophy of Life* (1918). Se le consideraba un buen orador y escritor.

⁹⁰ Roger Atkinson Pryor (1828-1919). Ensayista, periodista, político y jurisconsulto estadounidense. Nació en el estado de Virginia, y estudió en una universidad local de su estado donde se graduó en 1845. Se matriculó en derecho en la Universidad de Virginia en Charlottesville, en 1848. En 1849 fue admitido a la profesión de abogado. A partir de 1852 se incorporó a la junta editorial del diario *Washington Union* y en el *Richmond Enquirer* en 1854. En el propio año fue nombrado ministro de su país en Grecia, hasta su regreso en 1857. Fue electo representante por el Partido Demócrata en 1859-1861. Durante la Guerra de Secesión fue coronel del Ejército Confederado y ascendido a General de Brigada en 1863. Posteriormente renunció a su grado militar y como miembro de la Cámara Confederada de Representantes del Estado de Virginia fue capturado y confinado en la prisión de Fort Lafayette, y liberado poco después. Tras el fin de la guerra se trasladó a Nueva York, donde practicó su carrera de derecho. Fue juez del Tribunal de Apelaciones de la ciudad de Nueva York de 1890, cuando Martí lo conoció durante la primera sesión de invierno del Club Crepúsculo, hasta 1894. Fue magistrado del Tribunal Supremo de Apelaciones de Nueva York de 1894 a 1899. Después de su retiro prestó servicios como árbitro de la división de apelaciones del Tribunal Supremo de Estados Unidos, hasta su fallecimiento.

⁹¹ Lyman Abbott (1835-1922). Famoso prelado, orador y escritor estadounidense, uno de los promotores del modernismo protestante en Estados Unidos, notable por su intento de reconciliar la teoría de la evolución con la religión. Fue autor de 50 obras que incluyen *The Evolution of Christianity* (1892) y *Theology of an Evolutionist* (1897). Coeditó con Henry Ward Beecher la publicación abolicionista *Christian Union*.

⁹² William Alexander Hammond (1828-1900). Cirujano, ensayista y novelista estadounidense. Ingresó como asistente de cirugía en el ejército y en 1862 ya era cirujano general. Fue miembro del equipo médico que atendió al presidente James A. Garfield cuando fue objeto de un atentado que le costó la vida. Aunque cargó con la responsabilidad por la muerte del presidente, ganó fama al escribir un estudio en el que afirmaba que Guiteau estaba en su sano juicio cuando asesinó a Gar-

field. Además de varias obras científicas, al final de su vida escribió varias novelas, entre ellas *Robert Severne*, *A strong minded woman* y *A son of perdition*.

⁹³ Se trata casi seguramente del doctor Charles Force Deems (1820-1893), no médico, sino licenciado en Ciencias Naturales, doctor en Ciencias Teológicas, orador y predicador estadounidense de la Iglesia Episcopal Metodista, muy famoso por sus sermones dirigidos a los combatientes de la Guerra de Secesión. Fue durante varios años agente de la American Bible Society, profesor de lógica y retórica, y profesor titular de química de la Universidad de Carolina del Norte. Desde 1866 vivía en la ciudad de Nueva York, donde publicó varios de sus trabajos pedagógicos y científicos. Fue uno de los oradores más completos de su país, por su estilo directo y sencillo, al alcance de todo el pueblo, pero siempre con un fondo realista y matices científicos.

⁹⁴ Henry George (1839-1897). Economista norteamericano, reformador del capitalismo, nacido en Filadelfia. En 1855 se enroló en un barco y viajó a Australia y la India. Su sensibilidad crítica por algunos de los males del capitalismo se atribuye a su visión directa de los polos opuestos de afluencia y miseria que observó en ese viaje. Más tarde se mudó a San Francisco donde se dedicó a la impresión y a escribir. En ese periodo llegó a ser editor de periódicos allí y en Oakland, estado de California. En 1871 escribió el panfleto *Our land and Land Policy*, en el que argumentaba que el rápido crecimiento económico en el oeste norteamericano, resultado del desarrollo de los ferrocarriles, en realidad hacía más ricos a los ricos y más pobres a los pobres. La razón de ello, según George, es que la tierra estaba en manos de unos pocos propietarios, que lucraban con el aumento de su valor, aunque este aumento no era el resultado de sus propios esfuerzos, sino del incremento de la población y el desarrollo de la economía. George recomendaba el aumento de los impuestos sobre la tierra y la reducción impositiva sobre hogares y edificios, lo que según él se podría lograr mediante la aplicación de un impuesto único. Su obra *Progress and Poverty* (1879), en el que desarrolló esta idea, hizo crecer su prestigio como opositor de la miseria y la injusticia en el capitalismo de su tiempo. A partir de entonces, George escribió e impartió conferencias sobre sus ideas. En 1886, con apoyo de la clase obrera organizada y de los liberales, George fue el segundo candidato por el número de votos conseguidos, en elecciones para la alcaldía de la ciudad de Nueva York, elecciones que perdió, con lo que se selló el futuro del Partido del Trabajo que respaldó su candidatura. En 1897, como demócrata independiente, fue una vez más candidato a la alcaldía de Nueva York, pero falleció durante la campaña. Sus obras más meritorias son *Social Problems* (1884); *Protection of Free Trade* (1886) y *The Science of Political Economy* (1897).

⁹⁵ David Ames Wells (1828-1898). Periodista y economista estadounidense, originalmente ingeniero, partidario de mantener bajos los aranceles de su país. Fue autor de varias obras de economía. Se graduó en la universidad privada de Williams, en el estado de Massachussets. En 1848 se incorporó al cuerpo de redactores del *Springfield Republican* en cuyo empleo logró inventar un aparato para doblar los periódicos. En 1851 se graduó en la Escuela Científica de Lawrence en Cambridge. De 1850 a 1866 fue editor del *Annual of Scientific Discovery*. Como científico publicó *The Science of Common Things* (1857), *Wells's Principles and Applications of Chemistry* (1858) *Wells's Natural Philosophy* (1863), *Wells's First Principles of Geology* (1861), que recibió quince reediciones como libro de texto universitario. Durante la Guerra de Secesión fue abolicionista y firme defensor de la política de Abraham Lincoln, que lo nombró presidente de la comisión nacional de impuestos. En 1867 se consagró al estudio de los costos de producción en Europa. Fue inicialmente proteccionista, pero al percatarse de la productividad de la industria estadounidense, se convirtió en uno de los exponentes más influyentes a favor del libre comercio y la eliminación de las tarifas aduaneras. Fue amigo íntimo de James A. Garfield y también de Grover Cleveland. Fue asesor de la industria ferroviaria. Durante toda su carrera promovió la aplicación de la ciencia a la industria, único modo de hacerla competitiva ante la concurrencia extranjera. Escribió numerosas obras de teoría monetaria, imposición y tarifas arancelarias. Se le considera uno de los economistas más influyentes de Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XIX, cuando Martí lo conoció, una noche de 1890.

La noche del 22 del corriente se celebró la primera sesión de invierno de ese Club, con una comida artística de 80 cubiertos. Sólo en un grupo se veían reunidos el venerable director del Cooper Institute,⁹⁶ un negociante célebre,⁹⁷ y uno de los directores del *Evening Post*.⁹⁸

Después de la comida, el presidente nombró los oradores de la noche, que trataron de los asuntos del día, de impresiones personales, de cuestiones políticas, de algo literario o social.

Esa fiesta periódica no había tenido, hasta esta que reseñamos, ningún interés directo para nosotros. En el banquete del Twilight Club, se encontraba como huésped el eminente cubano José Martí,⁹⁹ invitado especialmente como un tributo de cariño por haber pasado aquél la temporada de verano en el campo, con la mayoría de los miembros de la asociación. El presidente lo había sentado a su derecha, y cuando el Sr. Martí menos lo imaginaba le dice aquel que había llegado su turno de hablar. A la indicación, había precedido un encomio refiriéndose a la impresión de afecto que el cubano presente había dejado de su viaje a las montañas. El orador se irguió entonces, y desafiando el idioma extraño, tomó pie para su peroración que fue el “Recuerdo de Verano”.

Es raro que un hombre del sur, de los climas soñolientos del sur, diga algo en cinco minutos que interese a la gente del Norte; pero lo cierto fue que Martí interesó, y muy mucho a aquel auditorio de hombres sesudos yanquis. Habló de las montañas y de su hermosura, y de la bondad que le reanimó el espíritu, preocupado hasta la intranquilidad durante el invierno con los problemas americanos. Y añadía: “[...] Una lección inolvidable y profunda, para mí como para los demás, me dejó mi viaje a las mon-

⁹⁶ Probablemente se trata del acaudalado Stevens Abrams Hewitt, el famoso filántropo, inventor y hombre de negocios, miembro del Club Crepúsculo, que a la sazón era secretario de la Junta que dirigía las operaciones financieras y educativas del Cooper’s Union.

⁹⁷ Se trata verosímelmente de Elliot Babcock Thurber, acaudalado comerciante estadounidense de la ciudad de Nueva York, muy vinculado por conducto de su esposa a los artistas de esa ciudad. Fue presidente de la Asociación de Comerciantes y un activo opositor del monopolismo en Estados Unidos. Era miembro del Club Crepúsculo por aquellos días.

⁹⁸ Edwin Lawrence Godkin (1831-1902), escritor y editor del *New York Evening Post*, también asociado al Twilight Club, era el miembro del ejecutivo de dicho periódico que asistía a las cenas del Club.

⁹⁹ Esta concisa reseña tiene un valor especial porque la información fue evidentemente recopilada por el propio José Martí, ya que ningún cubano lo acompañó a la cena.

tañas y la acogida benévola a que alude el señor presidente. Se hablaba entonces, y aún puede ser que se hable hoy, entre políticos ignorantes y adementados, de la intrusión disimulada, con estos o aquellos pretextos plausibles, de estas fuerzas del Norte en los pueblos meritorios, laboriosos, ascendentes, de la América española, de la intrusión, so nombre de la libertad, en la libertad ajena, que es delito que no se ha de cometer, porque hartos saben los que en ella viven que, a vueltas con sus elementos heterogéneos lo que triunfa aquí al fin y al cabo es la gran conciencia nacional, que no permite ya de semejante mancha. Pero si esa unión violenta de que suelen hablar, una que otra vez, los políticos adementados e ignorantes, no ha de realizarse ciertamente por la nobleza de la tierra que la habría de imponer, y la de las tierras que la habrían de resistir, hay otra unión simpática y posible, tan apetecible del lado de acá de la frontera, como del lado de allá, y es la que no puede dejar de nacer del trato mutuo, despreocupado y justiciero de los hombres de una zona con los hombres de la otra, de los hombres de veras, cordiales y cultos, como esta asamblea de cabezas firmes y espíritus amantes de la justicia, ante quienes depone el extranjero humilde su corazón agradecido.”¹⁰⁰

Aquellas cabezas blancas, silenciosas y críticas, se levantaron de sus asientos, después de atronadoras salvas de aplausos, para ir a estrechar la mano del cubano que había dicho esas cosas. El presidente de la sesión recordó a Kossuth¹⁰¹ y sobre el discurso de Martí se levantó la sesión.

Este incidente habla por sí solo; no necesita comentarios. Por las ideas levantadas y patrióticas se consigue el respeto y la consideración.

¹⁰⁰ Hasta aquí el fragmento del discurso pronunciado por José Martí en el Twilight Club, el 22 de octubre de 1890, aparecido en el periódico *El Porvenir* de Nueva York, del 29 de octubre de 1890, bajo el título “Recuerdos de verano”, recogido sólo parcialmente en las *OC de José Martí*. El fragmento político, que incorporamos a continuación, con la misma fuente, apareció publicado en *OC*, t. 28.

¹⁰¹ Lajos Kossuth (1802-1894), revolucionario y estadista húngaro, que durante su carrera se consagró al intento de establecer una república independiente a mediados del siglo XIX. En 1848 fue electo primer ministro, tras una exitosa campaña para dar a Hungría una constitución. En julio del propio año llamó a las armas a los húngaros para defender su independencia. Las fuerzas húngaras lograron varias victorias contra Austria, pero fueron derrotadas con la ayuda del Ejército Ruso, que intervino a favor de ese país. Kossuth se refugió en Turquía y después viajó a Inglaterra y Estados Unidos, donde se le recordaba por sus ardientes discursos a favor de la libertad y la independencia del pueblo húngaro. Los últimos años de su vida los pasó en el exilio en Inglaterra e Italia. Murió en el destierro.

Por eso vale tanto la virilidad. Cuando se mendiga sin necesidad, se pierde toda estimación.

Felicitemos al Sr. Martí por sus patrióticos conceptos expresados en el Twilight Club.

La intervención de Martí, dadas las reglas del Club, no podía sobrepasar los diez minutos, por lo que no debe haber sido más extensa que el fragmento citado. Pero difícilmente se puede decir tanto en tan poco tiempo. El tema para Martí era menos el recuento de sus experiencias campestres, y más la inclinación de ciertos políticos norteamericanos, que llamó ignorantes y dementes, a la intervención y expansión estadounidense a costa de la América Latina, política que sería resistida firmemente por los pueblos de “nuestra América”.

Era una respuesta contundente al grupo de políticos que se nutrían de la visión expansionista de Alfred Thayer Mahan y la parte de la prensa conservadora que alentaba la aventura de nueva república imperialista, en el que Martí se internó audazmente, en la confianza de que el auditorio del Club, por cierto, favorablemente caracterizado por él, conocido por sus posiciones constructivas, críticas y progresistas, sería capaz de interpretarlo y discutirlo con objetividad. De la discusión propiamente dicha, que seguía siempre a la presentación de un problema delicado, no han aparecido indicios.

Sí es interesante que Martí fuera indirectamente comparado con el prestigioso nacionalista húngaro Lajos Kossuth, de gran popularidad en Estados Unidos, quien a mediados de siglo había alzado al pueblo húngaro por su independencia contra Austria. Fue una noche de éxito.

A continuación reproducimos la nota periodística de la institución, redactada por Charles Frederick Wingate, su secretario, más interesante por lo que calla que por lo que informa, traducida al español por Isaacson:

La noche concluyó con un discurso simpático, por el señor José Martí, traductor de *Ramona* y de otras producciones literarias americanas, recientemente libertado de la prisión española que describió sus vacaciones en las montañas de Catskill, e hizo una súplica elocuente por

más relaciones de tipo confraternales entre los pueblos de las repúblicas hispanas y las Américas.¹⁰²

Es de lamentar en la nota del Club la inexactitud sobre la prisión española de Martí y la pobre caracterización del invitado, aparte de la realidad de que el héroe nacional de Cuba no suplicó cosa alguna, sino que centró su atención en el peligro de la expansión estadounidense hacia el Caribe, y Centro y Suramérica, tema que de manera creciente preocupaba a Martí.

Dos meses después, el 23 de diciembre de 1890, José Martí recibió su certificado de socio del Club Crepúsculo, redactado con algunos matices humorísticos,¹⁰³ tomado de un anexo entregado por Gonzalo de Quesada a Isaacson, quien lo reprodujo en su artículo.

Conviene identificar a varios de los miembros del Comité Ejecutivo que subscribieron el certificado emitido a nombre de José Martí. Estaban los ya conocidos general George Wood Wingate, y su hermano, el ingeniero Charles Frederick, que fungía como secretario del Comité. Pero además los acompañaron en el acto de la firma Rossiter Johnson, escritor, entonces viceditor de la *American Cyclopedia*. También se encontraba John Celibergos Zacho, fallecido en 1898, famoso escritor y bibliotecario de gran experiencia y habilidad profesional, albacea de la documentación de la Cooper Institutional History, perteneciente a la Cooper Union; Silas Sadler Packard (1827-1898), profesor y escritor, especializado en economía y comercio, que eventualmente llegó a crear una red de 55 universidades de esa especialidad. La primera, por cierto, se fundó en un piso alto del edificio de la Cooper Union; Christian Nestell Bovee (1820-1904), escritor y abogado, cofundador del Atheneum Club, que publicara la obra *Thoughts, Feelings and Fancies* (New York, 1857) y también *Intuitions and Summaries of Thought*; el juez W. O. MacDowell, (1819-1903), autor de *Oration of the Origin, purposes and claims of the Ladies' Mt. Vernon*

¹⁰² Owl Talks, 179th Dinner, oct. 23, 1890 (Ninth Season), en Isaacson, *op. cit.*, traducido por éste.

¹⁰³ El documento parece un modelo utilizado en todos los ingresos al Club. Su texto, como puede verse en los anexos, intercala frases en latín y antiguo gaélico para dar la impresión de una falsa solemnidad frecuente en las universidades estadounidenses de la época.

Association,¹⁰⁴ (1858) fundador del Club y E. W. Chamberlain, hombre de negocios de Saratoga, Nueva York. Todos, salvo tal vez este último, eran intelectuales de relieve.

Hasta aquí lo que se había olvidado o ignorado de lo que siempre fue visto como un contacto menor con “la única asociación netamente norteamericana a la cual perteneció José Martí”, según nos dice el investigador Enrique López Mesa en su meritoria obra *Algunos aspectos culturales de la comunidad cubana de New York durante el siglo XIX*.¹⁰⁵

¹⁰⁴ Es un pequeño libro de 70 páginas en que se hace la historia de esa asociación de damas y su lucha por convertir la localidad de Mt. Vernon en monumento nacional honrando a George Washington.

¹⁰⁵ (La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2002). Es particularmente interesante la nota 129 del libro, que en parte afirma: “Durante sus vacaciones en los montes Catskill, en el verano de 1890, Martí se vinculó con el Twilight Club una pintoresca asociación neoyorquina de amantes de la naturaleza, fundada en 1883 por Charles F. Wingate del cual llegó a ser socio a partir del 23 de diciembre de ese año. Fue la única asociación netamente norteamericana a la cual perteneció”.

Posición del Club Crepúsculo sobre la Guerra de Independencia en Cuba



Meses después de la muerte de Martí, el Twilight Club dedicó a Cuba su sesión regular del 9 de abril de 1896, a la cual invitó a tres figuras de la emigración: Fidel G. Pierra,¹⁰⁶ Emilio del Castillo¹⁰⁷ y Arístides Agramonte.¹⁰⁸

El artículo que sobre este acontecimiento se publicó en *Patria*, el 15 de abril de 1896, puede leerse completo en el anexo de este trabajo. Es desde luego más extenso y detallado que la nota mencionada, pero se echa de menos la evocación de la visita previa de Martí y su membresía en el Club. La omisión se manifiesta más flagrantemente si en el análisis de las actividades revolucionarias en aquella etapa avanzada de la guerra observamos que el precedente que Martí dejara sentado con su visita seis años antes se había constituido en una práctica, seguida después por los representantes de la Junta Revolucionaria de Cuba en Nueva York.

¹⁰⁶ Fidel G. Pierra, patriota cubano, es autor de un libro titulado *La Evolución y la Revolución*, en el que se inclinó a favor de la evolución. Cuando se le citó al Club Crepúsculo en 1896 ya había rectificado su posición y abrazado la causa revolucionaria. Fue comisionado agregado de Paraguay a la Feria Mundial de Chicago y presidente del Comité de Prensa de dicha delegación. Fue también autor de la obra *Physical Features of Cuba, her past and possible future*, Nueva York, S. Figueroa Spanish Publisher, 1896 (colección facticia Vidal Morales y Morales).

¹⁰⁷ Emilio del Castillo, activo patriota cubano miembro del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York. Se le enviaba frecuentemente a hacer uso de la palabra en los clubes norteamericanos por sus conocimientos y dominio de la lengua inglesa.

¹⁰⁸ Arístides Luciano, Isaac Agramonte y Simoni (1868-1931). Patriota cubano, hijo de Eduardo Agramonte, héroe de la Guerra de los Diez Años, y de Matilde Simoni. Era respetado y apreciado por José Martí como un profesional prestigioso. Su vida se caracterizó por su consagración a la carrera de Medicina. En 1871 viajó con su familia a México y después a Estados Unidos. Estudió en Yucatán, México, y a su regreso a Estados Unidos se matriculó en la Universidad de Columbia, donde concluyó sus estudios de medicina entre 1893 y 1894. De 1895 a 1899 fue Inspector Médico del Departamento de Sanidad de Nueva York. Durante la guerra hispano-cubano-norteamericana, se enroló en el Ejército de Estados Unidos, y después de concluida ésta asistió al doctor Carlos J. Finlay en sus experimentos para hallar el vector de la fiebre amarilla. Fue profesor en la Universidad de La Habana y secretario de Sanidad durante el gobierno de Alfredo Zayas.

El patriota Fidel G. Pierra, pongamos por ejemplo, aparece en las páginas de *Patria* en 1896, en varias actividades de promoción revolucionaria, dos meses antes que lo hiciera en el Twilight Club, en otros clubes norteamericanos que habían seguido el llamado a la acción de esa institución. El 15 de febrero de ese año, Pierra aceptó la invitación de hablarle a los miembros del Twentieth Century Club, en la ciudad de Boston. Para subrayar la importancia de la presentación del cubano, *Patria* informa a sus lectores que de la ciudad solía decirse que era “el cerebro de los Estados Unidos”, en tanto que el Twentieth Century Club lo era de Boston.

En ese Club, de objetivos bastante similares al que Martí se dirigiera en 1890, Pierra convenció a su auditorio de las verdades de Cuba. En su respuesta, el presidente de esa sesión le aseguró que “cada uno de ellos, dentro de su respectiva esfera, abogaría por la causa de Cuba con todo interés y empeño”. Era ese precisamente el objetivo político mínimo que Martí perseguía cuando le habló a los miembros del Club Crepúsculo en 1890.

Pocos días después de la cena en el Club Crepúsculo, *Patria* da cuenta de la presencia de una delegación cubana de seis miembros en un banquete ofrecido por el exclusivo Clover Club de Nueva York, dirigida por Gonzalo de Quesada y que incluía al propio Fidel G. Pierra. Fue una noche de brindis por Cuba, discursos y buenos augurios para la causa cubana.

Impresiona que ya se manifestara una perceptible tendencia a olvidar a la figura del apóstol, que, salvo las excepciones ya conocidas, se convirtió, luego de la inauguración de la república mediatizada, en un hecho permanente de la política cubana.

Pero la reunión del Club Crepúsculo en abril de 1896¹⁰⁹ fue especial porque se trató en realidad de una tarde de debate, como solían serlo todas en esa institución, en la que la abrumadora mayoría de los asistentes hablaron a favor de Cuba, salvo un ciudadano británico invitado que se pronunció a favor de España y salió mal parado de la experiencia. Al final, se aprobó una declaración sin precedentes en ese Club en la que se afirmaba:

El Twilight Club declara terminantemente que siente profunda simpatía por el heroico pueblo de Cuba que pelea por su libertad e independencia y pide al presidente Cleveland que lo reconozca como beligerante.

La declaración publicada en cuestión es, desde el punto de vista histórico, importante, porque lo poco que nos informa Isaacson desconoce totalmente ese final, empequeñecido adicionalmente por la concisión del texto periodístico. No puede ignorarse que la posición del Club sobre un tema político tan debatido por aquellos días, fue asumida por personalidades de relieve social y político, algo más que “amantes de la naturaleza”. Bajo los efectos de una intensa campaña periodística, el gobierno de Grover Cleveland comenzaba a reaccionar ante las atrocidades que cometían las autoridades españolas contra la población civil cubana. No se trataba de los sentimientos de solidaridad humana de una prensa en el fondo mercenaria, sino de una política dirigida a justificar una intervención que podría dar lugar a la anexión de la Isla.

El 22 de enero de 1896, Cleveland había declarado sus instrucciones a su ministro en Madrid a que presentara una proposición “amistosa” a España para que solucionase la crisis cubana. España debía retirar sus tropas de Cuba lo antes posible, reconocer la independencia de la república de Cuba y aceptar de su gobierno un fondo de indemnización garantizado por Estados Unidos. Y antes de que la proposición pudiese recorrer todos los rincones de la burocracia del gobierno español, el Congreso de Estados Unidos decidió actuar, impelido por la opinión pública estadounidense, y al propio tiempo por un posible error en la interpretación de las sugerencias del ejecutivo.

El 28 de febrero del propio año, el Senado aprobó abrumadoramente la resolución conjunta de los senadores John T. Morgan/Donald Cameron, que llamaba al reconocimiento de la beligerancia cubana y la independencia de Cuba. Y el 2 de marzo la Cámara de Representantes siguió los pasos del Senado con su propia resolución en el mismo sentido.

Hubo alarma en los corredores de la Casa Blanca. La situación requería la atención priorizada del gobierno. Bajo ningún concepto podía aceptarse el curso de acción acordado por el Congreso. La esencia del problema no era la independencia de Cuba, según la vocinglería de la prensa, sino propósitos mucho más ambiciosos, que trascendían incluso a la situación cubana.

En la mira estratégica de Estados Unidos estaba también la consolidación de sus intereses económicos y militares en el Pacífico con la anexión de las islas Hawai y las Filipinas, que no se consumaría hasta 1898, después del fin de la guerra de Estados Unidos con España, y en el Caribe hispano, además de Cuba, Puerto Rico y, de resultarles también posible, Santo Domingo, a fin de asegurar las aproximaciones a un canal interoceánico por Panamá, cuya construcción Francia había iniciado, pero abandonado formalmente en 1889.

Por eso Cleveland puso la resolución conjunta bajo la almohada hasta el fin de su mandato, y dejó que el Partido Republicano cargara con la responsabilidad de iniciar la guerra contra la debilitada España. Y dos meses después ni siquiera la declaración del Club Crepúsculo logró sacar el reconocimiento de la beligerancia al pueblo cubano de su letargo y materializar el milagro de su aprobación.

Lo que nos interesa enfatizar es que en ese momento el Club Crepúsculo se sumó a la opinión pública norteamericana favorable a la independencia de Cuba,¹¹⁰ y en ese sentido hizo cuanto pudo, ya iniciada la guerra de independencia, por evitar la total anexión de la isla a Estados Unidos. Tampoco puede ignorarse, por otra parte, que se trata de una posición política enérgica sobre un tema muy debatido por aquellos días, asumida por personalidades prominentes que integraban un movimiento de reforma ética y moral en Estados Unidos.

Por otra parte, el propio Isaacson menciona en su artículo referido que en 1950, fecha de su publicación, conoció al honorable George Albert Wingate, nieto de Charles F. Wingate, que era evidentemente juez o legislador del estado, y “presidente actual del Twilight Park Association [...] que trata de mantener la tradición rústica que establecieron sus precursores en Haines Falls, Nueva York”.

¹¹⁰ Casi toda la prensa norteamericana enfatizaba en sus reportajes el crimen que cometía el general Valeriano Weyler con su política de reconcentración de los campesinos cubanos. No era solamente una posición ética ante el crimen manifiesto de Weyler, sino la acumulación de justificaciones para una probable intervención en Cuba. Pero al propio tiempo la opinión pública estadounidense se sensibilizó profundamente con el martirio del pueblo cubano y salvarlo se convirtió en una consigna popular sostenida y creciente.

Creemos haber sustentado que la institución se proponía mantener algo más que la tradición de consagrarse a un íntimo contacto con la naturaleza, aunque es cierto que George Albert Wingate había iniciado la política de separar al parque del Twilight Club propiamente dicho, a fin de hacerlo menos exclusivo y más asequible a personas de ingresos medios, con la esperanza de que el aumento del número de los miembros incrementase sus utilidades a fin de garantizar el futuro de la institución y las inversiones realizadas.

La primera generación de intelectuales miembros del Club Crepúsculo



La búsqueda de informaciones fidedignas sobre la historia del Club no resultó excesivamente laboriosa. Rápidamente localizamos información que indica que el Twilight Club nunca dejó de existir.

Las referencias enciclopédicas, con su habitual concisión, lo definen claramente como una institución estadounidense fundada a fines del siglo XIX, con el fin de oponerse al profundo deterioro moral prevaleciente en aquel periodo de transición en Estados Unidos, y fortalecer la conciencia espiritual y la ética en la sociedad de ese país.¹¹¹

Lo interesante es que aún hoy el Club continúa su interacción con la sociedad estadounidense, aunque con los más fuertes matices políticos, que no era en los tiempos de Martí, ni es probable que sea hoy una institución sólo de simples ciudadanos atraídos por el disfrute de los paisajes en las cautivadoras montañas de Catskill.

La reciente historia del Club dividida en diez periodos o “eras”, escrita por la profesora Laara Lindo, directora de la actual versión, alude a una realidad algo más compleja. Al llegar a este punto debemos insistir en que una buena parte de los miembros de la institución eran grandes figuras nacionales e internacionales de la intelectualidad estadounidense, convencidas de que, dada la magnitud de la crisis nacional, el momento exigía una activa política de oposición a la prevista expansión imperialista.

La existencia de este Club, con sus notables características, y otros similares en la urbe neoyorquina y en otros estados, se explica por la dramática situación social y política en Estados Unidos y la escasa credibilidad que merecían los dos partidos tradicionales, que no creaban espacio para la libre discusión de las preocupaciones por el rumbo imperial de la política interna y exterior de Estados Unidos.

¹¹¹ Véase la enciclopedia *Wikipedia*, en internet, portal de la University of Science and Philosophy, con sede en Virginia.

Lo que estaba ocurriendo, ante los ojos atónitos de la sociedad norteamericana, es que desaparecía la república de Lincoln, concebida en la igualdad y el bien para todos, tanto en el plano nacional e internacional. Emergía una nueva república imperial cuyos poderosos representantes se proponían, y en buena cuenta lograron, apoderarse de los recursos del decadente imperio español en el Atlántico y el Pacífico, en tanto que en lo interno prevalecían la corrupción, el fraude electoral y la represión más desembozada de obreros y campesinos.

Si algo en común tenían esos “caballeros” rebeldes de todas las profesiones y orígenes era su visión crítica del ocaso ético, moral y político de una nación por cuya unidad, durante la Guerra de Secesión, habían dado sus vidas más de un millón de norteamericanos. ¿Quiénes eran estos hombres y mujeres? ¿Por qué llegaron a unirse en una cruzada por las reformas sociales, por la paz, por la justicia y el equilibrio entre los pueblos? ¿Por qué acogieron con simpatía a José Martí?

La profesora Laara Lindo dispone, por su autoridad en el actual Twilight Club, de la documentación que le ha permitido aclarar algunos aspectos relevantes de la institución. Quien desee conocer de primera mano sus informaciones, le basta un clic en las numerosas entradas de esta valiosa intelectual y del Twilight Club en internet, y puede acceder a su versión de la historia de esa institución. Se trata de investigaciones útiles que el lector crítico debe, sin embargo, analizar con sumo cuidado, pues contienen omisiones e inexactitudes de peso.

Su opinión fundamental, no necesariamente compartida por los miembros actuales de inclinación conservadora, es que los principios del primer Twilight Club son hoy tan válidos y necesarios como cuando se escribieron en el siglo XIX: se impone en su opinión, tal vez con más urgencia que nunca, contribuir a paliar, si no fuera posible impedir, la crisis a todas luces terminal que hasta el día de hoy continúa experimentando la sociedad estadounidense.

Es cierto que uno de los pensadores que más influyó en la génesis del Club fue el filósofo británico Herbert Spencer (1820-1903), iniciador de una impugnada tendencia reformista en la filosofía de su país. Para Laara Lindo, Spencer dejó su impronta en la literatura, la sociedad, la política y la filosofía de Estados Unidos, a cuyos más impor-

tantes representantes conoció, entre ellos, según afirma la historiadora, a Ralph Waldo Emerson (1803-1882). Sin embargo, la distinguida profesora no aclara dónde, cuándo y cómo Spencer y Emerson se conocieron y de qué manera Spencer influyó en Emerson.

En realidad, Emerson había fallecido a una edad avanzada en 1882, un año antes de la creación del Club Crepúsculo, de suerte que sólo pudo influir en éste indirectamente, mediante sus enseñanzas, su activo antitimperialismo, su ética y su crítica de la sociedad norteamericana, y también en lo referente a la necesidad de volver a una vida natural y sana.

Es posible que su persistente influencia en el Club puede haberla ejercido el filósofo inglés por conducto de su secretario personal para Estados Unidos, el notable ensayista James Howard Bridge (1858-1939), también asociado al Club, crítico sistemático y consecuente de la burguesía norteamericana, que reflejó en sus ensayos, entre los que sobresale la obra biográfica que en su tiempo fue un éxito editorial titulada *Millionaire and Grub Street: comrade contacts in the Last Century*.¹¹² Pero esto no es más que una hipótesis. Lo cierto es que no aparecen evidencias documentales de esas afirmaciones.

También aparece en sus filas el llamado “decano de la poesía estadounidense” y “poeta laureado de la democracia”, Charles Edwin Markham (1852-1940), que en una ocasión respondiera a sus críticos, preocupados más por su comprometida posición política que por su genio creativo, con una oración que parece parafrasear otra martiana: “ponerse del lado de los oprimidos es lo único digno que puede hacerse en la vida”. Y en otra parte subrayaba, “en vano construimos la ciudad, si antes no construimos al hombre”.

Y el notable Mark Twain (1835-1910), ensayista, periodista y novelista estadounidense que defendió el derecho de Cuba a la independencia, y que desde su juventud mostró una profunda sensibilidad frente a la opresión, la maldad y la impostura; que en sus veranos en el Twilight Park entretuvo a sus vecinos vacacionistas leyéndoles sus obras en voz alta en la puerta de su cabaña, y murió siendo miembro de la Liga Antimperialista de Nueva York de la que fue su presidente. O Henry George, el

¹¹² Lo publicó la editorial Ayer Co. Publishers, y fue reeditado en 1968.

economista y reformista que creó el primer partido obrero socialista en la ciudad de Nueva York, autor de una obra clásica, *Progress and Poverty*, según la prensa del periodo uno de los más asiduos asistentes a las tardes crepusculares del Club.

Y Walt Whitman (1819-1892), el genio de *Leaves of Grass*, que proclamaba en su “Canto a mí mismo” que “lo que es mío debe ser vuestro, /pues cada átomo me pertenece/ tanto como os pertenece a vosotros”/, editor durante al menos dos años del *Brooklyn Daily Eagle*, otro de los miembros notables del Club Crepúsculo, como lo fue también Richard Watson Gilder (1844-1909), presidente y editor de la revista *The Century*, que Martí tanto respetó, crítico literario y musical, fecundo poeta, editor y presentador de las *Obras completas* de Abraham Lincoln, y autor de la obra *Lincoln the leader*, que habitualmente disfrutaba de su descanso de verano en el Twilight Park.

Y el no menos importante Oliver Wendell Holmes (1809-1894), jurisconsulto, médico con varias obras científicas publicadas, poeta y autor de *El derecho civil* (Common Law), amigo de Emerson y de William James.

Y John Burroughs (1837-1921), el notable naturalista y poeta, amigo de Whitman, que escribió *The Gospel of Nature* (El evangelio de la naturaleza), y residía precisamente en las montañas Catskill cuando Martí las visitó, o Henry Holt (1840-1926), considerado uno de los más importantes editores norteamericanos de los siglos XIX y XX, director en su juventud de la primera edición de la revista *Life* (1883), autor de *Calmire*, y *Cosmic Relations and Immortality* (1919), obra en la que revela su vocación mística.

También entre ellos, según la profesora Lindo, se hallaba Andrew Carnegie (1835-1919), el “magnate del acero”, multimillonario, filántropo, escritor, ensayista, amante de la paz, que a principios del siglo XX financió y presidió a la Liga Antimperialista de Nueva York, quien al fin de la Guerra Hispanoamericana hizo pública su disposición, rechazada por su gobierno, de pagar los veinte millones de dólares que McKinley ofreció a España por las Filipinas, con tal que el país le fuese devuelto a su pueblo.

O el obrero ferroviario Terence Vincent Powderly, que lideraba la central obrera más poderosa de Estados Unidos, los Caballeros del Tra-

bajo, que en 1886 había alcanzado la cifra de más de 700 mil afiliados de todos los oficios, capaz de paralizar con sus huelgas a las redes ferroviarias y regiones enteras de Estados Unidos, amenazado por los grandes capitalistas, pero invitado a las cenas del Club, lo que le permitía conversar informalmente con intelectuales y empresarios, con la certeza de que su mensaje trascendería a grandes sectores de la burguesía y de toda la sociedad estadounidense. En los anexos a esta investigación pueden consultarse dos notas que aparecían en la prensa acerca de las actividades de Powderly en el Club.

Había también en la membresía varios profesores notables, como Brander Mathews, escritor, profesor de lengua y cultura inglesa de la Universidad de Columbia. Y artistas como Carroll Beckwith, pintor retratista de moda, John Alexander, presidente de la Academia Nacional de Diseño, y la notable escritora Mary Mapes Dodge, autora de la novela para niños *Hans Brinker*, que alcanzó más de cien ediciones durante la vida de la escritora, y muchos otros.

En fin, los escritores y poetas del primer periodo del Club Crepúsculo, de ideas políticas, sociales y religiosas no siempre coincidentes, mas convergentes en los temas esenciales de la paz, la hermandad y la solidaridad humana, escribieron desde el Club Crepúsculo un “Código ético de los poetas” (*Poets’ Code of Ethics*), que apareció publicado en los días de Martí y hoy reproducido en la historia del Club por Laara Lindo. Interesa verlo en su versión original, con dos puntos finales aportados por miembros de periodos posteriores del Club:

Código ético de los poetas

1. Hacer realidad la idea de la hermandad entre los hombres mediante acciones justas y de buena voluntad hacia todos los hombres, en vez de privarlos de lo que poseen.
2. Comprender que todos los hombres son extensiones de cada uno, que el hombre está hecho para el hombre, y que el dolor de un hombre es el dolor de todos los hombres.
3. Desarrollar el carácter, la inteligencia y la buena ciudadanía enseñando a cada hombre desde una edad temprana a ser un buen vecino y un ciudadano leal.

4. Descubrir el interior de cada hombre despertando en él la chispa del genio divino que subyace en todos.
5. Enseñar al hombre a pensar, más que a memorizar y repetir.
6. Comprender que la labor realizada para el mundo material debe ennoblecer al hombre y no aplastar su alma bajo las ruedas de las máquinas industriales.
7. Comprender que el hombre es Mente, no cuerpo, que es Espíritu inmortal, y no materia mortal, que es bueno y no perverso.
8. Enjuiciar la justeza y religiosidad de hombre por lo que hace a sus prójimos y no por sus creencias, doctrinas, credos o dogmas.
[Lao y Walter Russell,¹¹³ esposos miembros del Club de gran actividad creadora en la década del 50 del pasado siglo, añadieron los puntos 9 y 10, en esencia]:
9. Ofrecer un curso científico para el estudio de la aplicación del Código de relaciones humanas de Herbert Spencer.
10. Combinar la ciencia y la filosofía en la educación integrada.¹¹⁴

El código, tal como hoy se nos muestra, evidencia, aún en la década del cincuenta del siglo XX, algunos principios éticos muy claros, y la influencia filosófica de Herbert Spencer. El punto 10 del Código, ambición del filósofo Herbert Spencer, se ve reflejado en la creación de la Universidad de la Filosofía y la Ciencia fundada a mediados del siglo XX y hoy

¹¹³ Walter J. Russell (1871-1963). Músico, pintor y filósofo estadounidense, miembro de la tercera generación de miembros del Club Crepúsculo. Nació en el seno de una familia pobre en la ciudad de Boston, Massachusetts. Desde los siete años evidenció talento para la música. Su primer empleo remunerado fue el de organista en la iglesia local. A los trece años ingresó en una escuela de arte y descubrió otro talento personal, el de la pintura. Todas sus obras muestran un acento marcadamente académico. A partir de 1914 se especializó en los retratos de niños y posteriormente de figuras de relieve histórico y contemporáneo. En 1921 publicó su libro de enseñanzas esotéricas, primer intento de explicar las llamadas "leyes cósmicas", que tituló *The Universal One*, objeto de una fuerte crítica que le significó un rotundo fracaso en ventas. En 1947 presentó lo que él y algunos de sus seguidores consideraron su obra maestra, *The Secret of Light*, nunca aceptada por los círculos filosóficos y científicos. Fue miembro entusiasta y activo del Club Crepúsculo. En 1946 esposó en segundas nupcias a Daisy Stebbing, que después llamaron Lao, con la que inauguró la llamada "Universidad de la Ciencia y la Filosofía, inspirada en las enseñanzas del filósofo Herbert Spencer. Al desarrollo de esta institución, activa hasta el día de hoy, dedicaron 15 años y recursos considerables. En la década del cincuenta, Russell se convirtió en un incansable asesor del Presidente de la IBM, Thomas J. Watson, en el campo de la ética comercial y financiera.

¹¹⁴ Véase Laara Lindo, *History of the Twilight Club*, página web.

continúa existiendo, enclavada en el estado de Virginia, con una amplia sustentación digital, pero con escasa credibilidad académica.

Se comprende, asimismo, a juzgar por la crisis en que la ultraderecha ha sumido hoy a la sociedad estadounidense, el efecto limitado que tuvo este, para nuestra visión actual, ingenuo y bien intencionado código en la opinión pública estadounidense de aquellos días. Era en definitiva una acción, pero aún apartada de la necesaria unión entre la divulgación de los principios y el quehacer del pueblo. Ciertamente es que fue un paso de progreso, en el momento en que se consolidaba en el poder la feroz tiranía de los grupos más poderosos de la burguesía norteamericana, cuya actividad depredadora, patente en sus herederos contemporáneos, se intensifica en nuestros días.

Por ello se prolongó la existencia del Club Crepúsculo en pleno siglo XXI, hoy con un matiz místico y moderadamente conservador que puede deberse a la operación de compra en el 2003 de su carta de fundación por la Heritage Foundation. Según todas las apariencias se trata de la fundación conservadora que contribuyó, algunos críticos dicen que decisivamente, a la elección del presidente Reagan.

Es una tendencia que ya existía, aunque en una exigua minoría, en su membresía en el siglo XIX, pero más notable y activo a partir de la segunda generación (1895-1925), faltándole entonces, hasta el día de hoy, el brillo de los talentos excepcionales que en los primeros tiempos abundaban en sus filas.

Uno se pregunta qué periodista estadounidense puede hoy hablarle a un auditorio con la autoridad y el coraje de John Swinton (1829-1901), el célebre periodista y editor que Martí admiraba y describiera como un “anciano a quien las injusticias enardecen, y vio en Karl Marx tamaños de monte y luz de Sócrates”,¹¹⁵ el mismo que dirigiera durante una década al *New York Times* (1860-1870) y después fuera jefe de redacción del *Sun* (1870-1892) de Charles Dana, y llegara a ser incluso dirigente del *Labor Reform Movement* y amigo del reformista Henry George, y del dirigente obrero Terence Vincent Powderly. Fue él quien el 12 de abril de 1883, durante una de las famosas cenas del Club Crepúsculo, organiza-

¹¹⁵ José Martí, *OC*, t. 9, p. 389.

da por los periodistas socios de la institución para tratar el tema de su profesión, dijo unas palabras que hoy se repiten en los anales periodísticos en Estados Unidos.¹¹⁶

Eran los días en que los capitales financieros e industriales del este del país se habían apoderado, entre otros diarios, de la política editorial del *New York Times*. Esa noche Swinton, provocado por alguien que se atrevió a proponer un brindis “por la libertad de prensa”, improvisó una réplica que no excedió la mitad de los diez minutos permitidos:

No existe en los Estados Unidos prensa independiente, salvo en algunos pueblos pequeños del interior. Ustedes lo saben y también lo sé yo. No hay uno de ustedes que se atreva a escribir sus opiniones honestas, aún cuando de antemano supiera que jamás serían impresas. A mí me pagan \$150 semanales para que mis opiniones honestas jamás aparezcan en el periódico. A muchos de ustedes se les paga salarios con el mismo fin. Si yo permitiera la publicación de mis opiniones honestas en una sola edición del periódico, como Oteló, antes de transcurridas veinticuatro horas mi cargo habría desaparecido. El deber y el trabajo de los periodistas de Nueva York es destruir la verdad, mentir sin escrúpulos, pervertir, denigrar, babear a los pies de Mamón, y vender su estirpe y su país a cambio del pan de cada día. Ustedes lo saben y yo también lo sé, y por eso, ¿qué tontería es esta de brindar por una “prensa independiente?”. Somos los instrumentos y vasallos de los ricos tras las bambalinas. Somos sus marionetas. Ellos tiran de las cuerdas y nosotros danzamos. Nuestro talento, nuestro potencial y nuestras vidas son propiedad de otros hombres. Somos prostitutas intelectuales.¹¹⁷

Intervenciones como esta indican el tono y la naturaleza de muchos de los temas que se debatían libremente en el Club. Su repercusión en la opinión pública fue siempre importante. Es cierto que no se acostumbraba a registrar, guardar y mucho menos difundir versiones textuales de

¹¹⁶ Hay documentación pródiga en detalles de aquella memorable jornada. Por ejemplo “Journalists Gathering”, Twilight Club, New York City, 12 de abril de 1883, internet, 29 julio 2006.

¹¹⁷ Laara Lindo, *History of the Twilight Club*, op. cit.

las intervenciones de los miembros del Club, práctica de la que el propio Martí fue objeto. Pero de alguna manera los periodistas miembros del Club permitían que se filtrasen, e incluso se publicasen, las intervenciones más importantes. Las palabras de Swinton no fueron en ese sentido una excepción: las tomó taquigráficamente un periodista amigo, y después aparecieron en los periódicos de la época. *El Brooklyn Daily Eagle*, del 5 de agosto de 1883, decía a sus lectores:

El discurso de cinco minutos de John Swinton, del *Sun*, acerca de lo que ningún periodista se atreve a escribir, será siempre recordado por quienes lo escucharon, como uno de los más elocuentes y representativos de su oficio, digno de un sajón¹¹⁸ de ley. Se ha sugerido frecuentemente que [intervenciones como esta] merecen ser registradas.¹¹⁹

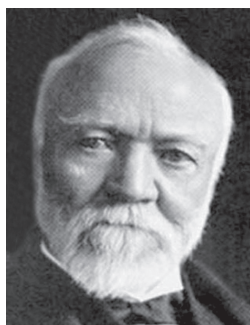
Se trata de informaciones que invariablemente llegaban al público y a periodistas y reporteros alertas, como el propio José Martí, que evidencian la manera franca y directa como se discutía en el Club.

¹¹⁸ John Swinton nació en Escocia y emigró en 1840 a Estados Unidos.

¹¹⁹ *The Brooklyn Daily Eagle*, 5 de agosto de 1883. Puede consultarse la edición facsimilar de internet.

El Club Crepúsculo ante el desarrollo imperialista de Estados Unidos





ANDREW CARNEGIE (1835-1919). Empresario industrial multimillonario, apodado “magnate del acero”, filántropo, ensayista amante de la paz, que a fines del siglo XX financió y presidió la Sociedad por la Paz de Nueva York. Fue miembro activo del Club Crepúsculo.

“Puesto que el mundo civilizado está hoy unido por vínculos eléctricos en un solo cuerpo en comunicación constante e instantánea, es en buena medida interdependiente, y rápidamente lo es cada vez más. Ninguna nación puede hacer hoy la guerra a otra nación, sin ir a la guerra contra toda la humanidad. El mundo es una gran familia”.

En: discurso pronunciado en 1907 como presidente de la Sociedad de la Paz de Nueva York.

Incidentes como el que acabamos de referir pueden explicar la atracción que esta institución ejerció en Martí. Su existencia confirmó su confianza en los intelectuales de principios éticos similares a los suyos, que él creyó capaces de equilibrar a los grupos políticos y militares partidarios del ingreso de Estados Unidos en la élite de las grandes potencias.

Porque es cierto que en el proceso revolucionario que se gestaba bajo su dirección tenía lugar en un contexto internacional complejo en el que chocaban, a veces violentamente, los intereses de monarquías y repúblicas con el común denominador de sus ambiciones imperiales, y la revolución cubana tenía necesidad de países amigos, o al menos interesados en el potencial productivo y comercial de Cuba y de su posición geoestratégica.

Mas, en el interior de Estados Unidos se desarrollaba una aguda lucha de clases y un proceso de concentración de los grandes capitales en el que las gigantescas empresas industriales se fundían con los capitales financieros y constituían los enormes monopolios y carteles que prefiguraban un futuro imperialista, en el que también participaban las fuerzas armadas de Estados Unidos.

¿Qué podría hacer el pueblo de Cuba, de escasamente dos millones de habitantes, con parte de su economía en manos de las grandes empresas azucareras y de minas de su vecino poderoso, en su lucha por la independencia y contra la anexión? ¿Qué haría si lograda la victoria se viera obligada a defenderla contra la ya gigantesca potencia imperial de la república del norte, con más de setenta millones de habitantes, una industria desarrollada y un ejército y una armada imposibles de detener con los escasos medios a disposición de la revolución?

Martí sabía que tendría que hallar aliados internacionales con intereses opuestos a los de Estados Unidos,¹²⁰ dispuestos a frenar el expansionismo

¹²⁰ El lector puede consultar varios trabajos de investigación del autor sobre la visión del equilibrio internacional de Martí: Rodolfo Sarracino, "Martí el equilibrio internacional y la unidad latinoamericana", La Habana, *Casa de las Américas* núm. 229, p. 44, 2002. También "America Latina y Europa en el equilibrio martiano", *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 25, 2002, p. 108.

norteamericano y, tal vez, lo más importante buscar en lo interno las vías para influir con la verdad de Cuba en un pueblo hasta el día de hoy engañado y conducido al sacrificio en defensa de causas espurias e injustas. En instituciones como el Club Crepúsculo se concentraban figuras poderosas e influyentes en la sociedad estadounidense, capaces de equilibrar, demorar o inhibir la expansión territorial de Estados Unidos en toda la América Latina.

Martí había acumulado una gran experiencia al observar con detenimiento el curso de la evolución política, económica y social norteamericana. Cuatro años antes, al producirse los hechos a que dieron lugar las actividades del provocador Augustus K. Cutting en la frontera con México, y ese país se halló de nuevo en peligro de anexión, Martí había alertado a su amigo, el mexicano Manuel Mercado:

Ese [el pueblo] es aquí el gobierno verdadero [...] de manera que en las relaciones con éste, que poco puede en los casos de conflicto, hay que tener constantemente en la mira en aquél, que es el que los produce o evita. A ese gobierno invisible y enorme es al que hay que tomar las avenidas [...] de manera que aquí no se ha de cortejar a un rey ni a un presidente; si no a la masa nacional, que con toda realidad rige y preside.¹²¹

Martí no olvidó jamás su experiencia en el caso Cutting. Es más que probable que el propósito de Martí haya sido el de incorporar la causa de Cuba al proyecto ético y reformista de los miembros del Club, caja de resonancia política y social con efecto multiplicador. Porque esa institución, con su variada gama de socios que representaban a casi todos los sectores influyentes de la sociedad estadounidense, ya en aquellos días desbordaba ampliamente al estado de Nueva York; e invitaba a sus actividades a personalidades europeas, y norteamericanas de otros estados del país, en los que se fundaron varias instituciones similares. Son famosos por aquellos días los Twilight Club de Texas y Oregon y el importantísimo de Chicago.

¹²¹ Esta crónica no se publicó en *El Partido Liberal*, porque el licenciado Manuel A. Mercado la consideró desfavorable para la política internacional de México. Aparece en las *Cartas de José Martí, correspondencia particular para el Partido Liberal*, Nueva York, 2 de agosto de 1886, en José Martí, OC, t.7, p. 36.

Precisa decir que la proliferación creciente de clubes con proyecciones políticas en Nueva York y todo el país, después de la experiencia del Club Crepúsculo, indicaba la magnitud de la crisis del sistema político estadounidense. La política de los dos partidos preeminentes, el Demócrata y el Republicano, como continúa ocurriendo en la actualidad, no difería esencialmente. Y había disgusto por el alto índice de corrupción que imperaba en ambos, por la represión de los trabajadores y porque los problemas más presionantes del pueblo no hallaban solución.

En las elecciones de 1888 habían competido cinco partidos, lo que expresaba claramente ese descontento. Los centenares de clubes con matices políticos sectoriales aumentaban. Se trata de un problema estructural que se extiende hasta nuestros días. Era ya perceptible que el sistema político bipartidista, apuntalado por la acción inhibitoria de los colegios electorales, había agotado su utilidad, si es que lo fuera en algún periodo de la historia. El Club Crepúsculo era diferente a la mayoría de las sociedades neoyorquinas porque se inclinaba a la acción por las reformas, no meramente sectoriales, sino nacionales e incluso internacionales, lo que facilitó su vigencia en varias generaciones posteriores.

Para Martí, el acceso al Club neoyorquino podía ser una vía para lograr los objetivos de divulgación y persuasión que creía imprescindibles para la causa cubana y el aseguramiento de un influyente aliado contra la anexión de Cuba por Estados Unidos.

De lo expuesto hasta aquí se desprende lógicamente que Martí también entendía posible establecer un equilibrio, más allá del internacional, en el interior de Estados Unidos, que contribuyera a detener o demorar la tendencia expansionista e imperialista de Estados Unidos, dirigida de inmediato contra el Caribe y concretamente contra Cuba. Martí contaba, para lograr este propósito, con el prestigio, la conciencia y la simpatía por el pueblo cubano de una porción importante de la intelectualidad estadounidense, de periodistas, escritores, militares, científicos, grandes empresarios cuya influencia se extendía, a partir de las actividades del Club, a prácticamente toda la sociedad del país.

En esta situación se encontraba el héroe cubano al tomar las riendas de la revolución y aproximarse a su sueño de crear una nueva nación independiente. El lector se preguntará por qué en los cinco años escasos en

que permaneció en Nueva York, antes de partir hacia Cuba, no aparecen en la documentación disponible contactos de Martí con el Club Crepúsculo. La lectura constante de los escritos de Martí deja al investigador con la sensación de que faltan documentos que aclararían muchas de las dudas que acompañan a investigaciones como la que nos ocupa y otras. Nadie puede estar enteramente seguro de que en nuestros archivos se encuentran todos los documentos de José Martí.

No obstante, nuestra hipótesis es que, después de explorada la membresía del Club, y de logrado el ingreso, Martí comprendió que no podría priorizar a los nuevos y futuros amigos, que se movían e interactuaban en muchos casos desde las cumbres de la sociedad, la cultura y la economía estadounidenses.

Todo el tiempo y los modestos recursos a su alcance los requería Martí para responder a la gigantesca e inmediata tarea de organizar e iniciar la guerra que tenía ante sí, para lo cual requería la creación de un partido revolucionario, la unificación de la emigración y la acumulación de los medios esenciales para el inicio de las operaciones militares en Cuba. Por aquellos días escribía en su libreta de “Fragmentos”:

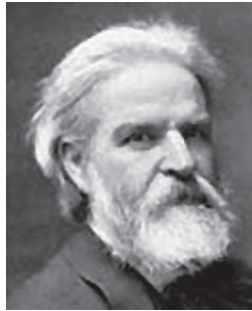
Pensando en cómo será la guerra corta, cómo se ha de hacer todo desde el principio para que con nuestros elementos heterogéneos se produzca el menor mal posible, cómo se ha de organizar la hacienda. Porque nosotros, enclavados como estamos, entre pueblos Estados Unidos y el istmo, no tenemos tiempo ni para errores, ni para travesuras políticas. A los traviesos tenemos que desnudarlos.¹²²

Podemos lamentar que imperativos revolucionarios le hayan impedido conocer mejor a los influyentes socios que lo escucharon en 1890, siempre más próximos a “la patria de Lincoln” que a “la patria de Cutting,” enajenada e imperial, expansionista y explotadora de las riquezas ajenas. Pero las puertas de la institución que Martí había conseguido abrir, a la disposición suya y de la revolución cubana permanecieron abiertas, incluso después de su muerte.

¹²² José Martí, “Fragmentos”, en OC, t. 22, núm. 288, pp. 190-191.

**Breves reflexiones sobre
la segunda y otras generaciones
del Club Crepúsculo (1895-1950)**





CHARLES EDWIN MARKHAM (1852-1940). Uno de los más grandes y populares poetas de su tiempo. Fue injustamente criticado por su militancia socialista, durante muchos años miembro del Club Crepúsculo.

“Ponerse del lado de los oprimidos es lo único digno que puede hacerse en la vida.”
“En vano construimos la ciudad, si no construimos primero al hombre.”

En: *Brotherhood* (Hermandad)

El autor se siente obligado, finalmente, a permitirse una breve digresión sobre la segunda generación del Club Crepúsculo a fin de no dejar al lector con la falsa impresión de un ininterrumpido desarrollo de las ideas y acciones antimperialistas de esa institución después de la desaparición prematura de Martí.

La profesora Laara Lindo y algunos de sus colaboradores nos presentan una visión que supone a los lectores totalmente ignorantes de la excepcional complejidad de la historia de Estados Unidos. En particular, acerca de la segunda generación de miembros prominentes del Club Crepúsculo, que por su cercanía al ya entonces desaparecido José Martí y a la primera generación de intelectuales miembros de la institución, exige un resumen final.

Si damos crédito a Laara Lindo, el movimiento ético continuó su evolución en Estados Unidos, pero en verdad con el tiempo se produjeron cambios en el grupo más prominente en la membresía del Club. Se mantuvieron firmes en su comprometimiento y militancia antimperialista el poeta Charles Edwin Markham, el ensayista James Howard Bridge, en la privacidad de cuya residencia se organizaron algunas cenas crepusculares, el multimillonario Andrew Carnegie, cuya orientación antimperialista ya conocemos y sobre todo Mark Twain, el más consecuente de los antimperialistas norteamericanos.

Atrás quedaron las vistosas cenas en los restaurantes lujosos de Nueva York. Después de un periodo inicial de ensayo, las cenas se hicieron más íntimas: comenzaron a rotarse entre los miembros. Se afirma que de las tradiciones progresistas del Club y del principio de la rotación de las cenas entre los socios surgió el Club de Rotarios, institución de tradiciones filantrópicas que hoy todos conocemos.

Algunos de los miembros fundadores fallecieron y fueron sucedidos por otro grupo de intelectuales, principalmente hombres y mujeres de letras, pero además científicos y políticos.

Se incorporaron también, siempre según la historia del Club de Laara Lindo, nuevas figuras progresistas de cierto relieve, como Adolph Ochs (1858-1935), el judío alemán que llegó a propietario del *New York Times* cuando se hallaba prácticamente en quiebra y lo elevó a la cima de la influencia en Estados Unidos, con una línea liberal, moderadamente crítica, que se ha mantenido hasta el día de hoy.

Se percibe también una actividad mayor de las mujeres notables de Estados Unidos en el Club, como la rebelde Mrs. Henry Payne Whitney, esposa del millonario empresario y deportista del mismo nombre, cuyo nombre de soltera era Gertrude Vanderbilt (1875-1942), escultora de éxito discreto, víctima de libelos que la acusaban de conducir una vida disoluta, heredera de parte de la fortuna multimillonaria de esa poderosa familia.

Igualmente se destaca Sophie Irene Loeb (1876-1929), la periodista progresista y reformadora social estadounidense de origen judío-alemán que mucho luchó por la seguridad social, durante siete años presidenta de la Junta de Bienestar Infantil, y en 1924 nombrada presidenta del Child Welfare Committee of America. Aparecía también en la membresía el poeta Charles De Kay, autor de *Arcana Sylvarum*, que por sus obras de énfasis formal e incluso místico aparece en la antología de Edmond Clarence Stedman *An American Anthology. American Poets in the 19th Century* (Boston Houghton Mifflin, 1900), colaborador asiduo de la revista Harper's, secretario organizador del National Arts Club, crítico de arte y literatura del New York Times y personalidad moderadamente liberal.

Y el no menos importante Frank Irving Cobb (1869-1923), editor, ensayista, crítico de la sociedad y del sistema político norteamericano, a cargo de la página editorial del *New York World*, autor de un extenso artículo publicado en la famosa revista *Harper's* de junio de 1923: "Is our democracy stagnant:?" ("¿Está estancada nuestra democracia?"), que hizo época en su tiempo por su agudo acento crítico.

Otro de los ingresos afortunados al Club Crepúsculo de la segunda generación fue, sin duda, John Dewey (1859-1932), famoso filósofo y sociólogo norteamericano, muy influyente en Estados Unidos, quien conjuntamente con Charles Saunders Pierce y William James, fundó la escuela filosófica del pragmatismo. Se le considera padre de la psicología funcional. Fue uno de los más activos reformadores del sistema

educativo norteamericano durante la primera mitad del siglo XX, y asesor de educación en la Unión Soviética, China, Japón, Turquía y México. Sus aproximaciones a los problemas internacionales y nacionales fueron consideradas radicales por los conservadores y por la izquierda de su país. Escribió cuatro ensayos que publicó en un libro que tituló *Thoughts and its subject matter*. (Los pensamientos y su contenido). Fundó en la Universidad de Chicago la Escuela de Profesores. Y dedicó, por cierto, una de sus últimas obras capitales a la crítica del fascismo.

Una las figuras descollantes en la nueva membresía del Club fue Louis Comfort Tiffany (1848-1933), prominente en el desarrollo de las artes decorativas en Estados Unidos. Sus obras de mayor importancia se encuentran en la creación de sugestivos vitrales en el estilo del Art Nouveau, y no sólo vitrales, sino además lámparas, mosaicos de vidrio, cerámica, joyas y metales barnizados.

No es posible omitir tampoco, en esta renovada membresía a Lee de Forest (1873-1961), uno de los más importantes inventores estadounidenses de finales del siglos XIX y mediados del XX; inventor del tubo al vacío, que permitió el desarrollo de la técnica telegráfica, el radio, la televisión y la computación. Aseguró más de 180 patentes a lo largo de su carrera. Y fue también una personalidad política por su militancia crepuscular.

Entre las admisiones de mayor relieve está la de Daniel Carter Beard (1850-1941), ingeniero, dibujante, ensayista y reformista social, masón, preocupado por asegurar en los niños una formación integral, a base del amor por la naturaleza, la equidad y el respeto a las instituciones sociales del país, que contribuyera al desarrollo nacional de los Boy Scouts of America. Además de graduarse de ingeniería, recibió clases en la Escuela de Arte de Nueva York. Llegó incluso a ilustrar varios libros de Mark Twain. Fue editor de la revista *Recreation*. En 1905 fundó una organización para la juventud basada en las tradiciones de la vida en las fronteras occidentales, que llamó Boy Pioneers of America. En 1910 decidió asociarla a los Boy Scouts of America, con lo que estableció una de las organizaciones juveniles de mayor arraigo y continuidad en Estados Unidos hasta nuestros días.

Bastarían, en fin, estos nombres, a los que podríamos añadir otros, para destacar la continuidad del carácter crítico y reformista del Twilight

Club, pero sería irresponsable ignorar ciertos matices importantes aparecidos en el devenir histórico más reciente de esta institución.

Pudiera concluirse que la tradición antimperialista, como tendencia predominante en el Club, se prolongó firme e inmaculada durante las dos décadas iniciales del pasado siglo hasta el presente. La realidad se aproxima a la paradoja. Conviene llamar la atención al curioso fenómeno, ya bien entronizado el proceso imperialista en el país en el siglo XX, del ingreso al Club de algunas de las figuras históricamente reconocidas entre las más reaccionarias de la historia de Estados Unidos. Ello pudo deberse a un simple intento de lavado ideológico encaminado a asegurar la herencia de una parte del prestigio institucional con las apariencias de una ética que jamás practicaron. Pero, por otra parte, es natural que cualquier asociación como el Twilight Club reflejase en su membresía la correlación interna de fuerzas políticas en Estados Unidos.

Por aquellos días, los conservadores norteamericanos planteaban que las tradiciones éticas y de justicia eran también un patrimonio tradicional que siempre habían defendido. Y hoy continúan repitiéndolo. Nos referimos a la gradual consolidación de la ultraderecha en la política norteamericana, a lo largo del siglo XX, cuando en aquellos tiempos de creciente indignación la palabra imperialismo era activamente rechazada por la gran mayoría del pueblo norteamericano.

Conviene detenernos un instante en algunas de estas figuras “paradójicas”, a fin de observar la reveladora interacción entre la historia y la historia emergente. Precisa recordar, en primer término, al ultra conservador, trigésimo presidente de Estados Unidos, Calvin Coolidge (1872-1933), que pasó a la historia como una pétrea esfinge, incomprendida por su inmovilismo en la presidencia, figura muy difícil de imaginar en las filas de una intelectualidad en la que predominaba la acción para promover las ideas reformistas.

No hay argumentos que justifiquen, por otra parte, la clamorosa presencia en el Club, siempre según la profesora Laara Lindo, de Teodoro Roosevelt, arrogante y chovinista, cuya caricatura blandiendo el amenazador garrote hacia América Latina, se hizo un lugar común en todo el hemisferio, en plena fase del ímpetu expansionista y abiertamente imperial de Estados Unidos.

Nos apartaríamos demasiado de los objetivos que nos hemos trazado en esta monografía si insistiésemos en hacer aquí la historia detallada de este personaje imperialista, entre otras cosas porque su imagen de inrepidez personal durante la guerra hispano-cubano-norteamericana se difundió en el país por la sistemática campaña tendiente a confundir los valores patrióticos con el patriotismo, desarrollada por algunos historiadores estadounidenses, en su tiempo y el nuestro. Bástenos significar que el ascenso de este personaje a la historia de su país tiene antecedentes que no es posible ignorar cuando se trata de comprender su membresía en el Club Crepúsculo.

Tal vez sus posiciones favorables a los intereses de los trabajadores estadounidenses, por ejemplo, su campaña por reducir las horas de trabajo en la industria, e incluso algunas declaraciones y publicaciones críticas del auge monopólico en Estados Unidos, pueden haber mejorado su imagen política.

Aparte de los lugares comunes de su biografía, se sabe que Roosevelt era amigo y admirador de George G. Blaine, secretario de Estado en dos gobiernos republicanos, el hombre más peligroso para los intereses de los pueblos latinoamericanos, incluido el cubano. Martí lo observó en su total consagración imperial durante la Conferencia Internacional Americana, como hemos comprobado en líneas anteriores, intentando establecer un consenso favorable a Estados Unidos para la compra de Cuba.

En sus discursos y conferencias, Roosevelt lo citaba frecuentemente con admiración. También era buen amigo de John Milton Hay, el acaudalado secretario de Estado de William McKinley, partidario de la expansión estadounidense y de la anexión de Cuba de una u otra manera, y de Henry Cabot Lodge, representante en el Congreso de Estados Unidos entre 1887 y 1893, y de 1893 hasta su muerte en 1924, líder republicano en el Senado, que ya como senador se ocupaba en su tiempo libre del congreso en escribir en coautoría con Teodoro Roosevelt, un libro panfletario que titularon *Hero Tales from American History* (Relatos de héroes de la historia americana).

Y respetaba también al capitán (en 1906 fue ascendido en retiro a Contralmirante), Henry Thayer Mahan, a quien nos hemos referido en la Introducción, que aseguraba admirar a Blaine y lo citaba frecuentemente

en sus artículos y libros por su vocación de historiador y capacidad analítica que le permitieron producir grandes obras de estrategia naval en las que escribía en términos científicos y elocuentes sus ideas estratégicas expansivas y abiertamente imperialistas que el propio Roosevelt sentía medularmente, pero no lograba expresar.

Concedamos, no obstante, que un estadista que publicó treinta o más libros y centenares de artículos es algo excepcional para un presidente norteamericano (consúltese la Nota ampliada sobre el contralmirante Alfred Thayer Mahan en el anexo núm. 6 de este libro).

Y no es menos cierto que se atribuye a Roosevelt haber logrado la reducción de la jornada laboral de los trabajadores de 64 a 60 horas, que desarrolló una guerra privada contra los *trusts* y los monopolios, y que el pueblo simpatizaba con sus posiciones populistas en lo interno, que en algunos momentos fueron calificadas por la prensa conservadora de socialistas. Pero en política exterior, expresó con claridad, firmeza y sobre todo con sus acciones, su confianza inquebrantable en el uso de la fuerza, salvo contra aquellos países poderosos capaces de derrotar a su ejército y marina.

Extendamos, pues, el beneficio de la duda sobre la membresía en el Club de Teodoro Roosevelt. Quizás como un joven estudiante neoyorquino acaudalado en un *college* privado, participara en alguna de las cenas del Club citado.

De cualquier manera, en el Club Crepúsculo de fines del siglo XIX y principios del XX, era ciertamente, salvo por sus licencias populistas ocasionales, un personaje incongruente. Por todo lo expuesto, y por razones que no podemos explicar en toda su extensión, resulta paradójica y hasta dudosa la presencia de Teodoro Roosevelt en el Club, que era en sí mismo el resultado de una reacción ética y política de lo mejor del pueblo y la intelectualidad estadounidense contra el tránsito de la nación hacia el imperialismo y todos los problemas sociales y políticos que entrañaba.

Al llegar a este punto, tampoco es posible olvidar, indicado por Laara Lindo en su “historia”, como miembro de la tercera generación del Club, al famoso científico francés Alexis Carrel (1873-1944), especialista en Fisiología, premio Nobel de 1912, que después de vivir varios años en Estados Unidos, a partir de 1939 se instaló en Vichy, en la Francia ocupada,

y después del primer año de estancia allí aceptó del gobierno fascista el cargo de director de la Fundación Carrel para el Estudio de los Problemas Humanos, cuyas investigaciones se acomodaron a lo que las antisépticas enciclopedias de nuestro tiempo llaman criterios “elitistas” sobre los seres humanos, tal vez para evitar calificarlos de racistas, por cierto acogidos con benevolencia por el gobierno nazi y el aquiescente gobierno de Vichy. Independientemente de sus valores científicos, es difícil evocar al doctor Carrel sentado en una de las cenas crepusculares, compartiendo el suculento menú con Andrew Carnegie y Mark Twain.

Otra de las sorpresas menos agradables que espera al lector de la *Historia del Club Crepúsculo* de Laara Lindo es hallar entre los proclamados héroes de la institución a personajes más sombríos que crepusculares, como Thomas J. Watson (1874-1956), presidente de la International Business Machines (IBM), que dedicó vida y recursos a intentar pasar a la historia como uno de los grandes luchadores por la ética en el mundo empresarial de sus días. Independientemente de sus importantes aportes a la ciencia de la computación y los gigantescos ingresos que le produjo, lo cierto es que Watson logró preservar la falsa imagen de un empresario consagrado a la implantación de principios éticos y hasta filantrópicos, en el sistema comercial estadounidense e internacional, lo que, según Laara Lindo, le valió ser admitido en las filas de la tercera generación de los miembros del Twilight Club. Nada menos merecido.

Lo que está bien registrado por los historiadores norteamericanos es que Watson desarrolló la enorme Mark I, primera computadora eficiente, precursora inmediata del sistema moderno de computación, aporte indudable al desarrollo mundial de la informática.

Los episodios menos conocidos en la vida de Watson tuvieron lugar en la década del treinta en Europa. El notable investigador argentino Roberto Bardini,¹²³ afirma que Watson estuvo en Alemania en varias oportunidades entre 1933 y 1939, en gestión de promoción de ventas. Su bien documentado informe aclara que el primer presidente de la IBM satisfizo

¹²³ Véase Roberto Bardini, “IBM y los nazis, el segundo nombre es negocios”, en Rodelu Net, internet (Argentina, España y Suecia). Se trata de una excelente investigación que literalmente desnuda a Thomas J. Watson y la importante firma de computación y otros equipos de oficina.

las expectativas de sus clientes nazis tan satisfactoriamente que en 1937 fue objeto de grandes honores en Berlín y recibió una importante condecoración de manos del mariscal Hermann Göring en presencia del propio Führer, la orden de la Cruz al Mérito del Águila germana, segunda en importancia en el Reich alemán y la más alta a que podía aspirar un ciudadano extranjero. La Alemania nazi se disponía a sumir al mundo en un nuevo baño de sangre, pero precisamente por ese aporte estratégico a su economía, se convirtió en el mercado internacional más ventajoso para la International Business Machines.

Al iniciarse la Segunda Guerra mundial en 1939 con la invasión de Polonia, el gran empresario se valió de intermediarios en Suiza para que las más modernas computadoras por tarjetas llegaran al Tercer Reich. En 1941, incluso, logró entregar algunos de sus equipos a Rumania, para su presumible reembarque a Alemania.

Todo esto puede parecernos muy lejano de Martí, pero precisa decir que sin esas máquinas en manos de Alemania, la Segunda Guerra Mundial, según nos dice Bardini, habría sido más corta y el holocausto hebreo se habría limitado a unos cuantos fusilamientos sin mayor trascendencia. Fueron las computadoras de la IBM las que permitieron a Hitler controlar con un máximo de eficiencia a la población judía europea y dedicarse a su planificado y sistemático exterminio. Gracias al sistema de producción computarizado de la IBM, la maquinaria industrial bélica del Tercer Reich funcionó hasta el último minuto de la guerra.

Lo menos que puede decirse de Watson es que careció del menor escrúpulo al apoyar con sus descubrimientos a las fuerzas genocidas e imperialistas del Tercer Reich. Después de la Segunda Guerra mundial, Watson regresó a Alemania y halló a su fábrica prácticamente intacta y sus fondos preservados en una cuenta bancaria de empresas extranjeras en un banco de la Alemania nazi. Todos sus fondos los recuperó y jamás fue molestado por su colaboración con el gobierno fascista germano. Hasta el día de su muerte, Watson dedicó grandes recursos para lograr que se le reconociera, mediante la impostura y el poder del dinero, entre los capitalistas que más lucharon por la ética en los negocios de las grandes corporaciones. A ese idílico fin contribuyeron figuras como Walter Russell y su esposa Lao, ya conocidos, que legaron varias obras filosóficas

consideradas inasimilables para la comunidad científica estadounidense, en las que ambos intentaron sin éxito la compleja tarea de integrar, como quiso Spencer, la filosofía y la ciencia. Los esposos Lao y Walter Russell contribuyeron, quien sabe si inadvertidamente, a construirle una nueva fachada a Thomas J. Watson, participando activamente en su cruzada ética en el mundo inescrupuloso de las grandes corporaciones.

Gradualmente, pues, a partir de la segunda generación, el Club Crepúsculo comenzó a reflejar una nueva correlación de fuerzas política en Estados Unidos, dada por la fusión de los capitales industriales y financieros, y el control creciente de la economía del país por las grandes corporaciones y los monopolios gigantescos que penetraron a la sociedad norteamericana, y trajeron a la luz a una gama heterogénea de figuras ultra conservadoras que alentaron el mito del Destino Manifiesto, tal como los definiera John Louis O'Sullivan en 1845, y de la invencibilidad estadounidense, acompañada de una resultante euforia triunfalista en el país. Esa euforia la protagonizaron figuras como el mencionado John Milton Hay, secretario de Estado en el gobierno de William McKinley, que recomendó aprovechar, refiriéndose a la guerra hispano-cubano-norteamericana, la ventaja para Estados Unidos de la “espléndida guerrita” contra España, que resultara un fuerte estímulo para la política expansionista estadounidense en América Latina y la intervención posterior en la Guerra mundial y después en la Segunda Guerra mundial. Todo lo que el gobierno hizo durante y después de la guerra con España, con excepcional exactitud fue, por cierto, lo que recomendó el almirante Alfred T. Mahan.

Lo verdaderamente asombroso es que el Club Crepúsculo nunca dejó de proclamar, a pesar de las excepcionales yuxtaposiciones de personalidades, ideologías, principios políticos y éticos que hemos reseñado, las críticas y las reformas del sistema que Martí apreciara. Cómo se logró, sin necesidad de declararse una institución esencialmente conservadora, es otra de las tantas paradojas de la historia de Estados Unidos.

Bibliografía



Fuentes Primarias

- MARTÍ, José: *Obras completas (1963-65)*, edición electrónica, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Centro de Estudios de Tecnologías Avanzadas.
- : *Obras completas, edición crítica*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, (tomos 1 al 9), 2000-2003.
- : *Epistolario*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1993.
- : *Nuestra América*, compilación y prólogo de Roberto Fernández Retamar, La Habana, Casa de las Américas, 1974.
- : *Versos sencillos*, Nueva York, Louis Weiss and Co. Impresores, 1891.
- : *The Selected Works of José Martí*, compilación y traducción de Esther Allen, Londres, Nueva York, Penguin Books, 2000.
- : *Otras crónicas de Nueva York*, Investigación, introducción, índice de Cartas de Ernesto Mejía Sánchez, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1983.
- : *Otras crónicas de Nueva York*, Investigación, introducción e índice de cartas de Ernesto Mejía Sánchez, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1983.
- United States Department of State: *Report on Extraterritorial Crime and the Cutting Case*, Washington DC, Government Printing Office, 1887.

Fuentes secundarias

- ABAD, Diana: *De la Guerra Grande al Partido Revolucionario Cubano*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1995.
- : "José Martí y la elección del General en Jefe", La Habana, Universidad de La Habana, núm. 221, septiembre-diciembre de 1985.
- ÁVILA, Alfredo: "Diplomacia e interés privado: Matías Romero, el Soconusco y el Southern Mexican Railroad 1881-1883", en *Secuencia*, núm. 38, mayo-agosto 1997.

- BASSETT MOORE, John: *The Collected Papers of John Bassett Moore*, New Haven, Yale University Press, 1945.
- BENTON, Joel: *Memories of the Twilight Club*, Nueva York, 1910.
- BERNSTEIN, Marvin: *The Mexican Mining Industry, 1890-1950*, New York State University, 1964.
- CANTÓN NAVARRO, José: *José Martí y los trabajadores*, La Habana, Caracas, Centro de Estudios Martianos, FIDES, 2006.
- CEPEDA, Rafael: *José Martí, su verdad sobre los Estados Unidos*, La Habana, Editorial Caminos, 1995.
- COLLADO, María del Carmen: "El régimen porfirista y la privatización del subsuelo petrolero", en *Secuencia* núm. 8, mayo-agosto de 1987.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel: *Los Estados Unidos contra Porfirio Díaz*, Omaha, University of Nebraska Press, 1963 (cap. 4).
- FONER, Phillip S.: *Mark Twain, Social Critic*, Nueva York, International Publishers, 1958.
- GÓMEZ, Juan Gualberto: *La revolución del 95 (Sus ideas directoras, sus métodos iniciales, y causas que la desviaron de su finalidad)*, La Habana (s.f.).
- GUERRA SÁNCHEZ, Ramiro: *La industria azucarera en Cuba*, La Habana, Cultural S. A., 1940.
- HALE, Edgard Everett: *Memories of a hundred years*, Nueva York, 2 vols., 1902.
- HERRERA FRANYUTTI, Alfonso: *Martí en México: recuerdos de una época*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.
- : "Tras las huellas de Martí en México. Martí en Veracruz", en *Anuario Martiano*, La Habana, Sala Martí de la Biblioteca Nacional de Cuba, no. 4, 1972.
- HIDALGO PAZ, Ibrahim: *José Martí, Cronología, 1853-1895*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1992.
- : *Cuba 1895-1898. Contradicciones y disoluciones*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura "Juan Marinello", 1999.
- HOBBSAWN, Eric: *La era del Imperio. 1875-1914*, Buenos Aires, Grijalbo, 1998.
- IBARRA, Jorge: *José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1980.
- ISAACSON, William D.: "José Martí y el Club Crepúsculo" en *Archivo José Martí*, núm. 15, La Habana, enero-junio de 1950.
- LE RIVEREND, Julio: *La República, dependencia y revolución*, La Habana, Instituto del Libro, 1969.
- LINDO, Laara, "History of the Twilight Club", en *Portal del Twilight Club*, internet.

- MAÑACH, Jorge: *Martí el Apóstol*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- MIRÓ ARGENTER, José: *Crónicas de la Guerra*, 3 vols., Edición Huracán, La Habana, 1970.
- PARRA, Alma: "Cónsules y empresarios, expresión local del expansionismo estadounidense hacia fines del siglo XIX", en México, *Secuencia*, núm. 48, septiembre-diciembre de 2000.
- PÉREZ GUZMÁN, Francisco y Rodolfo Sarracino: *La Guerra Chiquita: una experiencia necesaria*, Premio Investigación Histórica, Concurso 26 de julio, MINFAR, Editorial de Letras Cubanas, La Habana, 1982.
- ROIG DE LEUCHSENRING, Emilio: *Tradicón antimperialista de nuestra historia*, Cuadernos de historia habanera, núm. 75, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1962.
- : *Martí antimperialista*, La Habana, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1961.
- SARRACINO, Rodolfo: *José Martí y el caso Cutting*, La Habana. Centro de Estudios Martianos y Universidad de Guadalajara, 2004.
- SEGDWICK, Arthur George: *The amount of Pecuniary compensation awarded by Courts of Justice (1869)*, Washington, en Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.
- TORRES-CUEVAS, Eduardo y Óscar Loyola: *Historia de Cuba, 1492-1898*, La Habana. Editorial Pueblo y Educación, 2001.
- TWAIN, Mark: *Cronista de su época*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 2003.
- : Crónica del viaje realizado por el autor en 1895, en *Following the Equator*, Nueva York, Harper and Brothers, 1897.
- : "Cartas a W. T. Stead", en *Review of Reviews*, Londres, enero de 1899.
- : *Mark Twain's Letters. Selección y notas*, A. B. Paine, Nueva York, Harper and Brothers, 1917.
- : "Traición a aginaldo, patriota filipino", en *North American Review*, 1902.
- : "Con la ciencia cristiana ", en *Christian Science*, Nueva York, Harper and Brothers, 1907.
- : *El forastero misterioso y otros cuentos*, Nueva York, The Mark Twain Co. / Harper and Brothers, 1922.
- : "Un cierto patriotismo. Los consensos de opinión. Bueno y malo". en *Europe and Elsewhere*, Nueva York, Harper and Brothers, 1923.
- : *Letters from the Earth*, Nueva York, Evanston, Harper and Row, 1962.
- VITIER, Cintio: "Prólogo a Martí en la Universidad", IV, La Habana, Editorial Félix Varela, 1997.
- : *Vida y obra del apóstol José Martí*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2006.
- WINGATE, Charles F.: *A scrapbook of Clippings relating to the Twilight Club*, 2 vols [s.f.].

Periódicos

- *The Brooklyn Daily Eagle (1882-1890)*, edición digitalizada, internet.
- *The New York Times*, edición digitalizada, internet.
- *The Sun*, Nueva York, 1890.
- *Patria*, 1896.
- *El Porvenir*, Nueva York, 1890.
- *The Sun*, Nueva York, 1890.
- *The New York Herald*, 1890.

Enciclopedias

- Wikipedia, Encyclopedia, internet.
- *America's successful men of affairs: an Encyclopedia of Contemporary Biography*, Nueva York, 1873.

Anexos



El autor ha considerado útil incorporar varios anexos a la obra que deben contribuir a aclarar en lo posible el complejo contexto en que Martí desarrollaba sus planes para independizar a Cuba. Por ello ha reproducido, en los anexos 1 y 2, el certificado en que se le otorga su membresía oficial a la prestigiosa institución y su traducción, que contiene algunos matices humorísticos en el uso del idioma, incluso el antiguo gaélico, y el abuso del latín, como una burla al escolasticismo universitario de moda por aquellos días en Estados Unidos, que sólo algunos intelectuales podían comprender y que en español se pierden en la traducción.

El anexo 3 es el artículo completo publicado en el periódico *Patria* del 15 de abril de 1886 en el que se informa la importante reunión, durante la tradicional cena crepuscular, un año después de la muerte de Martí, en la que después de un intenso debate la dirección acordó publicar una resolución en la que solicita al presidente Grover Cleveland que conceda al pueblo cubano el reconocimiento a su beligerancia, gesto que indica las dificultades que enfrentarían las fuerzas políticas partidarias de la anexión de la isla a Estados Unidos.

También nos pareció interesante para el lector una carta de excusas de Terence Vincent Powderly, el dirigente de los Caballeros del Trabajo, por una indisposición que le impediría asistir a una de las cenas del Club, en la que se observa la familiaridad que muestra al dirigirse a la dirección de la institución.

El anexo 6 desarrolla con mayor detalle la biografía del capitán Mahan, ascendido a contralmirante en 1906, importante estratega de la expansión de Estados Unidos, exponente de un curso de acciones dirigido a intervenir y anexar varias islas del Caribe, particularmente a las islas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo y de varios archipiélagos en el Pacífico.

Finalmente, el autor ha estimado útil referir sus experiencias en su intento de conocer algo más de la documentación sobre Martí que pudiera encontrarse en los archivos del Club. A su dirección electrónica actual el autor envió varias notas, y una carta formal a la historiadora del Club, que no recibieron respuesta. El silencio puede deberse a que la ultraconservadora Heritage Foundation adquirió en el 2003 la carta de fundación del Club Crepúsculo. El original en inglés y su traducción pueden consultarse en los anexos 7 y 8.

Anexo 1

Es traducción:

Certificado de José Martí de socio del Club Crepúsculo de Nueva York. Véase el original en inglés a continuación: Fuente: *Papeles de Martí*, III, Miscelánea, Gonzalo de Quesada y Miranda, p. 114.

A quien pueda interesar:

Este certificado atestigua, que nosotros, los abajo firmantes, socios del Comité Ejecutivo del Club Crepúsculo, reunidos en junta legal, e investidos de plena autoridad por la (No) Constitución, tomando en consideración las garantías y acuerdos que nos han hecho en la solicitud de socio, y la cantidad de dos pesos, pagada en efectivo, aceptamos por la presente a José Martí por sus ocupaciones, profesión o empleo, un _____ residente del estado de Nueva York como socio activo de la división A, de esta muy honorable, augusta y digna corporación, fundada Anno Domini 1883, por el mantenimiento y conservación del orden público y la buena camaradería y para el bienestar de la humanidad, y de acuerdo con las leyes de la naturaleza y los preceptos de moralidad, en la ciudad y condado de Nueva York y hallando *ad hoc conditiones sine qua nom*, que el citado José Martí es poseedor de la edad electoral reglamentaria, de altas dotes intelectuales, BON SPRIT, y habiendo abjurado de toda maldad y formalidad: y entendiéndolo, además, que no está IN FORMA PAUPERIS, pero que posee la necesaria responsabilidad pecuniaria (hasta la cantidad de un peso (\$1.) y que además no sufre de *furor loquendi ni facilis decensus averni*, nosotros, por lo tanto, lo declaramos por la presente solemnemente ser un riesgo razonable y no demasiado peligroso, y miembro activo CUM PRIVILEGIUS, dándole plena libertad para pagar puntualmente las cuotas que puedan imponérsele AD INFINITUM.

Dado y establecido bajo el gran Sello (*Phoca Groenlandica*) de la República y del CLUB CREPÚSCULO ante la Estación Plaza Hanover del Ferrocarril Elevado, y a la vista del Puente de Brooklyn, a los 23 días de diciembre del año de (ex Mayor) Gracia 1890.

sic (Rapid) transit gloria mundi erengounume-pluribusbragh.

Firmado: Charles F. Wingate,
Secretary

J. C. Zachos S.	S. Packard	J. H. Suydam
W.O. MacDowell	George W. Wingate	C. N. Bovee
Rossiter Johnson	Andrew H. H. Dawson	E.W.Chamberlain

Comité ejecutivo

Certifica: Charles. F. Wingate
Secretario

(Hay un sello en forma de grabado que dice: Green Seal). En caso de desahucio o quiebra por alguna causa notifíquese inmediatamente al Secretario.

NO

- Deudas
- Ilegalidades
- Presidente
- Constituciones
- Juegos de interés
- Sueldos
- Dinamita
- Soborno

NO

- Trajes de etiqueta
- Bombos mutuos
- Desfalcos
- Malos valores
- Convencionalismos

NO

- Convencionalismo
- Grandes reformas
- Altos ideales

NO

- Burocratismo
- Expedienteo
- Negocios ilegales

NO

- Bromas pesadas
- Escándalos
- Cant.
- Escándalos
- Comida gratuita

NO

- Discursos largos
- Altas horas
- Malas palabras
- Tesoreros alzado con el dinero
- Efusividades
- Duelos

- Sermones
- “Cuentos de camino”
- Estafador

NO

- Formalismo
- Aburrimiento
- Burocratismo

NO

- Personalismos
- Politiquería

Anexo 2

Original en inglés

Division A, No.

Certificate of Membership In

YE TWILIGHT CLUB
OF NEW YORK

Founded January 4, 1883, to cultivate good fellowship and enjoy rational recreation

To all whom it may concern:

This certificate witnesseth, that WE, the undersigned Members of the Executive Committee of YE TWILIGHT CLUB, being in session lawfully assembled, and being clothed with full authority under the (no) constitution, in consideration of the warranties and agreements made to them in the application for membership, and of the sum of TWO DOLLARS, in hand paid, DO HEREBY ACCEPT JOSE MARTI by occupation, profession or employment a _____ residing in the State of New York as a full member in Division A of this most Honorable, August and Dignified Body, established ANNO DOMINI 1883, for the Maintenance and Preservation of Public Order and Good Fellowship, and the Welfare of Mankind, and in accordance with the Laws of Nature and the Precepts of Morality, in the city and Country of New York, and finding AD HOC conditions SINE QUA NON, the said José Martí to be of the Proper Voting Age, of High Intellectual Attainments, Fair Moral Character, Comely Carriage, a Philosopher's Digestion, IN BON SPRIT, and having forsworn Evil and all formality; and understanding, moreover, that he is not IN FORMA PAUPERIS, but that he is of adequate pecuniary responsibility (up to ONE DOLLAR (\$1) and furthermore is not FUROR LOQUENDI NOR FACILIS DESCENSUS AVERNI, we, therefore, do hereby solemnly pro-

nounce him to be a reasonable and not EXTRA HAZARDOUS RISK, and a full member COM PRIVILEGUIS, including full liberty to Pay promptly such assessments as may be levied upon Him AD INFINITUM, given and established under the great seal (PHOCA GROENLÁNDICA) of the Commonwealth and of the Twilight Club before the Hanover Square Station of the Elevated Railway, and within sight of the Brooklyn Bridge, this 23rd Day of December in the year of (ex mayor) Grace 1890.

SIC (RAPID) TRANSIT GLORIA MUNDI
ERENGOUNUME-PLURIBUSBRAGH.

ATTEST: CHARLES F. WINGATE,
SECRETARY

sic (Rapid) transit gloria mundi erengounume-pluribusbragh.

Firmado: Charles F. Wingate,
Secretary

J. C. Zachos	S. S. Packard	J. H. Suydam
W.O. MacDowell	George W. Wingate	C. N. Bovee
Rossiter Johnson	Andrew H. H. Dawson	E.W.Chamberlain

Comité Ejecutivo

EXECUTIVE COMMITTEE
Green Seal

NO

- Debts
- By-laws
- President
- Constitutions
- Gambling
- Salaries

- Dynamite
- Bribery

NO

- Full dress
- Mutual Admiration
- Defalcations
- Decamping
- Watered
- Scandal
- Free Dinners

NO

- Lengthy Speeches
- Late Hours
- Profanity
- Treasurer “fish stories”
- Stock
- Dueling

NO

- Personalities
- Party Politics

- Preaching
- “sailors’ yarns”
- “Bouncer”

NO

- Conventionality
- Grand Reform
- High

NO

- “Papers”
- Deeds
- Deal

NO

- Puns
- Gush
- Cant

NO

- Formality
- Humbug
- Red Tape

Anexo 3

Artículo del periódico *Patria* del 15 de abril de 1896

Cuba y el Twilight Club

La primera reunión bimensual del Twilight Club de esta ciudad, celebrada el jueves 9 del corriente en el “Hotel San Denis”, fue dedicada a la causa de Cuba, y allí estuvieron para defenderla los señores Fidel G. Pierra, Emilio del Castillo y el doctor Arístides Agramonte. Estos dos últimos apellidos en sí representan muchos capítulos de nuestra triste historia colonial.

Terminada la comida a las 8, anunció el Presidente que personalmente había estado a invitar a dos caballeros españoles de los que aquí abogan por su nación para que asistiesen a la reunión y tomaran parte en el debate, y que ambos se habían excusado. Enseguida pidió el consentimiento del club para suspender el artículo del reglamento que limita el tiempo a los oradores, con el objeto de que los señores que representaban a Cuba dispusiesen del que les fuera necesario para hacer una exposición completa de la cuestión de Cuba, y obtenido el consentimiento presentó al señor Pierra, quien, según nos informa el resumen de la transcripción del taquígrafo del Club, en un discurso de más de una hora hizo una brillante relación de los antecedentes de nuestra revolución. El señor Pierra desde el primer momento cautivó la atención del auditorio, y de tal manera cautivó la atención del auditorio, y de de tal manera le comunicó su entusiasmo patriótico que aquél no le escaseó sus aplausos, alternados con risas y carcajadas provocados por los humorismos que el orador le sugerían a cada momento los métodos y procedimientos del gobierno español, en los cuales, como hizo notar, van hermanados lo inicuo y lo cómico.

Pero lo interesante y gracioso de la reunión no empezó hasta después de haber terminado su discurso el señor Pierra, y de anunciar el presidente que aquél estaba dispuesto a contestar las preguntas que se le hiciesen, por los que deseasen mayores datos respecto de algunos de los puntos que no había tocado sino de una manera general.

Enseguida un señor que, por su marcado acento inglés inmediatamente se hizo conocer como hijo de la Gran Bretaña, y por lo capcioso de las preguntas reveló que había venido a defender a España, pidió la palabra y manifestó que estaba perfectamente enterado de los asuntos de Cuba, que había visitado la isla varias veces y que hacía poco había regresado de ella.

El mal aconsejado defensor de España, con verdadera arrogancia castellana, hizo ridículo alarde de que allí había venido a campar por su respeto, sin que nadie se lo impidiese o estarse. El señor Pierra contestó las preguntas con gran mesura, y después de haber anulado con abundancia de datos y de razones los argumentos que aquellos envolvían, se los retorció de tal manera y de tal manera puso en evidencia al embozado representante de la tiranía española, que las risas y los aplausos se mezclaron en estrepitosa confusión. El inglés, ya bastante mohino, volvió a tomar la palabra, y arrojando enteramente la máscara, emprendió una acalorada defensa de España; al concluir la cual tomóle otra vez a su cargo el señor Pierra, y tan por completo lo desconcertó y corrió que en medio del aturdimiento confesó que estaba desorientado, se contradujo varias veces, protestó, se enfureció, sumó cantidades heterogéneas, y provocó tal hilaridad en el auditorio que ya las carcajadas no dejaban oír la voz del orador.

Entonces con gran énfasis declaró que los cubanos que estaban allí no eran cubanos, y que los socios del Twilight eran unos ignorantes. En mala hora dijo esto último. Como tocados por un resorte común, ocho caballeros se pusieron de pie, y uno tras otro de tal manera vapulearon al “britón” defensor de España que éste no supo ni por dónde salió del salón.

La intentada defensa del abogado por España fue eficacísima para hacer resaltar más la justicia de la causa de Cuba, la cual quedó triunfante, como lo manifiesta la siguiente resolución adoptada por el Club:

El Twilight Club declara terminantemente que siente profunda simpatía por el heroico pueblo de Cuba que pelea por su libertad e independencia, y pide al Presidente Cleveland que los reconozca como beligerantes.

El señor Castillo también pronunció un breve pero interesante discurso explicando el carácter y calidad de los miembros que componen el gobierno de la República de Cuba, la organización de su ejército, la pericia de los jefes y los triunfos con que se han coronado. El señor Castillo fue escuchado muy atentamente, y al concluir fue saludado con una salva de aplausos.

El Twilight se compone en su mayoría de periodistas, literatos, abogados y personas amantes del estudio, y de caballero particulares acomodados y de influencia.

En nombre del pueblo de Cuba damos a los miembros del Twilight las más expresivas gracias por sus simpatías y buenos deseos.

Anexo 4

Notas publicadas en el *Brooklyn Daily Eagle* del 3 y el 9 de julio de 1883, referidas a las actividades en el Twilight Club de Terence Vincent Powderly, dirigente del sindicato de los Caballeros del Trabajo.

Cena para Mr. Powderly

El Twilight Club, institución de Nueva York no vinculada al movimiento obrero, ofrecerá una cena al jefe de maquinistas T. V. Powderly en el Hotel de Brighton Beach el 8 del presente.

Brooklyn Daily Eagle, 3 de julio de 1886

Nota de Mr. Powderly para W. O. McDowell, del Ejecutivo del Club Crepúsculo, publicada el 9 de julio de 1886:

Me es imposible asistir esta noche. Sufro de una afección de la garganta que me impide hablar. Debo viajar a mi casa. Transmita mis disculpas y explique las razones de mi ausencia al Twilight Club.

Fdo. T. V. Powderly

Anexo 5

Artículo “José Martí y el Club Crepúsculo”, de Paul D. Isaacson, publicado en *Revista Archivo José Martí*, núm. 15, p. 112, La Habana, enero-junio de 1950.

El verano de 1890

No sé exactamente si el distinguido martiano que ha hecho un estudio sobre el Apóstol como viajero (“Martí, viajero” por Salvador Massip) [*Vida y pensamiento de Martí*, vol. 1, p. 187] pasó por alto en su informe el viaje que hizo José Martí a las montañas Catskill de Nueva York el verano de 1890, o por considerarlo un hecho menor en la vida del “primer viajero cubano”, o por la extrema escasez de información que existe referente a ello. En efecto, los datos son de un tamaño microscópico; sin embargo, los pocos hechos establecidos se entrelazan en la investigación de la conexión que tuvo el Gran Héroe de Cuba con el Club Crepúsculo de la ciudad de Nueva York.

A partir del mes de julio (1890), las heridas [en la] ingle de Martí ya no aguantaban más el calor chocante de la metrópoli.

Los que se quedaban en la ciudad solían salir diariamente para las playas en las inmediaciones por la línea “New York and Sea Beach”, o, si podían, hacían un viaje al norte del estado de los verdes pinos. Según su temperamento de viajero innato y espontáneo, compra su billete, y coge el tren rumbo a Kingston, Nueva York, con un modesto equipaje que “se reducía a una maleta y a veces un maletín, que contenía unas pocas mudas de ropa interior, y lo necesario para la higiene de la boca” [*ibidem* p. 189]. El ferrocarril de la antigua línea “Ulster and Delaware” subía a la orilla del Río Hudson hacia Kingston, donde Martí transborda al tren que va hacia Fenicia. De este pueblo da un viaje por coche sobre caminos estrechos y montuosos para llegar a la villa de Tannersville. Hasta aquí ha viajado el apóstol unas ciento cincuenta millas. Todavía le quedan las últimas cuatro, que tiene que caminar a pie, a la altura de dos mil doscientos pies sobre el nivel del mar. En esta región, la tierra legendaria de Rip Van Winkle, ya conocida al mundo por la pluma de Washington

Irving, queda la aldea de Haines Falls, donde nace una etapa de la vida de José Martí que es, por lo común, desconocida.

En las montañas

José Martí entre los montes, monte es, no cabe duda alguna. Intuitivamente entiende los bienes de la naturaleza. Apunta al margen de algún papel:

“En la ciudad cuando cierro los ojos, todo lo veo negro. Y aquí, cuando cierro los ojos, lo veo todo verde”.

Comienza una carta de verano el 29 de agosto al director de *La Nación* de Buenos Aires:

“Van los alegres a las playas buscando aventuras; pero el mar no acomoda con sus palacios bullangueros a la gente tranquila, ni es el aire de la costa como el de la montaña para criar hijos ágiles y resueltos, para leer a la luz blanda los libros sobre la naturaleza, para calafatear los pulmones agujereados, para calmar, con la salud del mundo el espíritu doliente.”

No basta decir que Martí aprecia a la naturaleza porque su alma es mucho más honda. Más correcto sería comentar que la percibe su espíritu que “sube con el aire que sube”, y que la describe su prosa que cae como “caen las cascadas, como polvo o encaje en el valle de flores”.

El Parque Crepúsculo

Paseándose por las sendas de las montañas Catskill, llegó a conocer a los neoyorquinos ya fuera de la ciudad municipal. Cerquita de Haines Falls queda un paraíso rústico que se llama el Parque Crepúsculo (Twilight Park). Martí se entusiasmó tanto por aquel rincón de pura hermosura que vuelve allá a menudo de paseo, y lo conmueve a escribir:

De Edgewood, el retiro amable, vienen de gorra y polaina, los poetas de Onteora, el pueblo privado, donde no se entra sin licencia, y vive mucho músico y escritor, en casa detonaos, metida en los pintos: de Twilight Park, que es un sueño de hermoso, con sus pórticos de ramas de abedul, sobre la boca de las cataratas mismas; su rebaño de casas rojas, agrupadas, aquí y allá, alrededor de la casa del Club; sus sendas

de piedra natural, que culebrea por la ladera, sobre arroyos y céspedes, de una casa a otra.

Y el argentino de la pampa imagina el verdor asombroso de otro país a través de una carta escrita por el cubano milagroso.

Este amor al parque le lleva a conversar con esa selecta minoría. Martí descubre que el parque es un retiro de verano de unas familias neoyorquinas que se apartan del ruido urbano todas las vacaciones del verano en ese Shangri-La en las montañas. Rastreador intuitivo de la sinceridad humana, Martí se interesa por la historia del Club. A los pocos días se encuentra entre los generales, abogados, banqueros, médicos, reverendos y otros miembros, y participa en las actividades diarias de diversión. Martí mismo nos conserva una anécdota verdaderamente chistosa: una tarde participó Martí en un juego que era una especie de concurso del deletreo. Entre los concursantes figuraron maestros, reverendos, médicos un general y tres estudiantes. De todos, Martí era el único que pudo deletrear la palabra inglesa *Janitress*, y salió primero el cubano.

El tema del afecto del apóstol por los jóvenes se destaca a través de su obra valiosísima. En este momento hacía un año que había salido el primer número de *La Edad de Oro*, consagrado a los niños de América. Pues aquí también los dedos cariñosos tocan el pelo de la generación nueva de “generalitos”, “abogaditos” y “cleriguitos”, y se hallan escribiendo:

Allí tendrán los hijos donde correr, donde respirar, donde meterse de bravos por el bosque nuevo, donde perderse, a pasar hambre y sed, donde abrir a mano viva, caminos en la selva, donde amar, como hermanos, a los árboles, donde dormir al aire libre, en la corona del monte [*Ibid*].

No debemos olvidar el hecho de que Martí, entre esas personalidades eminentes, es cónsul. Hace un mes que la República de Argentina y Paraguay lo habían nombrado al consulado de sus respectivas naciones. De las amistades que cultiva al lado de los pinos en el parque, Martí recibe la grata invitación de dirigir la palabra al Club Crepúsculo de Nueva York en un futuro próximo.

El Club Crepúsculo

El hombre singular que tuvo la responsabilidad de todas las actividades del Club Crepúsculo fue Charles F. Wingate. Concibió la idea del Club en 1883, y con su grupo de inteligentes y sinceros compañeros, congregó las más raras y distintas personalidades en esta unión curiosa. Los miembros se reunían bimensualmente en forma de un fórum libre democrático. El proceso general de una reunión típica era marchar de la sala al comedor a las seis del atardecer (por eso se llamaba el Club Crepúsculo). De costumbre la comida consistían en trece platos, por un peso, y comían hasta las ocho. Durante las dos horas y media que les quedaban, seguían discursos de tipo extemporáneos, chistosos o serios, según la manera del orador. Éste, de acuerdo con la famosa “no constitución” del Club, tenía diez minutos para presentar su argumento, que era seguido por un diluvio de ataques por su ingenioso y despiadado público. Discutían de todos los tópicos corrientes del día, y varias veces se publicaron reseñas de las sesiones en los periódicos *El Mundo*, *El Sol* y *La Tribuna*. Un tópico general: ¿qué haría usted si fuera alcalde de Nueva York?

La inmensa mayoría de los miembros eran hombres, muy pocos eran las mujeres que se atrevían a asociarse con un club social en la época de los Gay Nineties. Sin embargo, todo socio era un caballero. Una noche en el Club se reunió a bordo del barco La Ciudad de París. Era una noche extraordinaria en que se invitaron a las mujeres.

Doscientas cincuenta personas asistieron a esta famosa celebración, sin ocurrir escándalo ninguno. ¡Aún cesaron de fumar los hombres ante las mujeres!

José Martí y el Club Crepúsculo

Además de la carta escrita por Martí y publicada en *La Nación* el 2 de noviembre de 1890, existen dos documentos que establecen la conexión entre el libertador de Cuba y el Club Crepúsculo: un certificado de socio del Club con el nombre de José Martí; y una reseña del Club con el nombramiento de José Martí como orador. Le agradezco vívidamente al doc-

tor Gonzalo de Quesada y Miranda la revelación de estos datos. [Véanse ambos documentos en la propia sección de Anexos].

Estaba lloviendo la tarde del 23 de octubre de 1890 y los chuzos que caían del noroeste mojaban los huesos de aquel cuerpo tan frágil y valiente de José Martí. Dirigía sus rápidos pasos hacia el restaurante de Morillo que quedaba en la calle 29 oeste, número 6. El fundador del Club Crepúsculo [hemos visto que no había un solo fundador, sino varios. Pero el principal era Charles Wingate] lo había invitado a dirigir la palabra a los socios aquella noche. La lluvia refrescaba la noble frente. Adentro recordaba la vista hermosísima del Parque Crepúsculo, allá en las montañas Catskill, donde había pasado las vacaciones hacía unos meses. Pero también tenía un pensamiento más serio que le molestaba: tendría que hablar en inglés.

A las seis de la tarde 73 miembros del Club Crepúsculo llenaban el gran salón, que estaba nuevamente pintado y amueblado. Bajo el resplandor de las luces eléctricas circulaba el humo de los cigarros cubanos que le recordaban al apóstol su anhelada y dulce tierra. Pero estaba entre norteamericanos, y no había nadie allí que hubiera podido abrazarle y saludarlo de la manera hospitalaria e innata de un antillano. ¿Quién le dijera al entrar “La casa es suya”, o al partir: Que venga por acá cuando quiera”. En el Norte se le da a uno la mano; en Cuba, el alma.

Se fomentaba la buena camaradería en cada vaso, lleno de vino italiano “Chianti”. Todo el mundo hablando, cantando, gesticulando al mozo que traía la cena.

Después de la comida, el señor Robert Water, presidiendo en la silla, llamó la atención de los presentes al programa de la noche. En efecto, habían llegado diez personas escogidas, que iban a dirigirles la palabra en aquella reunión. Todos hablaban de sus experiencias del verano anterior.

Era Martí el orador de la noche, y como todos los demás, habló extemporáneamente; por eso no conservamos nada de su discurso. Sin embargo, el fundador del Club redactaba reseñas de las sesiones que distribuía a los miembros, y, a veces, a los periódicos neoyorquinos. Refiriéndonos al informe de la comida núm. 179, encontramos la siguiente nota, que traducimos al castellano:

La noche concluyó con un discurso simpático por el señor José Martí, traductor de *Ramona* y de otras producciones literarias americanas, recientemente libertado de la prisión española que describió sus vacaciones en las montañas de Catskill, y que hizo una súplica elocuente por más relaciones de tipo confraternales entre las gentes de las Repúblicas Hispánicas y las Américas [Owl Talks, 179th Dinner, October 23, 1890, (Ninth Season)].

Exactamente dos meses después, el día 23 de diciembre, recibió José Martí el certificado de Socio del Club Crepúsculo de Nueva York.

Cabe decir, en conclusión, que el nieto del organizador del Club Crepúsculo y del Parque Crepúsculo, el honorable George Albert Wingate, es presidente actual del “Twilight Park Association”, que es una entidad de bienes raíces, y que trata de mantener la tradición rústica que establecieron sus precursores en Haines Falls, Nueva York.

Anexo 6

Nota ampliada acerca del contralmirante Alfred Thayer Mahan (1840-1914)

Además de su carrera naval, en la que alcanzó el rango de contralmirante, Thayer fue un historiador consagrado, formado en la Academia Naval de Annapolis. Participó en la Guerra de Secesión como integrante de la oficialidad de una nave que bloqueaba a los estados del sur por la costa este del país. En 1885 alcanzó el rango de capitán. En 1886 fue nombrado profesor de la Academia Naval de Guerra, en Newport, estado de Rhode Island, cuya presidencia ocupó desde el propio año hasta 1889, y de 1892 a 1893.

Fue su periodo más fructífero en la producción de trabajos de historia naval y de su estrategia. Mucho le enseñó Thayer Mahan a Teodoro Roosevelt. Autor de tres obras capitales (*The influence of sea power upon history, 1669-1783* (1890) *The influence of sea power upon the French Revolution* (1892) y *The interest of America in sea power, present and future* (1897) que aquí trataremos con mayor detalle, las investigaciones y conclusiones de Mahan influyeron notablemente en el pensamiento estratégico de los altos oficiales navales y los gobiernos, no sólo los propios, sino los de las grandes potencias, particularmente Alemania y Gran Bretaña, y en menor grado Francia y Japón.

Lo que deslumbró a Teodoro Roosevelt en el almirante Mahan, que por cierto fue su amigo y confidente más cercano, colega profesor y asesor naval durante su presidencia, no fue sólo el contenido de sus obras de gran aliento, sino los más de cien artículos sobre temas estratégicos que escribiera durante toda su carrera y sus numerosos informes confidenciales. Los historiadores estadounidenses están de acuerdo en que fue en buena medida la insistencia de Mahan la que motivó a Teodoro Roosevelt a dar los pasos necesarios para controlar y construir el Canal de Panamá.

Fue después de su designación como director de la Academia Naval de Guerra, para publicaciones seriadas y diarios como el *Atlantic Monthly*, *Forum*, *North American Review*, *Harper's New Monthly Magazine*, *New York Times*, *New York Sun*, entre otros, algunos de ellos leídos y citados

por José Martí escritos en un estilo depurado, elegante y persuasivo en los que expresaba sus opiniones acerca de lo que él entendía eran los intereses de Estados Unidos, vale decir, los de la burguesía de su país, evitando el vocabulario agresivo en que suelen escribirse a menudo las ideas imperialistas más radicales y cavernícolas.

Es particularmente interesante, por lo que significó para el futuro de la revolución que Martí preparaba, y aún para tiempos posteriores, lo que publicó durante su carrera acerca de la importancia geoestratégica del Golfo de México y el Caribe, que comparó favorablemente, como un mar interno, con el Mediterráneo la futura terminación del Canal Interoceánico de Panamá, cuya construcción ya había iniciado Francia, bajo la dirección del ingeniero Lesseps, que gozaba del enorme prestigio de haber llevado a buen fin las obras del Canal de Suez, no sólo como una vía para el transporte y los intercambios de un país que era casi un continente, con costas en dos de los mayores océanos del planeta, sino como un medio defensivo u ofensivo, según los requerimientos del momento, al acelerar el traslado y la concentración de las dos flotas en cualquiera de las dos vertientes oceánicas.

Mahan presentó, además de un estudio secreto solicitado por su gobierno para una guerra prevista contra Inglaterra, “indudablemente el más poderoso de nuestros posibles enemigos”, una detallada comparación de las características geoestratégicas de Cuba y Jamaica, que debe haber suscitado algunas preocupaciones en Madrid y en Londres, las dos capitales europeas de las metrópolis de ambas colonias. El papel que Mahan le tenía reservado a la mayor de las Antillas en estas consideraciones geoestratégicas se sintetiza en la siguiente conclusión, de sobra elocuente: “considerada, por consiguiente, como una base para las operaciones navales, y como fuente de abastecimientos para una flota, Cuba presenta condiciones completamente únicas entre las islas del Caribe y el Golfo de México”.

Así, el resultado final de la comparación indicaba, a juicio suyo, que “las ventajas de la ubicación geográfica, la fuerza y la magnitud de los recursos disponibles se inclinan decisivamente a favor de Cuba”. La mejor justificación para un intento de anexión era la alusión a la “necesidad” de seguridad para el tráfico naval de Estados Unidos.

Hay que subrayar que una de las preocupaciones centrales de Mahan en el Caribe era el control del Paso de los Vientos, la vía ideal para el tránsito de los barcos estadounidenses hacia el istmo, imposible, según él, mientras Santiago de Cuba permaneciese en poder de España, y Port Royal, Jamaica, continuara bajo el control de la Gran Bretaña. También se preguntaba si Estados Unidos estaría dispuesto a presenciar con brazos cruzados que alguna potencia extranjera adquiriese un pedazo de su territorio para establecer una base naval en Haití, frente al Paso de los Vientos.

Era una región, según el almirante, que las condiciones políticas impedían al gobierno estadounidense controlar, y “en la que Estados Unidos están particularmente interesados”. Así, un escenario representado por una presencia naval hostil a Estados Unidos en Santiago de Cuba y Port Royal pondría en duda las aproximaciones y accesos de Estados Unidos al Caribe, y sobre todo al istmo. Por eso insistía en que, antes de apropiarse del istmo e incluso de retomar la construcción del canal, había que controlar, vale decir, ocupar o anexionar sus aproximaciones, porque podía ocurrir que dicho canal terminase en manos de Alemania o Inglaterra, o ambos, lo que sería desastroso para los planes estratégicos de Estados Unidos.

En 1890, cuando Martí fue invitado a hablarle al Club Crepúsculo, el tema de Mahan, presentado por Henry Cabot Lodge ante el Congreso de Estados Unidos, era objeto de la atención permanente de los legisladores en ambas cámaras, y divulgado a voluntad por John M. Hay y Teodoro Roosevelt en sus respectivas esferas de influencia.

Por su parte, a lo largo de la década del noventa del siglo XIX, Mahan sometió al escrutinio público sus ideas sobre la necesidad de controlar los puntos cercanos a las rutas de navegación entre Estados Unidos y el Istmo donde se ubicaría el futuro canal, para mejor defenderlas, estimulando con ello la aceptación en la esfera política interna del proceso expansivo de Estados Unidos y como parte de su política internacional.

En un periodo en el que el tradicional distanciamiento entre política y estrategia militar, en este caso naval, se integraba plenamente, Mahan hizo cuanto estuvo a su alcance para demostrarlo, con su estilo personal que evitaba los excesos verbales, de manera en que el lector pudiese descubrir por sí mismo lo que era evidente, todo ello en nombre de los altos

intereses de la patria. Mahan se ganó, pues, una posición, por demás prominente, entre los ideólogos del imperialismo estadounidense.

Su obra *The Interest of America in Sea Power, Present and Future*, de interés particular para Cuba, cuyos principios esenciales publicaba desde hacía años, fundamentó la necesidad de que Estados Unidos uniese por el istmo centroamericano a los océanos Pacífico y Atlántico, a fin de poder trasladar y concentrar rápidamente el poder de fuego de sus flotas en ambas costas.

Al propio tiempo, Mahan argumentaba elocuentemente que el poder naval sería decisivo para determinar la supremacía nacional de Estados Unidos. Y así planteaba que, dado su creciente desarrollo económico, Estados Unidos estaba destinado a ser una gran potencia del Pacífico, en dependencia, en un futuro no lejano, del control del canal interoceánico y sus aproximaciones estratégicas, lo que permitiría la expansión sin precedentes del comercio entre sus dos costas oceánicas y el progreso de sus intercambios con el Asia, bajo la protección de su flota poderosa.

Asimismo, Mahan acostumbró al pueblo estadounidense y a la élite burguesa que lo gobernaba, al concepto de que el futuro económico del país estaría vinculado a regiones de ultramar en las que, por razones imaginables, Estados Unidos se vería obligado a intervenir, incluso por la fuerza. Esto era previsible en el Caribe y en el Pacífico, que hasta ese momento había hecho honor a su nombre, pero que ya había comenzado a evidenciar “desarrollos políticos”, actividades comerciales y rivalidades, en las que las grandes potencias, entre ellas Estados Unidos, habían participado.

Por todo ello, el Caribe y la América Central, entre 1890 y 1893, en el momento en que escribía, hasta ese momento de escasa importancia, comenzaban a elevarse prominentemente en la escala de valores estratégicos por ser el paso previsto entre el Atlántico y el Pacífico al concluirse las obras del Canal en el Istmo y todas sus aproximaciones.

En la obra mencionada, prácticamente una selección de artículos publicados entre 1890 y 1898, e incluso mucho antes, hemos visto que Mahan realizó un estudio con una sólida fundamentación histórica acerca del valor geoestratégico del Golfo de México y del Caribe. De particular interés es su valoración de la importancia de Cuba en el contexto

caribeño y de los propios intereses de Estados Unidos. De todas las islas del Caribe, opinaba Mahan, la más formidable era Cuba. Por su tamaño, población, recursos naturales, potencial industrial y agrícola, y sobre todo por su cercanía a Estados Unidos, Cuba tenía la capacidad productiva para abastecer los escuadrones navales estadounidenses. Téngase en consideración que no estamos ante un concurso para determinar la Isla más eficiente y útil del Caribe, sino la más priorizada para la anexión a Estados Unidos.

Por otra parte, la propulsión a vapor de las unidades blindadas y artilladas, que ya eran parte fija de las flotas de guerra, convertía al carbón mineral en el combustible estratégico de aquellos días. Debía ser transportado y almacenado en bases navales carboneras. Y Mahan se preguntaba por qué Estados Unidos no había asegurado posiciones dentro o en los bordes del Caribe, con sus grandes ventajas naturales que permitían el control de ese mar. Y continuaba preguntándose si Estados Unidos estaría dispuesto a permitir que Alemania controlara a Curaçao, situada frente a la salida al Atlántico de los posibles canales de Panamá o Nicaragua, que aún competía, gracias a un activo Lobby del Congreso, por el dudoso honor de admitir la construcción en su territorio de otro canal interoceánico.

Resultaban muy claras las razones de la atracción que una Cuba amistosa, preferiblemente anexada, ejercía para el almirante y los seguidores de sus criterios expansionistas. Pero la visión estratégica de Mahan no se limitaba al Golfo de México y el Caribe. Ya en la segunda mitad de la década del ochenta y principios de la del noventa del siglo XIX, Mahan preveía también la expansión hacia el Pacífico, cuando, siempre según su método inquisitivo, se preguntaba si Estados Unidos estaría dispuesto a aceptar un protectorado extranjero sobre las Islas Sándwich (archipiélago de Hawái), a casi igual distancia de San Francisco, Samoa y las Marquesas, e importante nudo de comunicaciones con China y Australia, que hiciese peligrar el tráfico marítimo comercial y militar estadounidense por la región. Y esto era de suma importancia para las aspiraciones imperiales de Estados Unidos.

Los mercados asiáticos eran ideales para la colocación de los productos estadounidenses, cuyas industrias estaban casi todas situadas más bien hacia el nordeste del país, y frente a la vertiente estadouni-

dense del Atlántico estaba Europa, cuyas industrias eran por lo general más competitivas que las de Estados Unidos. Para hallar salida a la ineficiente producción del este estadounidense era imprescindible establecer un canal en el istmo que permitiese la salida más corta y económica al Pacífico.

Los anales de las fuerzas navales de Estados Unidos registran la clamorosa experiencia del acorazado Oregon, que durante la guerra hispano-cubana-estadounidense había tardado 68 días en llegar a aguas cubanas por la vía del Cabo de Hornos. Era ciertamente una ruta incosteable para llegar, por ejemplo, a los enormes mercados chinos. Era imprescindible, pues, abrir un canal istmeño, que, conjuntamente con sus aproximaciones y accesos debía estar bajo el control de Estados Unidos.

Un grupo selecto de imperialistas confesos y orgullosos de serlo, con Henry Cabot Lodge a la cabeza, capaz de paralizar desde su influyente posición en el Senado de Estados Unidos el ingreso de su país a la Liga de las Naciones, Theodore Roosevelt, John Milton Hay y el propio Alfred T. Mahan incluyendo en una fase inicial también a Andrew Carnegie y Cornelius Vanderbilt II, fue responsable de la consolidación de una pronunciada tendencia imperialista que, inmediatamente después de la guerra hispano-cubana-Estadounidense, liquidó las aspiraciones independentistas de Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Hawai, Samoa y otras pequeñas islas del Pacífico, todo ello según los criterios de Mahan, convencido de que el pueblo estadounidense tenía “la irresistible vocación de la raza a gobernar y comerciar”.

Independientemente de la realidad de que estamos ante un tema que requiere un estudio más detallado y profundo, podemos anticipar una hipótesis provisional. Quienes nos consagramos a las investigaciones de la vida y obra de José Martí debemos comprender que su proyecto revolucionario, con el triunfo posible en Cuba y Puerto Rico, y la consolidación de la propia soberanía de Santo Domingo, suponía el advenimiento a la vida internacional de tres países revolucionarios independientes situados en la periferia del Paso de los Vientos, en las aproximaciones al futuro canal del istmo.

Ello habría constituido cuando menos un factor altamente perturbador, y, con el probable respaldo de Inglaterra y Alemania, hasta tal vez

equilibrador, que pondría en duda las aspiraciones hegemónicas y expansionistas de Estados Unidos en el Caribe, el Golfo de México, y posiblemente en el Pacífico, según las definiera Mahan, lo que equivale a decir en el mundo.

Por ello en un artículo para *La Nación*, fechado el 2 de noviembre de 1889 sobre la Conferencia Internacional Americana, Martí declaró por vez primera públicamente, durante las sesiones del Congreso Internacional Americano de Washington, que la conferencia mostraría a quienes defienden “la independencia de la América española, donde está el equilibrio del mundo”.

Anexo 7

Carta del autor a la profesora Laara Lindo, historiadora del Club Crepúsculo

Havana, July 15, 2007

Professor Laara Lindo
The Twilight club

Esteemed Professor:

It was only recently that I learned that the Twilight Club, 120 years after its creation was still active. This, in the Center for the Study of José Martí, was a pleasant surprise and very good news. You see, I am a senior researcher in that institution, at present devoted to the huge task of producing the critical edition of the 26 volumes of *José Martí's Complete Works*. And his stay at the Catskill Mountains, particularly in the Twilight Park, in the summer of 1890, his invitation to address eighty Club members during the first winter dinner of that year and his subsequent admittance to the Club in December, by means of a certificate signed among other notable personalities as Charles and George Wingate, were always in doubt, mainly because of ignorance as to the true nature of the Twilight Club.

As you may know, Martí is considered by critics of his and our times as one of the finest Hispanic American modernist essayist, poet, dramatist and novelist of the nineteenth century, and a revolutionary and humanist of unsurpassed awareness. All accounts of his activities in the club point out how well he was received and how much he cherished the invaluable experience of interacting with some of the greatest American minds of the time.

The purpose of these few lines is to offer you the information that we have about Martí's activities in the Club and other relevant documents. At the same time we would welcome any information you may have of Martí's Club activities that may be helpful in reconstructing that period in Martí's life for the *Critical Edition*, a gesture that would of course regis-

ter the Twilight Club in the corresponding volume's list of contributors. This is merely a suggestion that may be useful for our common objectives of making both the worthy values of the original club and those of its members known.

I thank you in advance for your time and patience.

Truly Yours,

DR. RODOLFO SARRACINO
Senior Researcher

Anexo 8

Traducción

La Habana 15 de julio de 2007

Profesora Laara Lindo
Club Crepúsculo

Estimada profesora:

Hace muy poco conocimos que el Club Crepúsculo, ciento veinte años después de su creación, se mantiene aún activo. Esta información, en el Centro de Estudios Martianos, resultó una sorpresa agradable.

Soy investigador titular en esa institución, dedicada a la inmensa tarea de producir la edición crítica de los 26 volúmenes de las *Obras completas de José Martí*. Y su presencia en las montañas Catskill, en particular en el Parque Crepúsculo, en el verano de 1890, su invitación a dirigirse a ochenta miembros del Club durante la primera cena de invierno de ese año y posterior ingreso en diciembre como miembro pleno del Club, unido a su certificado firmado entre otras notables personalidades por Charles y George Wingate, siempre estuvo marcado por la duda, sobre todo por la ausencia de información sobre el Club Crepúsculo.

Como usted sabe, Martí es uno de los más grandes ensayistas, poeta, dramaturgo y novelista latinoamericano del siglo XIX según los críticos de su tiempo y del nuestro.

Nuestras informaciones indican que fue bien recibido en el Club y que Martí reconoció la valiosa experiencia de interactuar con algunas de las más importantes inteligencias estadounidenses de su época.

El propósito de estas breves líneas es ofrecerle la información de que disponemos acerca de las actividades del Club y otros documentos relevantes e informarle que apreciaríamos cualquier información que esa institución posea que pudiera contribuir a la reconstrucción de ese periodo de la vida de Martí para la edición crítica, que sería debidamente registrada en la lista de colaboradores de ese volumen.

Se trata de una sugerencia que pudiera coadyuvar al logro de nuestros objetivos comunes de divulgar la vida y la obra de Martí y también los dignos valores del Club original y de sus miembros.

Mucho le agradezco por adelantado la atención que pueda dispensar a nuestra sugerencia.

Atentamente,

DR. RODOLFO SARRACINO
Investigador titular

Cronología breve



21 de agosto de 1882. Herbert Spencer llega a Nueva York. Se entrevista con numerosos intelectuales estadounidenses y critica fuertemente a la sociedad y sistema político norteamericano.

23 de octubre de 1882. En entrevista de prensa, Spencer afirma que los norteamericanos eligen mediante el voto a sus gobernantes, pero lo hacen como marionetas cuyas cuerdas son manipuladas tras las bambalinas. Evidencian haber perdido gradualmente la sustancia de la democracia.

Noviembre de 1882. Le es ofrecida a Herbert Spencer una cena de despedida en el restaurante Delmonico's, durante la cual afirma que los empresarios y profesionales estadounidenses requieren relajarse física y mentalmente en íntimo contacto con la naturaleza.

4 de enero de 1883. Bajo la influencia de las ideas de Herbert Spencer y Ralph Waldo Emerson, Charles F. Wingate, su hermano, el general George Wingate y un grupo de entusiastas seguidores, organizan el Club Crepúsculo de Nueva York.

5 de enero de 1883. *El Brooklyn Daily Eagle* publica un relato detallado de los antecedentes del Club Crepúsculo.

Diciembre de 1883. Asciende a 200 el número de personalidades miembros del Club Crepúsculo.

Agosto de 1883. Charles F. Wingate y su hermano George fundan el Parque Crepúsculo del estado de Nueva York.

Agosto de 1888. Acompañado del alemán Paul Phillipsson, director de *El Economista Americano*, Martí visita las montañas Catskillv punto cercano al Parque Crepúsculo. Afirma en carta a Enrique Estrázulas, fechada el 26 de octubre de 1888, que se sintió "como preso entre aquellos picos. Está demasiado lejos la cumbre de los montes de la faena humana".

2 de agosto de 1890. En carta sin fecha, Martí escribe a Rafael Serra: "Me voy a un rincón de hojas y de soledad por unos cuantos días" [montañas Catskill]. Es probable que esta breve comunicación la haya escrito Martí el 1 o el 2 de agosto, un día antes de su salida hacia el Parque Crepúsculo.

- 6 de agosto de 1890.** Aparece en *El Porvenir* de Nueva York la noticia del viaje de Martí a las montañas Catskill.
- 7 de agosto de 1890.** Encontrándose en el Parque Crepúsculo de las montañas de Catskill, Martí recibe una carta de Juan Bonilla, patriota negro presidente del Club Revolucionario La Liga.
- 8 de agosto de 1890.** Martí responde la carta de Juan Bonilla desde el Parque Crepúsculo. Le dice que el día anterior había recibido “en uno de los picos más altos de estas montañas [Catskill] la carta de Ud. del 3 en que me comunicaba la visita de Ud. para ayer miércoles en mi oficina”.
- 29 de agosto de 1890.** Martí escribe un artículo para *La Nación* de Buenos Aires acerca de su estancia en las montañas Catskill.
- 22 de octubre de 1890.** Martí dirige la palabra a un nutrido grupo de miembros del Club Crepúsculo en el restaurante Morello de Nueva York. Obligado a hablar en inglés, les advierte que la intervención estadounidense en América Latina, según planes de políticos estadounidenses “ignorantes y adementados”, será resistida. Es aclamado.
- 23 de diciembre de 1890.** Martí recibe su certificado de miembro pleno del Club Crepúsculo.
- 19 de mayo de 1895.** José Martí cae en combate en Dos Ríos.
- 22 de enero de 1896.** El *New York Herald* informa que el Presidente Grover Cleveland instruyó a su ministro en Madrid que haga una proposición amistosa al gobierno español para que dé solución a la crisis cubana. Deberá retirar sus tropas de Cuba y reconocer la independencia de la Isla, en tanto acepta un fondo de indemnización garantizado por Estados Unidos.
- 28 de febrero de 1896.** El Senado de Estados Unidos reconoce la beligerancia cubana al aprobar abrumadoramente la resolución conjunta de John T. Morgan/Donald Cameron que llama al reconocimiento de la beligerancia cubana y la independencia de Cuba.
- 2 de marzo de 1896.** La Cámara de Representantes de Estados Unidos aprueba su propia versión de la Resolución Morgan/Cameron que llama al reconocimiento de la beligerancia de Cuba. El presidente Cleveland engaveta la resolución.

9 de abril de 1896. El Club Crepúsculo invita a tres miembros del Club Revolucionario de Nueva York, Fidel G. Pierra, Emilio del Castillo y Arístides Agramonte a dirigirse a los miembros del Club Crepúsculo, y tras un movido debate “declara terminantemente que siente profunda simpatía por el heroico pueblo de Cuba que pelea por su libertad e independencia y pide al presidente Cleveland que lo reconozca como beligerante”.

15 de abril de 1896. El periódico *Patria* publica un artículo sobre la declaración del Club Crepúsculo, pero se abstiene de mencionar a Martí.

Índice onomástico



- Abad, Diana, 112
 Abbott, Lyman, 70
 Adler, Felix, 70
 Agramonte y Simoni, Arístides
 Luciano, 78, 125, 150
 Agramonte, Eduardo, 78
 Alexander, John, 88
 Allen, Esther, 112
 Atkinson Pryor, Roger, 70
 Ávila, Alfredo, 112
- Bardini, Roberto, 107, 108
 Bassett Moore, John, 113
 Beckwith, Carroll, 88
 Beecher, Henry Ward, 70
 Benton, Joel, 64, 113
 Bernstein, Marvin, 113
 Blaine, James Gillespie, 16-18, 24,
 26, 36
 Bolívar, Simón, 20
 Bonilla, Juan, 47-48, 50 149
 Borrell, Edith, 62
 Bovee, Christian Nestell, 75, 120,
 123
 Burroughs, John, 87
 Bush, George W., 31
- Cabot Lodge, Henry, 24, 31-32,
 105, 137, 140
- Cameron, Donald, 80, 149
 Cantón Navarro, José, 113
 Carnegie, Andrew, 33, 87, 94, 101,
 107, 140,
 Carrel, Alexis, 106
 Carter Beard, Daniel, 103
 Castillo, Emilio del, 78, 125
 Cepeda, Rafael, 113
 Chamberlain, E.W., 76, 120, 123
 Cleveland, Stephen Grover, 22, 33,
 35-36, 60, 71, 80-81, 118, 126,
 149-150
 Cole, Thomas, 50
 Collado, María del Carmen, 113
 Comfort Tiffany, Louis, 103
 Comstock, Anthony, 44-45
 Connell Smith, Gordon, 22
 Coolidge, Calvin, 104
 Cosío Villegas, Daniel, 113
 Coughlin, W. H., 61
 Cutting, Augustus K., 35, 96, 98,
 112, 114
- Dana, Charles, 90
 Dawson, Andrew H. H., 120, 123
 Deems, Charles Force, 70-71
 De Forest, Lee, 103
 De Kay, Charles, 102
 Dewey, John, 102

- Díaz, Porfirio, 113
 Duran, B., 50
- Emerson, Ralph Waldo, 40-41, 57,
 59, 62, 86-87, 148
 Estrada Palma, Tomás, 47
 Estrázulas, Enrique, 18, 43, 50,
 148
- Fernández Retamar, Roberto, 10,
 112
 Finlay, Carlos J., 78
 Fogg, W. P., 60
 Foner, Phillip S., 113
 Fonseca, Deodoro de, 19
 Foraker, Joseph B., 32-33
- Garfield, James A., 17, 70-71
 George, Henry, 60, 71, 86, 90
 Godkin, Edwin Lawrence, 72
 Göering, Hermann, 108
 Gómez, Juan Gualberto, 113
 Gómez, Máximo, 11
 Guerra Sánchez, Ramiro, 113
 Guiteau, Charles Julius, 70
- Hale, Edward Everett, 70, 113
 Hall, Henry, 59
- Hammond, William Alexander, 70
 Harrison, Benjamin, 18, 36
 Hay, John Milton, 33, 105, 109
 Henderson, John B., 21
 Herrera Franyutti, Alfonso, 113
 Hewitt, Stevens Abrams, 72
 Hidalgo Paz, Ibrahim, 113
 Hitler, Adolfo, 108
 Hobsbawn, Eric, 113
 Hodelín Tablada, Ricardo, 50
 Holt, Henry, 87
 Homer, Winslow, 50
 Howard Bridge, James, 86, 101
- Ibarra Cuesta, Jorge, 113
 Irving Cobb, Frank, 102
 Irving, Washington, 42, 130
 Isaacson, William D., 41, 43-44,
 46, 50, 53, 61-62, 64-65, 69,
 74-75, 80-81, 113, 129
- Jaguaribe, Helio, 21
 James, William, 87, 102
 Johnson, Rossiter, 75, 120, 123
 Julio César, 31
 Kossuth, Lajos, 73-74
- Lafayette, Marqués de, 25

- Le Riverend, Julio, 28, 113
 Lesseps, Ferdinand de, 136
 Lincoln, Abraham, 34, 50, 71, 85,
 87, 98
 Lindo, Laara, 59-60, 84-85, 87-89,
 91, 101-102, 104, 106-107, 113,
 142, 144
 Loeb, Sophie Irene, 102
 López Mesa, Enrique, 76
 López, Narciso, 37
 Loyola, Oscar, 114
- Maceo y Grajales, Antonio, 17
 Mahan, Alfred Thayer, 24, 29-34,
 74, 105-106, 109, 118, 135-141
 Mañach Robato, Jorge, 114
 Mapes Dodge, Mary, 88
 Marinello Vidaurreta, Juan, 113
 Markham, Charles Edwin, 86, 100-
 101
 Martí y Pérez, José Julian, 9-12,
 15-29, 31-37, 41-53, 58, 60-62,
 64, 66-67, 69-76, 78-80, 82,
 84-88, 90, 92, 95-98, 101-102,
 104-106, 108-109, 112-114, 118-
 120, 122, 124, 126, 128-138,
 140-142, 144-145, 148-150
 Marx, Karl, 90
- Massip, Salvador, 129
 Mathews, Brander, 88
 McCann, Frank, 22-23
 McDowell, William, 60, 168
 McKinley, William, 31, 33, 87, 105,
 109
 Mejía Sánchez, Ernesto, 112
 Mendonça, Salvador, 25
 Mercado, Manuel, 11, 96
 Miró Argenter, José, 114
 Morales y Morales, Vidal, 78
 Morgan, John T., 80, 149
- Nast, Thomas, 50
- O'Sullivan, John Louis, 109
 Ochs, Adolph, 102
 Otelo, 91
- Packard, Silas Sadler, 75, 120, 123
 Parra, Alma, 114
 Paine, Albert B., 56, 114
 Payne, Henry Whitney, 102
 Pedro II, 19, 20, 24
 Pérez Guzmán, Francisco, 114
 Philippson, Paul, 41
 Pierra, Fidel G., 78-79, 125-126, 150
 Portell Vilá, Herminio, 32

- Powderly, Terence Vincent, 60,
87-88, 90, 118, 128
- Quesada y Aróstegui, Gonzalo de,
20, 21, 23, 27, 64, 75, 79,
Quesada y Miranda, Gonzalo de,
119, 133
- Rio Branco, Baron de, 23
Rodrigues, Lafayette, 25
Roig de Leuchsenring, Emilio, 114
Romero, Matías, 112
Roosevelt, Teodoro, 24, 30-31, 33,
104-106, 135, 137, 140
Russell, Lao, 109
Russell, Walter J., 89, 108, 109
- Sáenz Peña, Roque, 18-19
Sarracino, Rodolfo, 35, 95, 114,
143, 145
Saunders Pierce, Charles, 102
Sedgwick, Arthur George, 114
Serra, Rafael, 47-48, 148
Sherman, John, 33
Sherman, William Tecumseh, 33
Simoni, Matilde, 78
Smalley, F. V., 57
Sócrates, 90
- Spencer, Herbert, 14, 41, 57-59, 85-
86, 89, 109, 148
Stebbing, Daisy (Lao), 89
Stedman, Edmond Clarence, 102
Suydam, John Howard, 59, 120,
123
Swinton, John, 90-92
- Tedín, Miguel, 37, 49
Thoreau, Henry David, 57
Thurber, Elliot Babcock, 72
Thurber, Francis B., 50
Torres-Cuevas, Eduardo, 114
Tree, Lambert, 23
Twain, Mark, 56, 86, 101, 103, 107,
113-114
- Valente, Amador, 25
Vanderbilt II, Cornelius, 33, 140
Vanderbilt, Gertrude, 102
Varela, Félix, 114
Vitier Bolaños, Cintio, 114
Walker, William, 37
Washington, George, 104
Water, Robert, 133
Watson Gilder, Richard, 87
Watson, Thomas J., 89, 107-109
Wells, David Ames, 71

Wendell Holmes, Oliver, 87
Weyler, Valeriano, 81
Wheeler, Candace, 50
Wilson, Thomas Woodrow, 32
Whitman, Walt, 68, 87
Wingate, Charles F., 51-52, 59, 61-
64, 69, 74, 76, 81, 114, 120,
123, 132-133, 142, 144, 148
Wingate, George Wood, 34, 46,
52, 61-63, 75, 142, 144
Zachos, John Celibergos, 120, 123
Zayas, Alfredo, 78
Zegarra, Félix C., 23
Zeno y Gandia, Manuel, 49

